

Manoli Madroño

**Y si...
¿no fuera él?**

Y si...
¿no fuera él?



Copyright © 2016 Manoli Madroño
All rights reserved.

*Para mi marido **Celso**,
Por y para siempre.*

Prólogo

Me miro una y otra vez en el espejo. Cuento las marcas en mi cara; arrugas que a mis treinta años empiezan a saludarme, marcas del frío y del calor que se han quedado cómodas en mi joven, o ya no tan joven, rostro.

Cojo del mueble del aseo unas pinzas y uno a uno voy deshaciéndome de los pelos sobrantes de mis cejas. ¡Listo! Quedan tal y como me gustan, con su cabeza gruesa y su cuerpo fino.

Me vuelvo a mirar de nuevo al dichoso espejo y poco a poco me acerco. Otro día más con ojeras, pienso para mí misma, pero esta vez son más oscuras, moradas y con los lagrimales rojizos, que cualquiera que me observe bien se creerá que estoy enferma.

Me maquillo lo mejor que puedo, para que nadie note esa pena, esa miseria que llevo por dentro. Me dirijo a mi habitación y me deleito otra vez en el espejo, pero esta vez en el de mayor altura para ver si algo no encaja en mí.

Observo mi metro sesenta, cubierto por unos vaqueros grises ajustados a mis perfectas piernas, una blusa negra dejando enseñar un pequeño escote y mis botines marrones favoritos que me hacen crecer diez centímetros más. Mi larga melena pelirroja cae en cascada por mi delgada espalda. Sonrío y me veo estupenda.

Cojo mi chaqueta americana marrón y mi bolso a juego, me cercioró de que tengo las llaves y las demás cosas dentro de mi peludo bolso y cierro de un portazo.

Estaciono mi Seat Ibiza anaranjado en los aparcamientos subterráneos de la empresa. Me bajo de él y cierro las puertas. Me monto en el ascensor después de saludar a Sam, ya entrado en años y vigilante de la planta subterránea; si algo malo pasara, solamente él sería el culpable.

Subo desganada, apenas duermo y últimamente las musas me han olvidado, cosa que no me ayuda para escribir mi columna en el periódico. Respiro hondo y relajo mi cuerpo con tranquilidad, me espera un gran día. Las puertas se abren, dejándome paso a la décima planta...

Capítulo 1

Giré a mano derecha y salí como alma que lleva el diablo del ascensor. Odiaba los sitios cerrados, estrechos y, sobretudo, apelotonarme entre las personas, con los virus que pueden transmitir. ¡Vale, sí! No lo voy a negar, soy demasiado escrupulosa.

En su lugar estaba Hannah, mi leal secretaria, ya entrada en edad, pero fiel como un perrito. Era decir cualquier palabra y la tenía a mis pies.

—Buenos días, señorita Gel —me saluda tan amablemente.

—Buenos días, Hannah, un café cuando puedas, ¿sí? —casi le supliqué. Tendría que saber después de tantos años al ver mi rostro que el café debería de ser en vena y no en vaso.

—¿Un mal fin de semana? —me preguntó, sabiendo la respuesta.

—Quizás peor que mal. —Me dejé caer en mi silla y encendí el ordenador.

—Vuelvo enseguida —dijo Hannah yendo a por mí café.

Observé por encima los papeles que me había dejado mi secretaria, y ni siquiera sabía por dónde empezar.

«¿Cuándo se volvió este trabajo tan pesado?», me pregunté sin hallar la respuesta.

Di una vista atrás a mi pasado. Entré en la revista por mi padre. Me consiguió él mismo el puesto, justo después de terminar la carrera de periodismo. Sabía que mi gran sueño era ser columnista y no estar en las calles buscando el último informativo. Y por ello habló con uno de sus mejores compañeros del “*mus*”, como él solía decir.

Después de hacer la entrevista, el señor Muester quedó encantado conmigo y decidió darme la columna que yo eligiera de las vacantes que existían en ese instante. Con apenas veintidós años elegí la columna de “*Los deseos*”. Quizás era mi vena romántica o los deseos encerrados en mi ser los que me llamaban a ocupar ese puesto.

El comienzo fue duro, pero poco a poco me hice con la revista y sobre todo con el corazón de Muester, que me animó a darle un giro a mi propia columna. Decidí que los lectores también se volcarán en ella y no solo fueran historias que salieran de mi cabeza.

La idea era que mujeres y hombres me relataran cuál era su mayor deseo y yo poderles ayudar a cumplirlos. Así, cada día me llegaban emails de personas desconocidas con un pequeño seudónimo para que nadie al leer las preguntas los

conociera, solo sabrían ellos misma su identidad. Poco a poco me hice hueco y la revista subió un escalón a la fama, y todo gracias a mí, por lo que la empresa me estaría eternamente agradecida.

Pero últimamente mi vida era un caos. ¿Cómo ayudar a los demás si ni yo misma podía ayudarme? Esa era mi pregunta diaria. Y lo peor era que en el único sitio que me encontraba a gusto era en mi oficina, que todo había que decirlo, aparte de la del señor Muster, era una de las mejores; con su azul cielo cubriendo tres de las cuatro paredes, ya que una de ellas era acristalada y me dejaba ver lo mejor de la ciudad, el mobiliario color gris carretera, y en el suelo una preciosa moqueta gris claro. Definitivamente me encantaba. Era un lujo trabajar en ella y me lo había ganado honradamente.

Seguía inmersa en mis pensamientos hasta que escuché un pequeño golpe en la puerta.

—Pasa —le anuncie a Hannah con una de mis mejores sonrisas. La verdad es que la apreciaba muchísimo y no veía mi vida sin ella.

—Señorita Bel, quería comentarle algo —me expuso, seria, mientras dejaba mi taza de café sobre el escritorio.

—Hannah, te he dicho mil veces que me llames Julia. —Le señalé la silla que se encontraba delante de mí para que se sentara.

—Verá, sabe que... mañana cumpla sesenta años, ¿verdad? —terminó de decir.

—¡Sí, lo sé! —exclamé entusiasmada. La semana anterior le había ido a comprar un detalle que seguro que le encantaría.

—Señorita, verá... —Empezó a inquietarse. ¿Qué le pasaba?

—¿Estás enferma, Hannah? Te encuentro algo pálida —le pregunté, preocupada.

—No, no es eso. —Se acercó un poco más al escritorio.

—¿Entonces? Dime, me estas poniendo nerviosa. —le supliqué.

—Mañana es mi último día de trabajo —soltó.

Y en ese momento sentí como si me hubieran echado un cubo de agua encima. Me agarré a los brazos de la silla giratoria, porque creí tambalearme y caer. Respire hondo, lo más que pude, y poco a poco me levanté. Intentaba estar calmada, tarde o temprano esto iba a suceder. Pero yo... Ella... No podía estar pasándome esto a mí. ¡No! Y menos en esos momentos.

—¿Se encuentra bien? —observo Hannah alarmada. Ya no pude callar más.

—¿Que si estoy bien? ¿En serio me preguntas si estoy bien? —Eché el asiento hacia atrás y vi miedo en los ojos de Hannah.

—Señorita, yo... Lo siento. —Miró hacia sus pies.

—¡Que lo sientes! ¿En serio? —Ella afirmó—. Mira, Hannah, te aprecio como si fueras mi madre. Me has visto crecer en mi puesto de trabajo y flaquear en el personal. Pero ¡No! Ahora no me puedes dejar. ¡Me niego!

Deambulé por el despacho, de una esquina a otra, asomándome por mi preciosa pared de cristal y observando a todos los transeúntes que parecían pulgas a mi merced. Sentí caer una de mis lágrimas queriendo provocar un mar de lágrimas y desembocar en mis labios. Pero rápidamente me la limpié, impidiendo que esto no me derrumbara más de lo que ya estaba. Me di la vuelta hacia Hannah, que estaba cabizbaja y llorando.

Pero ¡Por Dios! ¿Qué culpa tenía ella? Me acerqué y me agaché a su altura. Hice que me mirara a los ojos y sentí, por primera vez en los ocho años desde que era mi mano derecha, pena, tristeza y desilusión.

—Perdóname. No me he comportado bien. Sabes que no paso por una buena situación en mi matrimonio y ahora me tengo que despedir de una de las personas más importante en mi vida —le manifesté.

—Pero, ya sabía que esto pasaría. Meses atrás lo hablamos. Además, ya le tengo la persona perfecta para reemplazarme. Mañana vendrá conmigo para enseñarle todo y que usted dé el visto bueno —añadió en un hilo de voz.

—Seguro que será tan perfecta como tú. Sécate esas lágrimas y perdóname —le pedí mientras le daba un tierno abrazo—. Además, siempre podremos quedar para tomar un café, ¿verdad? —Le sonreí.

—Claro, señorita. —Se enjuagó las lágrimas y me sonrió—. Vuelvo a mi puesto de trabajo, debo adelantar algunos papeles para mañana.

—Vale, ve. —Le dejé vía libre y se fue.

La observé desde mi puerta. Me fascinó nada más conocerla. Y ya cuando me relató su historia la idolatré. Era una madre coraje y recordé entre lágrimas cuándo se abrió a mí y me contó su vida. Madre de cinco hijos y viuda a los veintiséis... Una lástima, pensé en ese momento. Perdió a su marido y mejor amigo en un accidente de coche. Por lo visto, el hombre regresaba a casa después de dos semanas de trabajo sin parar, y un camión se le echó encima, haciendo que su Seat quinientos saliera por la cuneta y perdiera la vida en el acto. Era vendedor ambulante y ganaba lo justo para sobrevivir, aunque sin vicios, pero lo suficiente para que sus hijos y mujer comieran.

Me contó que, al no estar asegurado ni tener un seguro de coche en condiciones, ella se vio con una mano adelante y otra atrás. Su casero la ayudó porque siempre fueron fieles pagadores y nunca tuvo ningún problema con ellos, y al menos

algunos meses podría estar sin pagar el alquiler. Se buscó un trabajo en una casa un par de horas y limpiando portales.

Después de un tiempo, vio que esos trabajos no le daban para todo el mes, por lo que decidió terminar sus estudios. Por la tarde cursaba las asignaturas pertinentes para poder obtener el graduado escolar. Y poco a poco se sacó su título de auxiliar administrativo. Después de llamar a más de una empresa en busca de un trabajo, a sus treinta y dos años consiguió entrar por una baja maternal a su actual trabajo, y Muester quedó prendando de ella y le hizo un contrato fijo, y a la chica que trabajaba en ese puesto la derivó a otra columna de la revista.

Desde que la conocí siempre pensé que de joven tuvo que ser una mujer muy guapa, con su pelo rubio y ojos azul cielo. Ya dejaba ver más de una arruga por su rostro y canas por su cabello, pero aun así era hermosa por dentro y por fuera.

Sin darme cuenta, esa mañana adelanté mucho trabajo. Preparé la columna que debía presentar el siguiente jueves en la sección de maquetación y ellos la mandarían al área correspondiente. Miré el reloj; iban a dar las tres y mis tripas empezaban a crujir. Apagué el ordenador... mañana será otro día. Recogí los folios con los emails que Hannah me había imprimido. Con tranquilidad, en casa vería cuál era el indicado para que saliera esa semana en la columna, y decidiría qué le propondría o contestaría para que fuera un deseo cumplido. Cogí mi americana y metí todos mis enseres en el bolso. Justo iba a despedirme de Hannah cuando me sonó el móvil. Miré y era un whatsapp.

«Hola, preciosa. No me esperes para comer. Quizá tampoco llegue a cenar.

Tengo mucho trabajo hoy. Te quiere, Jordi»

Me despedí de Hannah y empecé a despotricar por el camino hasta el coche. Estaba hasta las narices de Jordi, y no literalmente. Ya bastaba con que no pareciera mi marido, pero que últimamente llegara a las mil de esas supuestas reuniones estaba terminando con mi paciencia. Me monté en mi Ibiza y puse la radio a todo volumen. La música era mi mejor amiga para desahogarme y dejar que mi sangre no hirviera más de lo normal.

Capítulo 2

Entre lágrimas subí como pude las escaleras hasta mi apartamento. Me las limpié una y otra vez, pero aun así seguían deslizantes por mis mejillas rosadas. El dolor que sentía en el pecho era indescriptible, y la pena que invadía mi alma, inigualable.

Abrí la puerta maldiciéndome una y otra vez por amargarme la vida y llorar por el único hombre que mi corazón había o mejor dicho seguía queriendo. Aun torturándolo, este estúpido corazón no le olvidaba. Me agarré el pecho en un intento de querer arrancarlo de mis entrañas. ¡¡Ilusa de mí!! Si fuera tan fácil, más de un corazón en el mundo estaría pisoteado, y con suerte su dueño más que enterrado en un agujero en el fondo de la tierra. Al menos así estaría el mío; desde que cumplí los dieciséis no me pertenecía.

Aún recuerdo el primer día que mis ojos almendrados se fijaron en ese verde esmeralda. Me impactó desde un principio. Su cuerpo atlético de metro ochenta y bien formado, deseado por cualquier fémina, y como no, por mí también. Su pelo cobrizo era perfecto. Según la luz que lo iluminara se podía observar más rubio o más castaño. Y sus labios carnosos llamaban a mis labios rosados.

Pero pronto me desanimé. ¿Quién iba a querer este esqueleto andante?, pensaba una y otra vez. Todo hay que decirlo. Mi belleza apareció con los dieciocho años y mi cuerpo, por lo que pude comprobar, maduró del todo. Siempre fui una chiquilla paliducha y flacucha. Lo que más llamaba la atención en mí era mi melena pelirroja y mis agrandados ojos.

Poco a poco me fui acercando a él. Llegué a compartir grupos de amigos solo por poder verle sonreír a cualquier hora. Y mis cuadernos y carpetas grababan como oro en paño su nombre y el mío, entrelazados por corazones.

Recordé el primer beso que me regaló y sonreí para mí misma; tengo esa escena grabada en mi mente como si hubiera sido ayer mismo. Había discutido con papá y esa bronca fue tan grande que le dije que ojalá hubiera muerto él y no mamá. La verdad es que después, en frío, me arrepentí muchísimo, ya que él no tuvo la culpa de que a ella le diagnosticaran cáncer de mama y que apenas le quedará un mes de vida. Yo acababa de cumplir diez años cuando ocurrió. Y aún la necesito todos los días.

Ese día no entré en el instituto. Me senté en uno de los bancos céntricos que estaban situados en un largo sendero lleno de hierba y árboles que hacía el camino más llevadero hacia el instituto, al menos el mío.

Llevaba mis cascos puestos, y el discman me parecía súper incómodo. ¡Cómo ha

progresado la tecnología desde entonces!, ¿verdad? Estaba cambiando el cd cuando alguien me tocó por la espalda. Del susto se me resbaló y salió disparado, rodando al suelo. Jordi me lo recogió.

—No te asustes, flacucha. —Me sonrió.

Moría de amor por esa dentadura tan moldeada de modo impecable por debajo de esos perfectos labios.

—Perdona, no te esperaba —le dije sonrojada.

—No, él que no te esperaba era yo. —Se sentó a mi lado—. ¿No entras hoy en clase? —Me observaba.

—No, discutí con mi padre y la verdad es que no tengo ánimos para nada. —Mis traicioneras lágrimas empezaron a saludar.

—No te preocupes, mi niña. —Y me abrazó.

Cuando me quise dar cuenta, nos estábamos mirando a los ojos y nuestros rostros estaban completamente juntos. Ni el aire hubiera pasado entre ellos. Y entonces, sin darme cuenta, me besó. ¡Mi primer beso! Sentí mi cuerpo levitar; mis piernas temblar. Mis labios dejaban paso a su lengua que parecía que sabía lo que hacía. Y ahí fue cuando supe que sin él nada sería lo mismo.

Ese mismo día me pidió salir y me contó que, desde el día en que posó sus ojos en mí, sintió que yo era su alma gemela. Desde entonces, no veíamos una vida sin estar juntos. Él estudió arquitectura y yo, como sabéis, periodismo. A nuestros veintiséis años nos casamos, y ya hasta ahora.

Después de comer un sándwich vegetal y tomarme una coca cola light, me quité los botines y me tumbé en el sofá; caí rendida. Me desperté por el sonido del móvil a eso de las seis y media de la tarde. Era Joana que me anunciaba que en diez minutos estaría en casa.

Joana es y será mi mejor amiga de siempre. Fuimos juntas desde párvulos a la universidad. Escogimos las dos la rama de periodismo, pero ella no consiguió trabajo. Aunque tampoco le hacía falta. Se había casado dos años atrás con un *millonetis* y como se suele decir «triunfó», ya que él la adora más que a su vida. Sentí mi rostro entristecer. La quiero como si fuera mi propia hermana, pero a veces la envidio. Ojalá Jordi fuera como John.

Cuando abrí la puerta la encontré literalmente saltando como una cabra. Desde siempre había sido una escandalosa, pero según fue creciendo, más. Estaba preciosa. Con su media melena color oro y sus ojos azul cielo, iba enfundada en un traje de licra color azul, que acentuaba más su belleza si eso era posible, y sus zapatos a juego de Channel. En su regazo llevaba un bolso del mismo color, y un chaquetón gris.

—¡Hola, amor! —me saludó con un gran abrazo.

—Hola —respondí sin ánimos.

—¿Qué pasa? ¿No habréis reñido de nuevo? —me preguntó mientras se sentaba en el sofá.

—Ya ni eso hacemos —me quejé.

—Bueno, me da igual lo que haga ese estúpido. ¿Salimos a cenar? —añadió, a lo que yo puse mala cara—. En fin, mejor no te lo pregunto. Te lo ordenó.

Me puso ojitos de cordero, y la verdad es que no me pude negar. Saqué de mi armario un vestido de terciopelo granate y unos zapatos negros que conjuntaría con un chaquetón de paño negro. Sobre las nueve ya estaba lista y preparada. Cogí el móvil, pero de un manotazo por parte de Joana se deslizó hasta el sofá.

—¿Qué coño te crees que haces? —inquirió furiosa.

—Pues, ¿qué voy hacer?, mandarle un whatsapp a Jordi —le dije seria.

—Mira, tía, deja el puto móvil ahí —me dijo señalando la mesa—. Y vámonos. ¡Que le den!

Y me arrastró hasta la puerta. Me dejó coger las llaves del coche y de casa y cerró. Le dije que debíamos recogernos temprano; no por miedo a Jordi, él ya sabía lo loca que estaba Joana, sino más bien porque al día siguiente debía llegar al trabajo antes de lo normal y ponerme con la columna... ¡Mierda! La loca esta me había despistado y ni siquiera miré las hojas que me había llevado a casa. ¡La odié! O en verdad, no. Es la única que conoce mi vida. Y aun así me quiere.

Terminamos en un italiano. Cenamos pizza de verduras y salteado de gambas con tallarines, y helado de chocolate y vainilla para rematar. Después, paramos en un pub de un primo de Joana, y allí bebimos lo que quisimos y más. Llamamos la atención a más de un hombre que se encontraba en el local, pero no hicimos caso a ninguno. Éramos mujeres casadas y solo queríamos una noche de chicas.

Cuando nos quisimos dar cuenta eran las doce de la noche, hora de llevar a Joana e irme a descansar. La dejé en su chalet a las afueras y me dirigí hacia mi apartamento. Un día de nuestras salidas tendría un disgusto. Chica, la que llevaba encima. La próxima vez volvería en taxi quisiera o no Joana.

Tras aparcar, abrí la puerta a tientes. Arrastrándome, subí las escaleras. ¡Parecía que nunca fuera a llegar! Cuando abrí la puerta, solté las llaves en la estantería que tenía en la entrada. Tiré los zapatos donde mejor pude y me dejé caer en el sofá. Ni siquiera miré si Jordi estaba en casa, directamente me daba igual. Eran las dos de la mañana y lo que quería era dormir. Tal como caí me quedé dormida, con el vestido puesto y la cara maquillada... todo me importaba un bledo.

Cuando amanecí, me dolía un montón la cabeza, el cuerpo no se mantenía en pie, y no veía por ningún lado el móvil. Miré por la ventana y me pareció ver mucha luz para que fuesen las seis de la mañana. Miré de nuevo el reloj y maldije por todo lo alto. ¡Mierda, me había dormido!

Corriendo, fui a mi habitación. Encendí la luz y sin querer, o mejor dicho, sin acordarme casi despierto a Jordi. Pero ni siquiera se inmutó. Suerte para él; así no tenía que lidiar con mi aspecto. Cogí lo primero que encontré y me fui corriendo al aseo. Me puse unos pitillos negros y una blusa blanca. Luego, me calcé los zapatos de la noche anterior y como pude empecé a limpiar mi rostro. Me maquillé de nuevo y me hice una cola de caballo.

Preparé el bolso y al lado de la televisión encontré el móvil cargándose. Supuse que lo había puesto Jordi cuando llegó a casa. Y al lado estaba una pequeña nota.

“Hoy no me llames. Tengo el día libre. Te veo para comer.”

Lo que me faltaba; tenerlo que aguantar toda la tarde. La verdad es que no me apetecía. Bajé las escaleras de dos en dos y salí por la puerta del portal como si la vida se me fuera en ello. Puse en marcha el Ibiza y miré el reloj.

—¡Joder! ¡Joder! —maldije lo que pude—. Debería a ver llegado hace media hora a la oficina.

¡Dios! Pisé lo que pude el acelerador. Con suerte llegaría a las ocho, muy tarde para conocer a mi nueva secretaria. Al menos me acordé de guardar en el bolso el regalo de Hannah y los emails que me imprimió.

Capítulo 3

Subí las plantas del ascensor maldiciendo una y otra vez por dejarme llevar por Joana. ¡Embaucadora! Y nada más salir supe que el día había empezado mal, pero se olía en el ambiente que iba a ser desastroso.

Al abrir las puertas que daban paso al escritorio de Hannah quedé inmobilizada. ¡Por todos los dioses! ¿Quién era aquel adonis? Me topé con un chaval de metro noventa, cuerpo atlético, de piel morena y pelo azabache. Sus ojos eran color aceituna. Y su sonrisa... Su sonrisa era... Ladeé la cabeza un par de veces.

—Buenas —dije en un hilo de voz.

—Señorita Bel, ¡ya llegó! —exclamó Hannah, efusiva. ¿Pues no me estaba viendo?

—Sí, eso parece, sí. Llegué sana y salva —dije con sarcasmo—. Y este señor es... —le cuestioné, apuntándole con el dedo.

—Su nuevo secretario —me contestó.

¿Cómo? Definitivamente a Hannah se le había ido la pinza. Intenté controlar la ira que amenazaba con salir al exterior. Como pude y sin delatarme mucho, me agarré a la espalda de la silla que estaba más cerca. Intenté contar hasta diez y cuando me calmé, me aclaré la voz para hablar.

—Hannah, ¿me puedes acompañar un momento? —le pedí mientras abría la puerta de mi despacho y la invitaba a pasar.

—Sí, claro, señorita.

Hannah me conocía hacía ya diez años por lo que sabía que se la iba a liar.

—Usted espere aquí, señor... —le dije señalando el suelo.

—Broums. Nicolás Broums —terminó mi frase.

Ni siquiera le contesté. Una vez dentro, cerré de un portazo. Me movía como un animal enjaulado. Intentaba calmarme una y otra vez. La verdad es que lo intentaba, pero no, me sentía traicionada. ¿Por qué eligió un hombre? No me entraba en la cabeza.

—¿Por qué, Hannah? —le pregunté mientras miraba por los cristales hacia ningún sitio específico.

—No la entiendo —me respondió ella.

—¿Que no me entiendes? —le reproché mientras me giraba hacia ella para enfrentarla.

—No, señorita, no la entiendo, de verdad —me repitió, acercándose a mí.

—¿Cómo tomas la decisión de traer un hombre? ¿Crees que con su perfecto trasero es el mejor para este puesto? —la desafíe y... ¡Sí! Me había fijado en su culo.

—Perdone que le lleve la contraria —hablo débilmente—, pero de mis dos candidatos es con el que me quedé. Él sin duda es el mejor —añadió señalando a la puerta.

—Hannah —suspiré, más tranquila. Quizás si ella lo decía tan segura sería verdad—, espero que no se confunda. Bastantes problemas tengo como para tener que preocuparme por él —terminé de decir.

Nos quedamos unos minutos en silencio, llegando a resultar incómodo; mejor era que volviera a su sitio. Recordé que ni siquiera la había felicitado por su cumpleaños, y en esos momentos creí morir. Me di unos golpes imaginarios en la frente y, sin salir ni una palabra por mis labios, me maldije más de una vez.

—Hannah, espera —le pedí, y me miró sin saber qué pasaba. Cogí de mi bolso el regalo y se lo entregué.

—Señorita... Yo... No debería a verlo hecho —titubeé entre risas nerviosas.

—Es un detalle por ser como eres conmigo, aparte de que sea tu cumpleaños —le revele con la primera sonrisa que mis labios pronunciaron.

—¡Es una maravilla! —Entre sus dedos arrugados depositaba una pequeña esclava de oro.

—¿Te la quieres poner? —le pregunté con amabilidad.

—Sí. ¡Gracias! —me respondió. La veía tan feliz que me recordó a un niño con un juguete nuevo.

—Hannah, mira —le dije, enseñándole el reverso de la esclava—, tiene un pequeño mensaje. —En sus ojos empezaron asomar unas pequeñas lágrimas, amenazando con derramar todas las que venían detrás.

—No tengo palabras, señorita. Aun con su carácter fuerte, en algunas ocasiones puede ser una persona maravillosa —me declaro, abrazándome.

¿De verdad me veía así? ¿Acaso era tan soberbia? La verdad que preferí no entrar al trapo. Me sentía tan feliz de verla así que no quería molestarla.

Se fue a su puesto de trabajo y yo me senté en mi asiento giratorio. Encendí el ordenador y me dispuse a leer los emails impresos que me dio el día anterior y que por culpa de Joana no había ni ojeado.

Ufff... Me estaba empezando agobiar. No me atraía ningún email que poder

publicar, ya que mi musa no me visitaba para darles un buen consejo a estas personas. Después de dos horas mirando y pasando folios, tenía un vacío en el estómago impresionante. Miré el reloj y casi me desmayo. Joder...¡Las doce ya! Tenía que elegir uno sí o sí, estuviera mi musa o no. Cogí el último folio y me dispuse a leerla.

«Querida Deseo:

Llevó un tiempo engañando a mi mujer —¡Joder! *El chaval no se anda con rodeos*—. No es porque no la quiera —*No, claro, es por amor al arte, no te digo*—. Pero últimamente su trabajo es lo más importante, en estos momentos, y me siento un cero a la izquierda. —*Sí, ya, una excusa siempre es perfecta*—. Intento camelarla con cualquier detalle, cuanto menos inesperado mejor. —*Dile que la engañas, a ver qué le parece, so memo*—. Sin embargo, nada la hace feliz. La veo triste. Hay días que hasta diría que está enferma. Se levanta con vómitos y sus ojeras abarcan todo su rostro pálido. Aun así, no pide la baja laboral. Dime, señora deseo, ¿qué hago?

Su fiel seguidor, señor Desesperado.»

Me hervía la sangre por completo, ¿cómo podía haber hombres tan necios? No, si en parte me hacía gracia... ¡Ese tío era estúpido! Al pobre lo que le faltaba era ingenio, no se había dado cuenta de que su mujer podía estar embarazada por los datos que me daba. Decidí que esta sería la columna que escribiría.

Me puse a ello. Primero lo haría en Word y después copiaría y pegaría la columna. Esta vez sería algo especial ya que primero comentaría un par de cosillas y por último le contestaría.

«***Columna semanal Pide un deseo, ¡quizás se te cumpla!***»

¿Cómo hay personas tan poco sensibles?

¿Cómo podemos creer que mantener relaciones sexuales con otra persona, ya fuera del mismo sexo o del otro es lo más valiente?

A veces me pregunto si lo más valiente no sería decirnos lo que vemos mal en nuestra pareja, matrimonio o lo que sea. Al menos, eso nos ahorraría más de un disgusto. Sé que mis emails son confidenciales, que yo soy la única persona que puedo leer y contestar, pero hay algunos en los que creo que los deseos no se cumplen porque lo hacemos todo al revés. Este deseo se lo regalo yo para quien lo quiera o lo pueda necesitar:

Queridos lectores y lectoras, si en algún momento se sienten dolidos, poco deseados por sus parejas y quizás infelices, solo os doy los pasos a seguir...

1. Hablen con su pareja. (*Punto súper importante.*)
2. Si los problemas no se solucionan, déjenla libre. Lo agradecerá su pareja y

sobretudo ustedes mismos. Después, ya con su vida pueden hacer lo que quieran. Beber, follar, llorar, lo que les venga en gana.

3.Y así todos felices.

Después de este breve consejo, voy a contestar a mi deseo de esta semana.

Querido Desesperado: (si es que le puedo llamar así)

Ante todo, gracias por seguirme cada semana. Me siento halagada. Después de leer su email, me quedé petrificada... anonadada o como quiera decirlo. Pero lo que no llego a entender es... ¿por qué no habló ya con su mujer?, ¿a qué espera? Si ve que su mujer está enferma, ¿por qué no la ayuda? Llévela al médico, sería lo mejor. ¿Desde cuándo no le baja el período? ¿Pudo pensar que quizás este en estado? No soy la más indicada en decirle esto, pero por sus síntomas podría ser que su mujer llevara una criatura en su vientre. Y lo mejor que podría hacer es decirle toda la verdad.

Si su mujer lo quiere y siente el valor de seguir con un hombre infiel, le perdonará. Y los dos habrán ganado. Usted por ser un caballero y hablarle sobre sus pecados, y ella por saber que deberían haber hablado del tema antes.

Sin más que decir, se despide Deseo. Gracias por estar siempre ahí.

Después de copiar y pegar en la columna, mandé la hoja correspondiente para que la maquetaran y la imprimieran. Al día siguiente a las seis de la mañana, debería estar lista y vendiéndose en todos los establecimientos correspondientes.

Miré el reloj. Ya era tarde, solo quedaban diez minutos para que dieran las tres y sería la peor tarde después de dos semanas. Tendría que lidiar con Jordi y no sabía ni siquiera cómo hacerlo. Tantos consejos para los demás y para mí ninguno.

Después de prepararme, me dispuse a salir. Hannah y el nuevo secretario hacía diez minutos que los había escuchado irse. Quedaba yo sola en la planta y, la verdad, habría intentado atrasar la llegada a mi departamento con cualquier excusa. ¡Cualquiera!

Capítulo 4

Subí las escaleras hacia mi hogar con pereza. No había sido una buena jornada laboral. Primero, haberme despertado tarde; luego, el disgusto que me dio Hannah al contratar a un secretario y no una mujer. Y ya el remate fue el estúpido del email... ¿Quién narices se creía? Por muy marido que fuera no tenía el derecho de engañarla. En mi opinión, nadie debería ser engañado, ya que seguro que el infiel, si fuera al revés despotricaría contra su pareja o a saber lo que le haría.

Antes de meter la llave en la cerradura, Jordi siempre hacía lo mismo. Si me escuchaba llegar, corriendo iba a la puerta y la abría. Todo un caballero, ¿verdad? ¡Pues no! Y esta vez era normal que me hubiera escuchado él y todo el vecindario, ya que me había entrado una tos por culpa de la saliva que casi me ahogo yo misma. Me dio un beso en los labios. Odiaba ese piquito de las narices. ¡Ni que fuera su hermana, coño!

—Hola, cariño. Ponte algo cómodo y vamos a comer —me propuso, sonriendo. ¿Qué querría? Este no hacía las cosas simplemente por amor al arte. Algo tramaba.

—Vale —le contesté, desgana. Yo solo quería dormir hasta la mañana siguiente.

De verdad que no lo entendía. Igual estaba cariñoso que insoportable con la vida. Vale que trabajara más horas que un reloj, y, que aun siendo unos de los mejores arquitectos de la ciudad, su empresa tuviera que rebajar sus precios por la insufrible crisis que existía. Pero, joder, ¿se creería que a mí me gustaba trabajar por novecientos euros al mes?

Quizás la hipoteca y los préstamos que tuvimos que pedir antaño nos estaban asfixiando, más los gastos normales de cualquier pareja pudiera tener mensualmente, pero no podíamos hacer nada. Yo siempre le decía que el sufrimiento que entonces teníamos, tarde o temprano ya ni estaría, ¿o seguiría? Al menos, con que no fuera a peor me servía. Qué pena ser la positiva de la pareja, porque últimamente su negatividad me estaba afectando a mí.

Me puse un pijama de raso y las zapatillas de estar por casa. No tenía la intención de salir en lo que me quedaba de tarde a la calle. Me senté en mi silla y miré lo que había de comer. Macarrones a la boloñesa acompañados de una ensalada de lechuga, cebolla, atún y maíz. ¡Bravo por él! Al fin comprendió que no me gustaba el tomate en la ensalada. Ya era hora después de todos los años que llevábamos juntos.

Se sentó en frente y, sin decir nada, me sirvió un vaso de agua y un trozo de pan.

Y nos pusimos a comer. La verdad es que estaba hambrienta. Por lamaanana, debido a la discusión con Hannah, ni siquiera le pedí un café, que era lo único que solía desayunar.

Después recogió la mesa, fregó los platos y los guardó. Yo me fui directa al sofá. Estaba derrotada física y psicológicamente.

—¿QUIERES CAFÉ? —ME PREGUNTÓ.

—SÍ, GRACIAS —LE RESPONDÍ.

Esperaba que no tuviera ganas de entablar una conversación. No estaba por la labor de que me dijera algo que yo misma interpretaría mal y lo mandara al infinito y más allá. Que ya con la discusión de dos meses atrás tuve bastante.

¿Pues no llegó después de una larga jornada de trabajo, para un puto día que llega temprano, y me dice el desgraciado que no hago nada en casa? ¡Sí, sí lo que leéis! Para pegarle un puñetazo y quedarme más ancha que larga. Yo ahí ya reventé. ¿Qué decía?, fue lo primero que pensé. Y le solté todo lo que me vino en gana. Que si se creía que la vecina arreglaba la casa. Que si los recibos se pagaban solos y que si pensaba que en el trabajo me rascaba la almeja. ¿Y lo a gusto que me quedé al soltarle todo? Eso, eso no tenía precio.

Estuve dos semanas sin dirigirle la palabra y le dije para rematar que si quería chacha, que la pagara. Vamos... Pero ¿estos hombres qué se creen? Y ya di mi brazo a torcer porque soy una persona incapaz de vivir con una persona debajo del mismo techo y no cruzar palabra, que si no, aún no le hablaría.

Se sentó a mi lado y me dejó el café en la mesita auxiliar que tenía al lado. Se acercó más a mí y me abrazó. Huy, este lo que quería era temita. Por eso estaba así de pelotero. Pues yo estaba tan cansada que no tenía ganas ni de abrirme de piernas.

Dejé el mando en la mesita y me hice la dormida a ver si así me dejaba en paz. No tardé ni cinco minutos en notar cómo me pesaba todo el cuerpo. Morfeo se estaba apoderando de mí. Pero cuando estaba cogiendo el sueño, empecé a notar algo.

Pero ¿este qué hace? Noté cómo su mano derecha se introducía lentamente en mi pantalón, en busca de mi monte de Venus. Yo seguía haciéndome la loca. No tuvo que luchar con mi tanga, ya que debajo de la tela de raso no llevaba nada. Poco a poco se fue acercando, y solo el sentir su piel contra la mía me estaba excitando. ¡Sí que estaba necesitada! Llegó a mi «botoncito de la alegría», como yo solía llamarlo y lo empezó a masajear, primero lentamente, pero después con más ritmo.

Yo no podía aguantar. Me estaba poniendo cachonda. Necesitaba sacar afuera esos gemidos y hacerle saber que me estaba gustando. Empezó a refregar su entrepierna con mi muslo derecho y lo sentía completamente duro. Él también estaba a mil y sin ningún pudor lo oía gemir.

—Nena. No te hagas la dura. Tengo ganas de ti.

Ya sí que no pude aguantarlo. Él sabía que las cochinadas me ponían a mil por hora. Abrí los ojos y le quité la mano de encima de mí, y empecé a cabalgar sobre él. Cada vez me sentía más excitada. Solo sentir su miembro rozarse con mi botoncito me hacía estallar en unos segundos.

Me empezó a besar apasionadamente como si mis labios fueran oxígeno para poder respirar. Posó sus manos sobre mis voluminosos senos. Poco a poco fue desabrochándose la parte de arriba del pijama, hasta que lo dejó caer a mis espaldas.

Cogió mis pechos y abarcó con sus labios mis dos pezones, mordisqueándolos, jugando con ellos. Los sentí duros y eso hizo que me corriera como una posea. Siguió aun sabiendo que yo había terminado, pero aun así mi clítoris quería otro combate más.

—Fó...lla... me —le dije entre gemidos.

Me tumbó en el sofá y empezó a quitarme los pantalones. Yo estaba deseosa de que se deshiciera de los suyos y observar cómo su amiguito estaba feliz al verme. Cuando vi su miembro empecé a masajearlo y poco a poco lo saboreé, como si de un helado se tratase. Me lo quitó de mis gruesos labios para ponerme encima de él y hacer la postura del sesenta y nueve.

Seguí con la faena, entrando y saliendo con suavidad de mi boca. De vez en cuando para respirar lo movía ágilmente con mi mano. Y él mientras jugaba con mi botoncito. Lo mordisqueaba. Metía un dedo. Dos. Y hasta tres en mi húmeda intimidad. Estaba en la gloria y no literalmente. Sentí cómo su miembro palpitaba dentro de mí, y eso significaba que se iba a correr ya mismo. Pero no me di cuenta de que mi orgasmo llegaba sin previo aviso y segundos después lo hizo el suyo.

Estaba exhausta, pero su miembro quería una revancha. Me cogió de las manos y me guió hasta la habitación. Me tumbó sobre la cama y me introdujo lentamente su duro amiguito. Entró sin ningún problema y empezó con movimientos suaves, quizás lento para mi gusto, pero poco a poco aceleró y con ella mi respiración.

—¡No pares! ¡No pares! —le suplicaba.

Y en unos segundos, nuestros cuerpos llegaron al éxtasis. Derrotados. Sin poder más. Se dejó caer encima de mí, sujetándose la cara y dando la estacada final me besó los labios.

Se quitó hacia un lado y me dejó respirar. Yo directamente lo estaba flipando. Tres orgasmos seguidos. Todo un logro. Estaba en la gloria. Pero, como siempre, lo tuvo que joder.

—Mañana me marcho una semana fuera del país. Unos japoneses quieren hacer un proyecto, y yo soy el más adecuado para la reunión —me soltó.

—¿Cómo dices?

Mi cara era un poema. Me destrozó los tres mejores orgasmos de mi vida.

Capítulo 5

Salté de la cama como si mi cuerpo se estuviera pinchando con alfileres. Encendí la luz y lo desafíe. Esto no entraba en nuestros planes cuando consiguió este trabajo. Supuestamente, él dejó muy claro que no se desplazaría a más de treinta kilómetros de su residencia, cosa que la empresa aceptó. ¿Y ahora hacía esto? No lo entendía. ¡No!

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque me darán una bonificación de cuatro cientos euros más —me respondió.

—Pero ¿tú enserio no te caíste de la cama cuando naciste? ¿O sí? —inquirí con algo de sarcasmo—. Tú no has pensado en los inconvenientes, ¿verdad?

—No veo cuáles —replicó, sentándose en la cama y con los brazos cruzados.

—Claro, tú qué vas a pensar. Si por eso no te riega bien el cerebro. Quizás no te has dado cuenta de que puedes tener un accidente en avión. O que vas a un país extranjero, sin tener ni idea de su idioma y menos todavía de sus costumbres. Y que te puede pasar algo estando en el mismo hotel que te alojes. En definitiva, eres un estúpido. —Ya me senté abatida y con un mar de lágrimas entre mis pómulos. Ya no aguantaba esto. ¿Acaso él se creía que yo solo quería más dinero?

Se puso a mi mismo nivel y me abrazó. Era uno de los de verdad, de los que más anhelas cuando lo necesitas, y él me lo estaba dando. La verdad es que era uno de sus primeros abrazos ya que no era muy dado a hacerlo.

—Perdóname. No sabía que era tan importante para ti —me confeso, levantándome el mentón y mirándome a los ojos. Eso me dolió aún más.

—Pero —lo miré hasta con asco—, ¿tú qué te crees, que estoy casada contigo por amor al arte? ¿Dime? —le desafíé.

—No, yo... —titubeó sin saber qué contestar.

—Mira, más vale que hagas la puta y te vayas a la mierda una semana —le solté levantándome de la cama y dirigiéndome al aseo.

Cerré la puerta y me apoyé en ella, con la espalda tocando la fría madera, abatida y con el corazón roto. Fui bajando hasta llegar a sentarme en el suelo. Agarré mis piernas como si de un feto me tratase, y me balanceé, mientras que en mis rodillas caían lágrimas de dolor.

¿Cómo podían decir que el corazón no se hacía trizas, que no era solo en sentido figurado? Y yo sentía una angustia en el mío que no me dejaba ni respirar. ¿Quién era el loco que decía que lo mejor de la vida era conocer el amor? ¿En serio? Si a mí me hubieran dicho la verdad desde pequeña y no hacerme creer en un mundo de hadas, en aquel momento no estaría llorando por ese estúpido.

Salí del aseo y me cambié de ropa. Me puse unas mallas, sudadera y las zapatillas de deporte. Lo dejé allí, preparando su maleta, y salí de casa, aunque antes recordé coger las llaves, para no tener que llamar al timbre. Y dejé el móvil en la mesa del salón.

Bajé las escaleras corriendo y me dirigí hacia ningún lugar en concreto. Seguía llorando y queriendo arrancarme el corazón de cuajo. Quizá no era horrible como yo me imaginaba. No sé. ¡Ya está! Joana. ¡Ella me ayudara!

Corrí como alma que lleva el diablo, a casa de nuevo. Subí los escalones de dos en dos. Abrí la puerta y cogí el bolso, las llaves del coche y mi móvil. Cerré de nuevo la puerta y salí por patas.

«Amor. Deja lo que estés haciendo. Es de vida o muerte. ¡Por fa! Te necesito, preciosa.» —Le mandé un mensaje y arranqué el coche.

No me contestó en toda la trayectoria, pero sé que cuando no lo hace es porque está en casa, sola y sin tener nada que hacer.

Llamé al timbre que se situaba en la cancela principal. Qué coraje me daba que, sabiendo que venía, no me esperara fuera. Siempre me hacía lo mismo.

—¿Sí? —me contestó la sirvienta.

—Soy Julia.

—Le abro, señorita.

Una vez dentro, me dirigí por el camino de piedra. La puerta principal estaba casi a trescientos metros. La *tonta* se lo había montado bien. El chalet, a comparación de mi apartamento, era un palacio. Tenía mucho verde para mi gusto. La hierba no era mi perdición, pero como ella solía decir «*me lo arreglan mis criados*». Lo que sí me gustaba era la piscina ovalada que tenían en la parte trasera. Era donde pasamos parte del verano, tiradas en la hamaca y tomando el sol, todo un lujo, vaya, y de vez en cuando remojándonos el trasero.

Estaba llegando a la puerta cuando justo salió ella. ¿Cómo lo hacía? Hasta en pijama estaba divina. Me encantaba verla dar saltitos. Parecía una niña de cuatro años en un cuerpo de treinta. Iba a tirarse en mis brazos cuando se paró en seco.

—¿Qué coño haces con esa ropa? —me preguntó, señalándome de arriba abajo y

poniendo una mueca de asco—. ¿Y esa cara? Anda, entra que das vergüenza. —Y se quedó tan ancha. ¡Será hija de su madre!

Ordenó a Ane, la sirvienta, que nos sirviera un poco de whisky con hielo y que no nos molestara en lo poco que quedaba de tarde, ya que eran casi las ocho.

—Bueno, ¿me vas a decir qué pasa o qué? —me preguntó mientras tomaba un trago.

—Pues, ¿qué me va a pasar? —le solté mientras agitaba el vaso.

—Supongo que otra vez el estúpido de tu marido metió la pata.

—No la metió, si no que la profundizó. —Suspiré abatida.

—Pero ¿me lo vas a contar ya? —inquirió, desesperada.

—Pues nada, que después de prepararme la comida, tener tres orgasmos de escándalo y arreglar todo nuestro problema de tiempos atrás, va y la jode más.

—¿Tres orgasmos seguidos? ¡Joder, qué fuerte! —exclamó asombrada.

—¡Basta!, yo contándote mis penas y te quedas con lo menos importante.

—Vale, vale, venga, ¿qué te ha hecho ese capullo?

—Pues que se va a Japón. —Empecé a llorar.

—¿Qué dices? —soltó el vaso enseguida.

—Sí, lo que oyes. Le mandan una semana fuera, y como le dan un plus, él va y acepta —añadí, enjuagándome las lágrimas.

—Tú estás tonta, ¿verdad? —me preguntó con mala hostia.

—¿Qué dices? —Y a esta qué le picaba ahora.

—Vamos a ver, bonita, se va a trabajar una semana, otra vez empieza por ahí, que pensaba que se iba a vivir allí. Y encima le dan un plus, cosa que por cierto os viene como anillo al dedo, ya que estáis con la sogá al cuello. ¿Y aun así te quejas? —me soltó la desgraciada.

—Pero...

—Ni peros ni nada. Mira, Julia, soy tu mejor amiga, a veces diría hasta tu hermana, pero esta vez te has pasado. Has desaprovechado esos tres magníficos orgasmos por una pataleta tuya.

—¿Cómo te atreves? —Me estaba empezando a cabrear.

—Ni cómo ni leches. Mira, en las otras riñas siempre te he dado la razón, porque tu marido es gilipollas, pero en esta me pongo de su parte.

—¿Ah, sí? —la desafíe.

—Sí. Y tira por el wáter tu orgullo y vete para el apartamento. Estate con él las horas que le quedan para coger el avión y desenfádate. Nunca se sabe cuándo será la última vez que vuelvas a verle. —Se quedó completamente seria.

Le di dos besos y me fui. Quizás tenía razón. Dejaría mi orgullo aparcado a un lado y me iría con él a pasar las horas que quedaban. A las cinco de la madrugada cogería el avión.

En el trayecto hasta casa pensé en Joana. Entendía muy bien sus últimas palabras. Antes de conocer al millonetis, estuvo saliendo con Oscar, un chico genial. Pero poco le duró la felicidad. Estuvieron cinco años juntos, se conocieron en el instituto. Sin embargo, la carrera la hicieron en países diferentes. Ella se quedó en España, pero él se fue a Inglaterra, a Londres.

En uno de los fines de semana que él solía venir para verla, tuvieron una gran pelea. Recuerdo a Joana llorando a mares porque Oscar le dijo que deberían darse un tiempo. O al menos retomar la relación cuando él volviese de terminar la carrera. Ella lo mando al cuerno y le contestó que ojalá no lo viera más, con tan mala suerte que el avión de regreso a Londres nunca llegó a su destino. Se estrelló a los veinte minutos de despegar.

Joana estuvo un año sin salir, y a veces quería morir. Su primer amor, el que pensaba que era para toda la vida, murió. En los años siguientes dejó de salir y apenas estudiaba. Sacó la nota justa para conseguir aprobarla carrera. Al poco tiempo conoció a su actual marido. Pero yo sé que en su intimidad aún recuerda a Oscar y que nunca olvidará lo que pudo ser y no fue.

Cuando ya estaba en casa. Me topé con dos maletas en el comedor y todo muy silencioso. Miré el reloj, apenas eran las diez y Jordi ya estaba acostado. En menos de cinco horas se tenía que levantar.

Me quité la ropa y me acurruqué a su lado. No sabía si despertarlo o dejar la cosa estar. Ni siquiera me llamó para decirme si estaba viva o no. Dejé la paranoia y decidí que lo mejor era acostarme y ya al día siguiente me despediría de él.

—¿Ya no estás enfadada? —me preguntó, adormilado.

—Perdóname, amor. A veces no pienso lo que digo. Y esta vez me equivoqué —le respondí mientras le abrazaba.

—Me alegra no ser siempre el malo de la película. Ahora he de dormir. A las cuatro me tengo que levantar para vestirme y llamar al taxi.

—No hace falta. Si quieres te llevo yo.

—No te preocupes. Cuando regrese, me recoges tú del aeropuerto.

—Vale, cariño —le dije y caí rendida.

Capítulo 6

Me levanté desganada. El día anterior había sido desastroso y el de hoy no pintaba mejor. Empezaba el jodido día sin Jordi y encima en la empresa me sentiría igual de sola. Sin Hannah no sería lo mismo. Me vestí con una blusa blanca, falda de tubo negra y zapatos de salón a juego.

Salí de casa sin desayunar, como era habitual en mí. Apenas tarde veinte minutos en llegar a la revista. Mientras subía en el ascensor, mi mundo se me echaba encima. Jordi y yo nunca nos habíamos separado tanto tiempo, ni en los finales en la universidad. Mi corazón se estrechaba de tal manera que me dejaba sin aire.

Me dirigí a mi despacho sin ni siquiera saludar. Pasaba del nuevo totalmente. Con tal de que hiciera su trabajo me valía. Espere unos quince minutos, pero en ningún momento siguió mis pasos.

—¿Me puede traer un café? Que sea un cortado, con dos cucharadas de azúcar, a ser posible templado —le pedí por el auricular que me conectaba directamente con él.

—Sí. Enseguida, señora Bel.

Pues sí que empezábamos bien. Creo que Hannah no le informó bien de que odio que me digan señora, y no directamente señorita. Y ya, que me llamen por mi apellido, me remata. ¡Ni que estuviéramos en el instituto!

—Su café.

—Gracias, chico —repliqué sin mirarle.

—Me llamo...

—Me da igual cómo te llames. Ahora, retírate —le ordené, alzando la mano.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —dijo serio, desafiante, comenzando a tutearme.

Me quedé petrificada y más blanca que la cal. Él me conocía... ¿Cómo y de dónde? Recordé mis años por el colegio y el instituto. De la universidad tampoco. Y de párvulos todavía menos. Busqué y ojeé en mi pasado en algunas actividades extraescolares. ¡Pero es que era imposible! Tampoco le recordaba.

—¿Cómo dices? —le cuestioné con indiferencia.

—No te acuerdas, ¿no? —repitió, abatido.

—Pues la verdad es que no creo que tú y yo nos conozcamos, y menos todavía que nos movamos por los mismos círculos. —Me respuesta hizo que se echara a reír ¿Dónde estaba el chiste?—. ¿Me puedes explicar qué te hace tanta gracia?—Me estaba empezando a cabrear... ¿Este quién se creía que era?

—¿En serio?

—Sí, por favor, te lo agradecería —le insistí con sorna.

—No recordaba que fueras tan hipócrita con quince años, pero creo que me confundí. Mira, adivínalo, paso de explicártelo.

Y se fue.

Este tipo me estaba sacando de mis casillas. Bastantes cosas tenía en la cabeza como para preocuparme de si lo conocía o no. Lo ignoré y miré la bandeja de entrada de correo de mi email. Fui abriendo los más importantes y los que no me interesaban los borré directamente.

A las doce bajé a la cafetería a comer un sándwich de pavo, con un tomate a rodajas y mahonesa. Me bebí una coca cola y después de pagar volví a subir a la oficina.

Cuando lo vi de nuevo antes de entrar en mi oficina, lo primero que me pasó por la mente fue que, si de verdad lo hubiera conocido antaño, no se me olvidaría tal adonis. Por todos los dioses. Si hasta hablando por teléfono era sexi.

Estaba enredando en el ordenador, cuando vi que solo me quedaban dos horas para salir e irme a la soledad de mi casa. Jordi apenas llevaba ocho horas de viaje, y aún le quedaban unas seis horas más.

Eché un vistazo a mi lista de contactos. Me paré en el teléfono de mi padre. Hacía días que no lo veía. Tuvimos de nuevo una discusión y salí por patas, diciéndole que me olvidara para siempre. Y allí lo dejé, hundido en su mierda.

Estaba ya cansada de todo. Él en verdad nunca había sido un gran padre. Trabajaba a deshora. Si, sé que sin mi madre nada era igual, que él debía afrontarlo todo, pero ¡Jolines! Ya no era una niña ni mucho menos.

Lo que peor llevo es que viva con otra mujer. Sé que es su vida y que se siente solo, pero la tipa con la que está solo lo quiere por su dinero. De ahí la última discusión.

Un día como otro cualquiera fui a verlo después del trabajo. Me dijo que fuera a comer con ellos, que también comían tarde ya que mi padre ese día tenía que cerrar uno de sus negocios de la empresa.

Mi padre trabaja o mejor dicho es el dueño de una de las mejores inmobiliarias de la ciudad, y tiene varias repartidas por España. Esperaba que yo siguiera sus

pasos, aunque desde muy joven le dije que lo mío no era tratar con las personas directamente, por lo que me negué.

Ese día también fue realmente pésimo. Por la mañana antes de salir a trabajar, había discutido con Jordi por un recibo que creía a ver pagado y resultaba que no. Y por su culpa nos pedían los intereses a causa la devolución del recibo por parte del banco, por lo que pagaría más por un descuido de él.

Cuando llegué a casa de mi padre todo iba bien hasta que decidí irme ya para casa, y la sinvergüenza me enseñó una pulsera de diamantes que le había regalado mi padre. Encima alardeaba del dineral que se había gastado en ella.

Yo reventé como si se hubiera metido el mismísimo diablo en mí y la abofeteé, por impertinente y fresca. Mi padre, que en ese momento me vio, me echó de su casa y yo juré no volver a ir más.

Lo que más me dolió fue que era una cualquiera, a saber dónde la había conocido. Encima, tenía diez años más que yo, y a mi padre lo engañaba cualquiera. Le dije mil veces en los dos años que llevaba con ella que Marian, que así es como se llama, solo lo quería por su dinero, y la última vez, mi padre me dijo que lo que sucedía era que yo le tenía envidia.

Quizás también era eso y no me dejaba comprobar el gran interior que vio en ella. Intente descubrirlo cada vez que la veía, pero ya con lo de la pulsera se pasó. Lo que más me dolió fue que con lo que valía esa joya, pagaba yo tres meses de hipoteca.

Le di al botón de llamada y esperé a tener suerte y que lo cogiera. Con el primer toque me levanté de mi asiento y miré hacia la calle por mi precioso ventanal. Ya iba por el tercer toque y nada. En el cuarto iba a colgar cuando escuche que contestaban.

—Diga. —Sonó una voz ronca al otro lado del auricular.

—Papá, soy yo —respondí algo seria.

—Dime, Julia. ¿Te pasa algo? —se le notaba preocupado.

—No, papá, tranquilo.

—¿Entonces?

—Solo quería saber si me podía pasar a verte a eso de las tres y media. —Esperé en silencio, me temía lo peor.

—Sí, claro, ven cuando quieras. Ya sabes que esta es tu casa.

—Gracias, papá. En un rato nos vemos.

—Vale, mi niña. —Y colgó.

Aún seguía pensando que le pasaba algo, le escuché serio. No es que fuera el alma de la fiesta hablando por teléfono, pero tampoco solía tener esta voz tan deprimente. Tenía un presentimiento y lo iba averiguar cuando llegara a su casa, se pusiera como se pusiera.

Decidí empezar a recoger. Al día siguiente tendría que revisar los emails para ir eligiendo quién se merecería la columna de la semana siguiente, así adelantaría algo de trabajo. Además, el lunes tendría que presentar una portada para la revista. Cada semana lo elegía un columnista, y la siguiente me tocaba a mí. Estaría todo el fin de semana trabajando en ello, pero lo cierto era que valdría la pena.

Me volví a levantar de mi asiento. Ya andaba nerviosa. Entre lo de papá y Jordi me estaba agobiando. Decidí ponerle normas a...¿cómo se llamaba? Lo que me faltaba, no me acordaba, ¿cómo se llamaba mi mano derecha? ¡Manda narices! Me dirigí a la puerta y la abrí.

—¿Puedes pasar un momento? Tengo que hablar contigo —le pedí con seriedad.

—Sí, claro. —Apenas tardó dos segundos en levantarse.

Cuando entró en el despacho y cerré la puerta, me deleité con su trasero. ¡Qué bien le quedan los pantalones chinos que llevaban puestos! Babeé sin que apenas se notara.

—Usted dirá —me habló con indiferencia.

—Quería hablar contigo para dejarte algunas cosas claras. Primero, soy señorita, no señora.

—Pero ¿no está casada? —me preguntó, sorprendido.

—Sí. Pero odio que me digan señora. Solo pasé de los treinta, no de los cincuenta.

—De acuerdo.

—Y segundo, me llamo Julia. Así que no me diga Bel nunca más. Que ya no estamos en el instituto.

—Aún no sabe quién soy, ¿verdad?

—No. Pero es que tampoco me interesa. ¿O debería?

—Bueno, pecosita, tampoco te enfades —respondió con una sonrisa traviesa.

Me quedé helada. Hacía años que no escuchaba ese mote, y solo había una persona que me llamara así. Lo observé, pero no, no podía ser. Lo mirase por donde lo mirase, no me recordaba a nadie. Bueno, sí había alguien, pero ¡era imposible!

—¿Wally? —pregunté con un hilo de voz. Y él afirmó.

Capítulo 7

No me podía creer que fuera él. Por más que lo miraba, no le encontraba parecido. El antiguo Wally era delgaducho, con gafas y lleno de granos de la pubertad. Le pusimos el mote por un día que se presentó en el instituto con un suéter de rayas horizontales rojas y blancas, unos vaqueros azules, sus gafas negras, y en la mano un paraguas, ya que el día salió lluvioso.

Recuerdo pasarme las horas con él y Joana en los jardines que se veían antes de llegar al instituto. Pero un día, de pronto, se tuvo que ir y no volví a saber más de él.

—¿De verdad eres tú? —pregunté, sorprendida.

—Sí, pecosita. Soy yo.

—¿Y tu nombre? —Aunque yo no lo recordara, sé que no dijo Fran Nety.

—Me lo cambié. Ya sabes el problema por el que tuvimos que irnos. Al meter a mi padre en la cárcel por corrupto, nos fuimos a Zaragoza con la familia de mi madre. Ella pidió el divorcio, y cuando mi hermana y yo cumplimos los dieciocho años, decidimos que, para que no nos relacionaran con él, lo mejor era llevar solo el apellido de mi madre y, de paso no cambiamos los nombres, por precaución —concluyó.

—Y... ¿Tú?—No sabía cómo decírselo sin parecer grosera.

—¿Mi físico? —Sonríó. Qué risa más perfecta...

—Sí.

—Pues nada que no pudiera cambiar con unas horas en el gimnasio y cremas para los granos —me contó, divertido.

—¡Joder! ¡Qué cambiado que estás! —admití maravillada. ¡Con lo feo que era!

—¿Y la top model cómo está? —se interesó, y a mí me dio por reír al llamarla así.

—Jajaja, Joana muy bien. En la gloria, diría yo. Se casó con un millonetas y vive como las reinas.

—Y, ¿Óscar? —preguntó extrañado.

—Murió—le narré mientras se me caían las lágrimas—. Se fue a Londres, a la universidad. En una de las idas el avión se estrelló—terminé de contarle lo mejor que pude.

—¡Hostias! No me imagino el dolor que tuvo que soportar Joana. —Se quedó pálido.

—Pues lo pasó bastante mal. Si algún día la ves, no le preguntes por él, por favor —le pedí

—No, no —decía moviendo las manos.

Qué guapo estaba. Cuanto más lo miraba, más me llamaba la atención. Si hace quince años me hubieran dicho que Fran iba a ser así, no me lo hubiera creído. Eché un vistazo al reloj y eran ya las tres y diez.

—Fran, es hora de salir. Mañana seguimos con el tema—le propuse mientras me ponía la chaqueta y de mis labios escapaba una sonrisa.

—Eh... ¿Por qué no quedamos para cenar? —me preguntó.

—Pues no sé, Fran—le contesté, desconfiada.

—Díselo a Joana y salimos como antaño. —Puso cara de lastima.

—Vale, luego la llamo. Dame tu número y te mando un WhatsApp. —Si no era una cita ya me convencía más.

Me apuntó el número de teléfono en una hoja y me dio un cálido beso en la mejilla derecha, como solía hacerlo cuando me dejaba en mi portal después de clases. La verdad es que fue un gran amigo y me alegraba tenerlo de nuevo en mi vida.

Salí detrás de Fran y compartimos el ascensor. Nos despedimos en el parking y cada uno siguió su camino. Una vez me monté en el coche, marqué el número de Joana y la llamé.

—Hola, amor. ¿Qué te pasa ahora? —me dijo con retintín, aunque yo la ignoré.

—Tía, no adivinarías en la vida quién es mi secretario.

—Sí, un gilipollas, me dijiste el otro día—Se reía.

—¡No! Es Wally—le solté.

—Sí, claro, y yo soy Carolina Herrera. —Se carcajeaba.

—Que sí, que es verdad. Que hasta me llamó pecosita.

—¿En serio? ¡Joder! ¿Y tan bueno está que no le reconociste? —se asombraba.

—Bueno, ya lo verás esta noche. Hemos quedado a cenar. ¿Te apuntas o qué?

—¡Claro! Dime lugar y hora. Este ha quedado a jugar al póker, así que tengo tiempo se sobra.

—Pues vamos al italiano de siempre sobre las nueve. Te recojo en tu casa —le avisé.

—Ok—me contesto, y me colgó sin dejar que me despidiera. Qué manía tenía.

Le mandé un WhatsApp a Fran y me dirigí a casa de mi padre. Esperaba que por el camino no hubiera tráfico. Eran cerca de las cuatro y tampoco quería llegar tarde y a los cinco minutos irme. Tenía pensado estar al menos hasta las siete.

Cuando ya estacioné, me bajé del coche y saqué las llaves. La puerta principal estaba abierta. Paseé por el pasillo de piedras. Me encantaba aquella residencia comunitaria. Su césped estaba cuidado de modo exquisito, como todo lo demás, al igual que la hermosa y enorme piscina que se encontraba detrás.

—Hola, Julia—me saludó el portero.

—Hola, Luis. ¿Qué tal está? ¿Y su mujer e hijos? —le pregunté amablemente. Era ya mayor, pero aún recuerdo las veces que me ayudó a que mi padre no se enterara de que llegaba tarde cuando salía de marcha.

—Muy bien todos, gracias.

Subí en el ascensor y cuando ya me situé en el pasillo del sexto piso, de prisa fui a abrir la puerta. Encontré a mi padre en el salón. Algo iba mal. Doris, la sirvienta, no vino a saludarme y todo parecía muy descuidado.

Me acerqué a mi padre que no se había enterado de que ya estaba allí. Lo llamé y al girarse sentí que se me caía el alma en los pies. ¿Cuándo se le puso su pelo grisáceo tan blanco? Y su cara completamente llena de arrugas. Había envejecido diez años en tan solo dos semanas. Nadie creería que tuviera solo sesenta años.

—¿Qué te ha pasado, papá? ¿Estás enfermo? —me preocupé.

—No, cariño. Tenemos que hablar. —Y me señaló una silla que estaba a su lado.

—¿Y la latina dónde está?

—Te he dicho muchas veces que no llames a Marian así, que pareces racista—me riñó mi padre.

—Da gracias a que no la llamo de otra manera. —Se me pasaban miles de palabras por la mente, y ninguna bonita—. Bueno, dime, ¿dónde está? ¿Y Doris?

—Ya no te tendrás que preocupar por Marian. Se ha ido. Y no preguntes dónde que no lo sé. —Bajó su triste rostro y a mí me crujió el corazón.

—¡Genial, entonces! —Hasta aplaudí. Esa mujer no era buena para él.

—Me alegra que estés feliz. Pero lo peor de todo es que, aparte de que tuvieras razón, se llevó todo el dinero que teníamos en la cuenta conjunta. Gracias a Dios —relataba mientras se agarraba las manos con la cabeza—, solo había unos diez mil euros.

—¿Cómo? Esa tía es una perra mala. La denunciarías, ¿no?

—Sí, pero me dijeron que, al estar los dos en la cuenta, no pueden hacer nada—me dijo, y sentí pena por él.

—¿Y Doris? ¿Qué ha pasado con ella?—le pregunté más calmada.

—Doris no aguantó la situación y me abandonó, hija. He querido hablar un montón de veces con ella, pero dice que, cuando ha estado “*esa tiparraca*”, esas fueron sus palabras, la traté mal después de tantos años de servicio —me lo contaba con dolor, lo sentía en su voz.

—Bueno, ya hablaré yo con Doris. Te voy a recoger un poco el piso y ya te preparo algo de comida y cena. Hasta que vuelva a venir mañana a verte —y le di un abrazo.

—Gracias por venir—murmuró, mirándome a los ojos.

—Te echaba ya de menos, viejo ogro —le respondí, sonriendo.

Suerte que solo puso una cuenta a su nombre y que no se llegó a casar con ella, que si no, lo deja en la calle. Si ya se le veía venir con tanta chulería que tenía y ese aire de espabilada. Menos mal que al menos sus empresas no las tocó, porque si no, no sé qué sería de mi padre en estos momentos.

Sobre las siete le recogí toda la casa. Le dejé ensalada de pasta para que comiera al día siguiente y unos filetes en salsa para cenar. Porque sé que él por sí solo no se alimentaría. Me alegraba de haberle visto, ya que con lo orgulloso que era no me lo habría dicho en la vida. Le prometí ir al día siguiente y si podía le acompañaría a la hora de comer, según el trabajo que tuviéramos los dos.

Salí corriendo hacia casa. Apenas tenía una hora para ducharme y prepararme. De repente, pensé en Jordi. Ni me había acordado de que iba rumbo a Japón. En realidad, ni pensé en que estaba con él. Me sentí hasta mal. ¿Cómo podía pasarme esto? Miré la hora, eran las siete y media y ya debería de haber llegado al hotel, aunque aún no me había llamado. Esperaría hasta las nueve, si no le llamaría yo.

Rápidamente subí los escalones y en uno de ellos casi caigo al suelo. Como pude me agarré a la barandilla y seguí subiendo. Entré en casa y no me entretuve para nada. Tiré el bolso y la chaqueta donde mejor me vino. Las llaves del coche las dejé en la mesa del salón y corriendo fui a ducharme. En esos momentos me alegraba de tener el calentador electrónico y no el manual. Era malísima para encenderlo y por ello lo cambie a los dos meses de estar allí.

Miré en mi armario sin saber qué ponerme, ¿casual o de fiesta? Miré y miré y nada. Al final, decidí ponerme un vestido liso de color negro. Como no era de fiesta, le acoplé unos botines negros y mi chupa de cuero.

Me alisé mi melena pelirroja y me maquillé, suave, no quería parecer una fresca. Me perfumé un poco. Recogí el bolso y las llaves, y salí corriendo en busca de

Joana.

Por suerte apenas había tráfico porque ya eran las nueve, y cualquiera aguantaba a la loca esta. En cuanto llegara, me echaría la bronca. Menos mal que había quedado con Fran sobre las diez, dentro del restaurante, así me daría tiempo a conversar con Joana.

Cuando la recogí, llevaba solo cinco minutos esperándome en la puerta. Iba tan perfecta como siempre, con un traje de chaqueta, pero de pantalón, sus mocasines y su chaquetón. Se pusiese lo que se pusiese, todo le quedaba bien.

Aparqué justo en la puerta del restaurante y Joana me aplaudió. Siempre me quejaba cada vez que íbamos a cenar que aparcaba a una manzana de él. Entramos y nos condujeron a la mesa que horas antes reservó Joana por teléfono. Me lo comentó por el camino, que ante la duda de no encontrar mesa llamó para pedir una.

Mientras Fran llegaba, nos decidimos tomamos una coca-cola mientras le contaba lo ocurrido con mi padre. Ella no se podía creer lo que le decía, y quedamos en que al día siguiente me acompañaría a su casa, a verlo.

—Hola, preciosas —dijo una voz familiar.

—Hola, Fran —lo saludé, levantándome y dándole dos besos.

—¿Wally? —preguntó Joana, asombrada.

—Sí, soy yo, top model. —Debíamos dejar de llamarnos por esos mote ridículos que nos pusimos con quince años.

—¡Joder, Julia! Decir que ha cambiado es poco. Está para hacerle un favor o dos, o todos los que él quiera—exclamó, y yo me quería morir.

Capítulo 8

Fran ocupó su sitio. Pedimos varios platos para compartir entre los tres y nos pusimos hablar. Me gustaba la imagen que veía, era como antaño. Habían pasado los años y a mejor para los tres. Me sentía tan feliz que otra vez me olvidé de Jordi.

—¡Me cago en la puta! —exclamé

—¿Qué pasa? —me preguntó Joana.

—Ahora vengo, voy a llamar. —les dije a los dos señalándoles el móvil.

Salí a la calle a llamar por teléfono. Un toque, dos toques, tres, y seguía sin cogerlo. Ya me estaba mosqueando. Aunque si lo tenía encendido era porque estaba ya fuera del avión. Miré la hora, eran las diez y media de la noche. Calculé las seis horas que tenía de más Japón y me di cuenta que allí serían las cuatro y media de la madrugada, por lo que supuse que lo tendría sin sonido. Le dejé un mensaje en el buzón de voz y colgué.

«Supongo que ya habrás llegado Japón. Al menos pudiste avisar, aunque fuera por un mensaje de texto. Me tienes preocupada.»

Vale. ¡Sí! Ni siquiera me acordé de que tenía marido hasta hacía un rato, solo por la mañana cuando me levante pensé en él. Era un caso perdido, pero con la ilusión de Fran se me olvidó todo. Y después, con la angustia de mi padre, ¡adiós!

Volví a entrar en el restaurante y por el camino apagué el móvil. Decidí no amargarme la noche, pues este reencuentro era merecedor de pasárselo de muerte.

—Qué entretenidos estáis, ¿no? —les dije a los dos sonriendo.

—Recordando viejos tiempos —contestó Joana.

—Bueno, Fran. Cuéntanos. ¿Qué fue de tu vida? —Ya estaba Joana queriendo sacar toda la información posible. Cómo se notaba, aunque no ejerciera, que era periodista.

—Pues nada del otro mundo —respondió, encogiéndose de hombros—. Me mudé a Zaragoza. Nos alojamos un tiempo en casa de mi tía materna. Cuando mi madre consiguió trabajo, nos pudimos permitir alquilar un piso para mi hermana, mi madre y para mí. Y hasta ahora.

—¿Estás casado? ¿Tienes hijos? ¿Qué estudios tienes? —Joana se estaba poniendo cansina.

—Joana. ¡Ya! Lo vas agobiar —le reproché.

—Está bien—Fran le quitó importancia—. Sí, tengo mujer.

—¿Ah, sí?—me sorprendí.

—Creías que iba a estar soltero, ¿o qué? —se burló Joana.

—No. No. Si yo ya me lo imaginaba—tartamudeé, intentando no ponerme de todos los colores existentes.

—No pasa nada. Ella es modelo. Ahora mismo está en una campaña en Japón—siguió contándonos Fran.

—¡Anda! Como Jordi —apuntó Joana y me dio un codazo.

—¿Tu marido? —Señaló Fran a Joana.

—No, el mío —le aclaré.

La velada estuvo de lo más entretenida. Nos pusimos al corriente de todo. La mitad de la comida se quedó en la mesa; demasiados platos para tres personas. Después de pelearnos por quien pagaba la cuenta, decidimos que lo mejor era dividir el pago entre todos.

Nos fuimos a tomar algo al primer pub que encontramos en el camino. El ambiente estaba bastante bien y la música, la más corriente posible. Eso me gustó. Odiaba la música heavy. Para ser un día entre semana estaba el local bastante lleno.

Estuvimos bebiendo y bailando como si no hubiera mañana, y el alcohol me estaba pasando factura. Lo veía todo doble y como pude fui a los servicios de mujer.

Busqué el primer W.C. vacío, abrí la tapa y allí vacié hasta la primera papilla que comí cuando era un bebé. Estaba bastante mal, apenas me podía sostener, y achaqué ese rechazo al alcohol al día de mierda que había tenido.

—Creo que es hora de que nos vayamos—me dijo una voz masculina a mis espaldas. O a mi culo, según se mirase—. Vamos, te acerco.

—Traje mi coche —contesté tambaleándome mientras intentaba ponerme de pie.

De pronto resbalé y casi caigo al suelo. Gracias a Fran que me sujetó, si no hubiera besado los meados que estaban esparcidos por el asqueroso mármol. Solo de pensarlo me empezaron a dar arcadas. Menos mal que ya no tenía nada que echar, porque la bilis la saqué en la última sacudida de mi estómago.

Noté cómo me movía hacia la pista de nuevo. Me llevaba como si no pesara nada, peso pluma diría yo. Observé lo poco que podía y vi que giraba su cabeza de un lado a otro, buscando a alguien. Noté que sus pasos eran más rápidos hasta parar de golpe.

—Joana. Nos vamos. Julia no está bien —le dijo preocupado.

—Sí, será mejor —contestó ella.

—¿Tú estás bien?

—La verdad, sí. Por una vez en mi vida, sí. Estoy bien. —Sonrío.

—Pues llévate el coche de Julia. Y ya mañana cuando se despierte la llevo a tu casa y que lo recoja.

—¡Vale! —aceptó Joana.

Sentir el aire fresco en la piel fue como si mis pulmones llevaran días sin respirar. Me estaba dando la vida. Noté cómo Joana rebuscaba en mi chaqueta, hasta que dio con las llaves del coche. Escuché que se despedía mientras que mi cuerpo aún seguía entre aquellos brazos tan bien formados.

—¿Estás mejor? —me dijo ya sentados en el coche.

—Sí. Podía haber ido en mi coche.

—¿Estás loca? —me gritó.

—¿Perdona? —Lo miré, incrédula.

—Lo que has escuchado. ¡Estás borracha!, y no me da la gana dejarte conducir —me soltó.

—Tú lo que eres es ¡Gilipollas!

No me dejó decirle nada más. Posó sus labios gruesos sobre los míos. Eran suaves. Calientes. Mis ojos parecían salirse de su sitio. Sus manos sujetaban mi cara. Y yo... Yo no sabía qué hacer. Me quedé inmóvil.

Mis manos se proclamaron independientes. Ellas mismas fueron hacia el cabello de Fran, masajeándolo, agarrándolo. Mi boca se abría más, dejando cabida a su lengua, disfrutando de ese beso. Por mucho que mi cabeza dijera que no, mi cuerpo no me respondía. Hacía lo que quería.

Esa lucha entre nuestras lenguas, saboreando nuestros labios, me estaba poniendo a cien. Sentí cómo sus manos bajaban hasta posarse sobre mis caderas, atrayéndome más hacia él.

De pronto, me vino una imagen a mi cerebro. ¡Jordi! Su rostro, sonriendo, con sus ojos brillantes. Me miraba lleno de amor, alzaba su mano para agarrarme y yo se la daba.

Aparté a Fran. Lo empujé de golpe, con mis manos rectas sobre su pecho. Me observó con cara de circunstancias sin saber qué decirme, arrancó el coche y me miró a los ojos.

—Llévame a mi casa. Por favor —le pedí, apartando la mirada.

Le fui diciendo el camino hasta mi apartamento. En todo el viaje no se escuchó ni siquiera un suspiro. Le eché un vistazo rápido. Fran tenía la mandíbula apretada, signo de enfado. Sus ojos se veían vidriosos. Y mi corazón parecía querer pararse.

Estacionó en mi puerta. Y silenciosamente me bajé. No sé si debía decir algo o dejarlo estar, pero sentía un peso en mi pecho que me estaba matando lentamente.

—Lo siento. Yo. Tú. Estamos casados. —Las palabras me salían con torpeza.

No dijo nada y cerré la puerta. Pisó el acelerador y salió como alma que lleva el diablo, sin ni siquiera poner el intermitente al incorporarse al carril.

Me quedé mirando como una tonta, y sentí que unas gotas caían por mi rostro. No estaba lloviendo. Eran mis ojos que instintivamente empezaron a derramar unas gotas saladas que morían en mis labios. Mi corazón sentía dolor y no sabía la razón.

Abrí despacio el portón principal. Me senté en las escaleras y ahí me derrumbé. Me agarré a las rodillas y me balanceé como si fuera una niña pequeña, perdida en cualquier sitio de la ciudad sin saber llegar a casa.

Cuando ya me calmé. Subí con desgana las escaleras, abrí mi puerta y cerré de un portazo. Me puse rápidamente el pijama y me tumbé en mi solitaria y enorme cama. Ya eran las cuatro de la mañana y en dos horas debería estar levantándome para ir a trabajar. ¿Y si llamaba sobre las ocho a la oficina y decía que estaba enferma? Ladeé la cabeza. Sería mejor que afrontara esto. Total, solo había sido un beso. Pero qué bien sabía.

Recordé que tenía el móvil apagado y lo encendí. Tenía varios WhatsApp de Jordi en los que me pedía perdón. Otro de Joana que me preguntaba si ya estaba en casa. Pero la verdad no tenía ganas de contestar ninguno.

Dejé el móvil en la mesilla y cerré los ojos. Intenté que se me pasara algo la poca borrachera que me quedaba y mantener tranquila la mente. Por la mañana debería llamar a Jordi, y cuando llegase a la oficina enfrentar lo que había sucedido con Fran.

Iban a ser dos horas bastante largas y lo que menos haría sería dormir.

Capítulo 9

La alarma del móvil me despertó. Apenas dormí veinte minutos y ya me tenía que levantar. Como pude lo hice. Fui hasta el cuarto de baño y abrí el grifo del agua para que saliera caliente.

Me miré en el espejo e iba a tener que usar medio kilo al menos de maquillaje para tapar esas ojeras horribles que tenía, y al menos disimular que no había dormido nada.

Me metí en la bañera y dejé que el agua que salía de la alcachofa mojara mis cabellos y resbalara por mi pálido cuerpo. Parece mentira que una buena ducha pudiera despejar la resaca que no hace nada por abandonar mi cuerpo.

Después de secarme el cuerpo y el pelo, miré en el armario de mi cuarto qué ropa me iba a poner. La verdad es que lo que menos me apetecía era vestirme. Por mí, me acostaría de nuevo.

Elegí un vestido liso azul eléctrico, que se ajustaba a mi cuerpo a la perfección, y a juego unos zapatos negros. Y me pondría el tres cuartos negro.

Me maquillé lo más natural posible y me hice una cola de caballo. Por último, me puse unos pendientes de aro y salí por la puerta de casa agarrando el bolso. Cuando bajé a la puerta me acordé de que no tenía el coche y supuse que Fran, después de lo ocurrido la noche anterior, no vendría a por mí.

Paré el primer taxi que encontré por el camino y me fui directa a la oficina. Por el camino llamé a Joana para decirle que había llegado bien a casa y que después la iría a buscar a ella y a mi coche para ir a ver a mi padre.

Cuando bajé del taxi estuve unos segundos mirando el edificio sin querer entrar, pero no me quedaba otra que dar la cara. Lo que más tenía era vergüenza más que otra cosa.

Subí en el ascensor hasta el décimo piso como solía hacer desde que trabajaba en la revista. Salí de él, como siempre, corriendo. Ya estaba empezando a pensar que lo que tenía era claustrofobia. Me sentía en ese cuadrado como si fuera una lata de sardinas, y sentía que mi cuerpo se angustiaba. Tenía que hacérmelo ver.

Paré unos segundos en la puerta anterior a mi despacho. Cogí aire y decidí hacerle ver a Fran que lo de por la noche no significaba nada para mí. Solo un beso entre amigos y listo. Era lo mejor para los dos.

Al entrar lo vi serio, trabajando en su escritorio, concentrado en el ordenador. Di unos pasos, pero ni se inmutó. Me acerqué más a él.

—Buenos días. ¿Tienes algún documento que entregarme? —le pregunté.

—Sí. Toma. —Me dio una carpeta y siguió con lo suyo.

Entré en mi despacho y dejé la carpeta sobre mi mesa. Me quité la chaqueta y el bolso y lo puse en el colgador de patas que tenía cerca de la puerta.

«Pero este tío, ¿qué se cree? Que me puede besar y ni siquiera pedir disculpas», pensé.

¡Vale!;Sí! Decidí dejarlo pasar. Aunque, al menos esperaba una disculpa por parte de él, y así yo soltarle que no había sido nada. Pero es que ni eso me dijo. ¡Si apenas me miró!

Encendí el ordenador, y justo me iba a sentar cuando escuché el sonido de llamada del móvil. ¡Jordi! Lo que me faltaba, hablar con él. No tenía ganas, me notaría nerviosa y yo tendría que inventarme cualquier motivo menos el que realmente era. Aun así, descolgué, pues conociéndolo se tiraría todo el día llamando.

—Hola, amor. —Seré hipócrita...Me dejo besar por otro y lo saludo así.

—Hola, pequeña. Ayer no te pude avisar. No veas la que lie para encontrar el hotel. Y nada más llegar me di una ducha y me acosté —me confesó.

—Vale. No pasa nada. Debo colgar, tengo mucho trabajo. ¿Te llamo luego? —No tenía ganas de hablar, la verdad.

—Claro, luego hablamos. Sobre las once te llamo que serán las cinco, hora española.

—Vale. A esa hora me viene bien.

—Besos, te quie... —Y le colgué antes de terminar la frase.

Sí, soy una cretina. Puede ser. Pero él no suele decir nunca esa palabra, y seguro que si lo hacía ahora era porque estaba lejísimos o por cualquier otra cosa.

La mañana pasó sin ningún problema. La revista iba a salir ya mismo, y estaba deseando tenerla en mis manos para ojear mi columna.

Eran casi las tres de la tarde. Apagué el ordenador y le mandé un mensaje a Joana.

«Loca, en cuanto salga de trabajar voy a tu casa en taxi a por mi coche. Estate lista si vas a venir a ver a mi padre. Eso sí, ten un café listo de los que tú sabes preparar.»

Cuando salí de mi oficina, Fran ya no estaba en su escritorio. Miré el reloj y eran las tres y diez. Ni siquiera se molestó en decirme que se iba.

Me monté en el ascensor y, nada más llegar a la planta principal, salí por el portal y me fui en busca de un taxi. Fui directa a la parada; con suerte había uno. Me subí y le dije la dirección de Joana al taxista para que me llevara.

Apenas tardé diez minutos en llegar al chalet. Llamé y me abrió la sirvienta. Paseé como siempre, encandilada por el camino de piedra. ¡Me encantaba ese chalet!

Entré en el comedor y ya estaba Joana esperándome con mi café en la mesa. Me miraba sonriente... ¿Y a esta que le pasaba que se la veía tan feliz?

—¡Hola, preciosa! —me dijo, levantándose, tras lo que me dio dos besos a modo de saludo.

—Hola, cuéntame el secreto. ¿Qué te hace tan feliz?

—¿A mí? —preguntó, y yo asentí—. La verdad es que nada. Hoy me siento feliz y listo —me dijo más ancha que pancha.

—Pues qué bien, chica. Yo quiero también esas pastillas que te metes para el cuerpo.

—Que yo no me meto nada, que soy feliz y ya.

—Normal —murmuré, mirando el chalet y señalándolo con las manos.

—Sí, la casa es una maravilla. Mi marido también, y mi vida ni te cuento—me dijo riéndose.

—Bueno, ¿vas a venir al final o no?

—Sí, claro. Tengo ganas de ver al viejo cascarrabias.

—Viejo sí, pero cascarrabias ya no tanto. Ayer cómo te dije, lo vi fatal. Me da tanta pena. —Sentí que mis ojos querían empezar un diluvio, pero procuré que no.

—Oye, ¿y anoche qué tal la llegada a casa? —me preguntó, curiosa.

—Bien, ¿por? ¿Te ha llamado Fran? —le cuestioné nerviosa.

—Y, ¿por qué me tendría que llamar? —me interrogó, entrecerrando los ojos y torciendo la nariz, como ella solía hacerlo—. Ha pasado algo y no me lo quieres decir, ¿verdad? —Yo me empecé a poner colorada—. ¡Joder, Julia! —exclamó abriendo los ojos.

—¿Qué? —dije haciéndome la loca.

—¡Te has liado con él! No me lo puedo creer ¡Estás loca! —directamente no lo preguntó, lo afirmó.

—Solo ha sido un beso, ¿vale?

Me levanté y me mesé el pelo, colocándolo de un lado a otro, echándomelo hacia adelante, hacia atrás, de todas las maneras posibles... Me empecé a poner nerviosa,

moviéndome de un lado a otro.

—¡Ya! Estate quieta, que me pones nerviosa. —empezó a decir Joana, aunque de vez en cuando se reía.

No le hice caso y seguía en las mismas. Solo era un beso y ya está. Y tenía muy claro que no iba a pasar nunca más y menos todavía iría a más.

Joana se levantó y me agarró de los brazos para que estuviera quieta. Me miró a los ojos, y con la mano derecha me tocó el lado izquierdo de la cara. Era lo que siempre hacía para tranquilizarme. Y siempre lo conseguía.

Mis ojos empezaron a formar dos enormes balsas de agua, amenazando con derramarse por todo mi rostro, y dejé que lo hicieran. Aunque hubiera sido solo un beso, sentía que le había sido infiel a Jordi. Y lo peor era que aún quería probar más de la miel de los labios de Fran.

—Ya, Julia. No es para tanto, ya está. No te preocupes. Solo es un beso. No te pongas así —me consoló, abrazándome.

—Soy una infiel. —me acusé mientras derramaba mis lágrimas sobre su hombro.

—Que no. No seas tonta —me decía suavemente.

—Sí, porque quiero volverle a besar —admití entre hipos.

—¡Joder, nena! Como para no querer. Si es que está buenísimo.

Después de calmarme, Joana me volvió a calentar el café, que se quedó frío, y cuando me lo tomé, nos pusimos en camino hacia el piso de mi padre. Por el trayecto nos reíamos. Sabía porque aún conservaba su amistad, y era porque ella nunca me juzgaría mal.

Cuando abrí la puerta de casa de mi padre, estaba todo silencioso. Me extrañó porque mi padre me aseguró que estaría sobre las cuatro ya en casa. Entré en el comedor y sentí cómo mi corazón iba más rápido, a punto de salirse de mi pecho. En el suelo boca abajo estaba mi padre, inmóvil, con un pequeño charco de sangre debajo de su cabeza.

Capítulo 10

Corriendo me acerqué a él para ver si tenía pulso. ¡Gracias a Dios así era! Mientras Joana llamaba a una ambulancia, mi corazón cabalgó de nuevo. Por mucho que mi padre y yo nos lleváramos a matar, lo que menos quería es que le pasara algo.

Le di las llaves de mi coche a Joana y le pedí que viniera detrás de la ambulancia. Cuando estuvimos en el hospital, se llevaron a mi padre para atenderlo, mientras que nosotras esperaríamos fuera, en la sala.

—No te preocupes, Julia, seguro que no será nada. —me decía mi amiga, acariciándome la espalda, pero a mí no me salía siquiera un gracias de los labios.

Estuvimos unas dos horas esperando. Me recorrí el pasillo unas cuantas veces de arriba abajo y viceversa. Jordi me llamó y le conté lo sucedido, quedamos en que le telefonaría después de saber el pronóstico.

—¿Señorita Bel? —me buscaba un joven doctor.

—Sí, soy yo.

—Su padre está bien. Sufrió un pequeño desmayo. Le hemos revisado detenidamente, y tras esperar los análisis de sangre, le diré que no tiene nada de gravedad.

—Pero el desmayo sería por algo, ¿no? —pregunté nerviosa.

—Sí. Ha sido debido a que su padre no se ha estado alimentando de modo adecuado. Su cuerpo está débil.

—¿Y el golpe en la cabeza?

—Nada que no se pueda remediar con un par de puntos.

—Entonces, ¿me lo puedo llevar a casa?

—Sí, pero debe tenerlo las primeras cuarenta y ocho horas en observación, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias por todo —le dije, dándole la mano.

—En unos minutos saldrá su padre. Espere aquí.

De pronto sentí un gran alivio en mi cuerpo. Llamé a Jordi y le narré lo que me comentó el médico. Me aconsejó que me quedara en casa de mi padre, que sería lo mejor, y yo también pensé igual.

—Si quieres, mañana me puedo quedar con él mientras vas al trabajo —me

propuso Joana.

—¿Crees que debería trabajar estando así mi padre? —le pregunté.

—¿Y por qué no? Tu padre está bien. Lo único es que debe comer y listo. —Me sonrió.

—Gracias, eres la mejor—murmuré, y le di un beso y un abrazo.

Cuando ya hubo salido mi padre del hospital, fui a recoger a mi casa la ropa que debería ponerme al día siguiente y algunas cosas más, mientras que Joana se quedaba en el coche con mi padre. Después la llevé a su casa, prometiéndome que por la mañana, a las siete y media, estaría en la de mi padre para que yo pudiera ir a trabajar.

Una vez llegamos, le calenté a mi padre la cena que tenía en la nevera del día anterior. Le ayudé a ponerse el pijama y lo tumbé en la cama. Yo me asexé, me puse cómoda y me acosté con él.

Hacía años que no dormíamos juntos. De pequeña siempre estaba deseando que llegara pronto del trabajo y dormirme con él. La verdad es que echaba tantas cosas de menos que pensando en ellas me quede dormida.

El despertador sonó como siempre a las seis de la mañana. Me levanté después de ver que mi padre estaba bien. Me di una ducha caliente y empecé a prepararme. Me puse una falda de tubo azul eléctrico y una blusa de botones blanca, a juego con unos zapatos planos negros; no tenía ganas de subirme a las alturas de unos de aguja.

Me dejé el pelo suelto, y mis rizos caían en cascada a por mi espalda. Me maquillé de modo discreto, lo justo para tapar mis pecas, las cuales odiaba, y dar un poco de luz a mi rostro.

Estaba terminando cuando llamaron al timbre. Era Joana, la dejé entrar y le dije el desayuno que le gustaba a mi padre, y donde estaban los enseres. También le propuse que hiciera algo sencillo para comer y claro está que también hiciera algo para ella, ya que cuando quisiera volver serían cerca de las cuatro de la tarde, aunque intentaría escaparme un poco antes.

A las siete y media me monté en el coche. No se veía mucho tráfico, y daba gracias; tenía que cruzarme casi todo Madrid hasta llegar a mi trabajo.

Justo eran las ocho de la mañana cuando estaba bajando del ascensor a mi planta. Caminé despacio, pensando en todo lo que estaba ocurriendo esa semana y deseando que pasara ya.

Entré por la puerta y allí estaba Fran, sentado en su escritorio, tan elegante como

siempre. Decidí plantarle cara; ya me estaba cansando de tanta tontería.

—Buenos días —le dije, parándome justo enfrente de él.

—Buenas. —Ni siquiera se molestó en mirarme.

—Creo que deberíamos de hablar.

—Si es de trabajo, gustoso lo haré. Si es de otra cosa, no.

—Vamos a ver, ¿tú eres tonto o qué?

Él alzó la mirada y se topó con mis ojos.

—¿Perdona? —me preguntó con una mueca.

—A ver, primero me besas y ahora te haces el loco, ¿no te entiendo? —le reproché, poniendo los brazos en jarra.

—Mira, quien no te entiende soy yo.

—¿Cómo? —dije sorprendida.

—Creo que está bastante claro. Me rechazaste y no hay nada más que hablar —me respondió mirando al monitor.

—¡Eres un cabrón!—exclamé

Fran se levantó de su asiento y me miró fijamente a los ojos. Su mandíbula estaba completamente apretada. No sabía si dejar el asunto y meterme en mi oficina, me estaba poniendo nerviosa.

No decía nada, solo me observaba, me estaba desafiando, queriendo decir algo con la mirada que no lograba interpretar. Me giré para abrir mi puerta y meterme en mi oficina para no salir el resto del día de ella hasta que no fuera la hora.

—Mira, dejemos la tontería ya —murmuré mientras entraba en mi despacho.

De pronto, sentí que me agarraba el brazo izquierdo y me giraba hacia él. Mis ojos se clavaron en los suyos, que los tenían inyectados en sangre.

Se acercó a mí y me besó. Era un beso apasionado, lleno de deseos. Él me deseaba y yo a él. Perdí la poca cordura que me quedaba y le correspondí. Enredé mis huesudos dedos entre su perfecto pelo, hundiéndolos más en su cabellera si eso era posible.

Con su brazo izquierdo, que era el que tenía libre ya que con el derecho me tenía sujeta la cintura, cerró la puerta de un golpe.

Me agarró con los dos brazos y me llevó hasta el escritorio.

En ese momento, entre besos y gemidos, perdí el norte, no sabía qué hacía con mi vida y menos aún me importaba. Solo quería disfrutar de ese momento, la lamentación vendría después.

Me volteó, quedando mi espalda pegada a su pecho. Me fue levantando poco a poco la falda hasta llegar a mi pequeño tanga, introdujo su mano derecha dentro de él y busco mi botoncito del amor.

Lo aprisionó sin preguntar, sin escrúpulos. Con cada toque mis piernas flojeaban y por mis labios salían gemidos de placer. Me estaba volviendo loca y mi cuerpo en pocos segundos iba a estallar.

Desvió mi melena pelirroja hacia el lado derecho y hundió sus labios gruesos en mi perfecto cuello, besándolo, mordiéndolo, haciendo lo que él quisiera, sin yo impedirselo.

El orgasmo llegó sin avisar, dejando mi cuerpo débil, sin ningún ápice de movimiento. Pero aún me sentía viva, deseada, como hacía tiempo que no me sentía con Jordi.

Me giró, quedándome sentada en el escritorio. Miré sus hermosos ojos, deseando con los míos aún más. Me agarró el rostro con las dos manos y comenzó de nuevo a besarme.

Yo abrí mis piernas, invitándole a entrar, a que se acercara más a mí, y así lo hizo. Sentía su miembro hinchado, quería que se introdujera más en mí y así se lo hice saber.

—Hazme tuya. Por... Favor—dije entre gemidos.

Bajó sus manos sobre mi blusa y empezó a desabrocharla. Sacó mis pechos fuera del sujetador y empezó a devorarlos, pellizcarlos, saborearlos.

Con cada beso, mordisco y pellizco en mis pezones, hacía descargar en mi bajo vientre latigazos de corrientes que provocaba que lo deseara más. Me estaba volviendo loca, quería sentirlo dentro de mí. Como pude le empecé a desabrochar los pantalones, pero enseguida él me detuvo.

—Despacio, pecosita, quiero disfrutar más de ti. —

Esas palabras aún me pusieron más cachonda si cabía. Siguió saboreándome, degustándome como si del mejor vino se tratase. Aun así, lo sentía duro. Mis manos iban en busca de su miembro, lo liberé de los pantalones y el bóxer, y empecé a masajearlo, a jugar con él. Fran empezó a gemir de forma pausada, después aumentó el ritmo, sus manos estaban agarradas en mi mentón, y mientras succionaba mis labios, sentía sus gemidos, su aliento caliente entrando en mi boca. Si no se lanzaba él me lanzaría yo.

Me aparté unos segundos de él, y me quité las medias y el tanga que estaban ya estorbando, mientras él me miraba, tocándose suavemente su miembro, y eso me estaba poniendo a mil.

Me acerqué a él y le quité la chaqueta, después la corbata y por último su camisa. Debajo de aquella tela se encontraba un pecho perfecto, con sus definiciones en el torso y su tableta de chocolate.

Empecé a besarle, acariciarle, a jugar con sus pezones, que no tardaron en saludarme mientras se ponían duros, los mordí, los besé y Fran gemía sin pudor.

—Pequeña me estas poniendo muy cachondo. —me dijo con voz ronca, irreconocible.

Me cogió en volandas y me sentó en el escritorio, se agachó un segundo y sacó su cartera. Sacó un preservativo, lo abrió y se lo puso.

Con su miembro en la mano, me acercó más a él, hasta asegurarse de que entró en mi húmedo sexo. Empujó despacio, volvió a salir, así hasta que su ritmo empezó a acelerarse.

Me sujeté con la mano derecha en el escritorio, mientras que con la izquierda me agarraba en su cuello, para sentirlo más dentro de mí.

Sus embestidas cada vez eran más rápidas, más fuertes, y mi cuerpo no aguantaría mucho más. Sentí millones de sensaciones, nunca antes sentidas. Le miré a los ojos, y noté cómo mi cuerpo y el suyo colisionaban a la vez. Nos fundimos en un húmedo beso, saboreando nuestra propia miel, sintiendo algo que jamás había sentido. ¿Quizás pasión?

No sé cuánto tiempo estuvimos agarrados uno al otro, sin decir nada, solo mirándonos, mientras nuestros cuerpos cogían fuerza. Todo era perfecto, en esos momentos solo existía él, y sabía que yo era correspondida por aquel brillo especial que él tenía en los ojos.

Pero como dice la canción, «*nada es para siempre*». Justo en ese momento, que por nada del mundo hubiera roto, separado, ni quitado, empezó a sonar el móvil. No quería levantarme, pero él se alejó de mí, dejando que me incorporara para cogerlo. Pero ¿para qué? Por su sonido ya sabía quién era. Y justo había jodido el mejor polvo de mi vida.

Capítulo 11

Decidí ignorar el teléfono y empecé a abrocharme la camisa, después de colocar mis pechos en el sujetador. Fran me miraba extrañado mientras comenzaba a vestirse.

—¿No vas a coger el teléfono?

—No —le dije mientras me colocaba la falda.

—Puede ser importante—seguía insistiendo.

—Luego llamaré—le contesté mientras me acomodaba como podía mi melena.

—Es tu marido, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, es él. Por eso sé que al menos importante no será.

—De acuerdo. No lo coges porque estoy yo aquí. —me desafió.

—Mira, no empecemos, no lo cojo porque no me da la gana y listo—espeté, poniéndome ya los zapatos.

Fran se terminó de vestir y salió por la puerta sin decir nada. ¿Y a este qué narices le picaba ahora? ¡Joder! Me sale todo que da gusto, vamos. Cogí el teléfono y marqué el número de Jordi.

—Perdona estaba en una reunión.

—Hola, preciosa. Salgo esta noche para España. Esto ha terminado antes de tiempo. Sobre las cuatro estaré en casa.

Lo que faltaba. Apenas iba a tener tiempo de reflexionar sobre lo que acababa de suceder y encima estaba lo de mi padre, no quería dejarlo solo esos días. Tendría que hablar con alguien para que pudiera estar unos días con él, al menos hasta que mejorará.

—Nena, ¿estás ahí? —decía Jordi.

—Sí, perdona. No creí que volverías antes, y estos días tenía pensado quedarme con mi padre—le comente intentando parecer convincente.

—Bueno, preciosa, no te agobies, si quieres me acerco mañana a cenar a la casa de tu padre y nos vemos. Tú haz lo que mejor veas.

—Sí. Gracias. Mañana cuando llegues descansa del viaje y a eso de las diez nos vemos en casa de mi padre, ¿te apetece?

—Sí, mi amor.

—Pues mañana te veo. Ten mucho cuidado y avisa cuando llegues a casa.

—Vale, nena, no te preocupes.

Me senté en el escritorio dejando pasar las horas. La semana terminaba y entre una cosa y otra no había terminado de ver qué portada haría para la semana siguiente.

De vez en cuando me venían imágenes de Fran tocándome, sintiéndolo dentro de mí y mi cuerpo reaccionaba dándome pequeñas descargas que me hacían estremecer.

Me levanté y fui directamente a la puerta, con la intención de querer hablar con Fran, de aclararlo todo, antes de que fuera demasiado tarde. Abrí la puerta y le dije que entrara.

—Usted dirá —me soltó.

—No me vengas con formalidades cuando hace apenas unas horas hemos echado un polvo.

—Para mí no ha sido especialmente eso—me reprochó.

—Mira, Fran, te voy a dejar muy claro que lo que ha pasado hoy no volverá a suceder nunca más, ¿entiendes? —Él solo afirmó—. Estamos casados y nos debemos a nuestras respectivas parejas, esto solo ha sido un error —dije lo más convincente posible.

—Pues ya que estamos, señora Bel, le voy a recordar que ni me llamo Fran ni Wally, sino Nicolás Broums, para que usted lo tenga en cuenta. Fran se quedó en el olvido, al igual que lo que supuestamente no ha pasado entre nosotros dos.

—Pero... —No sabía que decirle se le veía muy dolido.

—Y ahora, si no es mucha molestia, hoy me gustaría salir antes. Mi mujer llega dentro de una hora de Japón y me quisiera recogerla, si usted me lo permite, ya que llego todos los días media hora antes.

—Sí, claro, puedes irte ahora mismo si quieres, son ya las dos —le dije dándome lentamente la vuelta para mirar hacia mi gran cristalera.

—Hasta mañana, señora Bel. —Y cerró de un portazo.

Un fuerte dolor de pecho me estaba dejando sin respiración. ¿Acaso no era lo que yo quería? Entonces, ¿por qué me dolía tanto? ¿Por qué este dolor por él?

Después del trabajo me fui a mi piso, a recoger alguno de ropa para ponerme, así no tendría que venir todos los días, ya que mi apartamento estaba al otro lado de Madrid, lejos de la oficina, y más lejos todavía de casa de mi padre. Al terminar, me fui para allá, tenía ganas de verlo.

—¿Y esas risas? —pregunté mientras entraba en el salón.

—Tu padre me estaba contando algunas de sus batallitas —respondió riendo mi amiga.

—Esta amiga tuya —dijo mi padre señalándola—, según se va haciendo más mayor, mejor persona es.

—Anda, papá, deja de ligar con Joana y vamos a comer —le pedí, sonriendo.

Después de comer un delicioso arroz tres delicias me puse a recoger los platos y fregarlos. Mientras, puse tres cafés en el microondas a calentarse.

—¿Me vas a decir qué te pasa? —preguntó a mis espaldas Joana.

—No me ocurre nada.

—Sí, claro, en serio crees que soy tonta. —Y no era una pregunta.

—Vale, Jordi llega mañana de Japón.

—¡Oh! Tu gran amor vuelve —dijo riéndose—. ¿Y esa es tu gran angustia?

—No estoy angustiada.

Me agarró del brazo izquierdo y me giró. No se cayó el vaso que estaba fregando de milagro. Me miró a los ojos y me observó. Ponía caras raras y estaba a punto de darme la risa.

—Es Fran, ¿verdad?

—¿Cómo? —Seguro que me puse de todos los colores. Aun no entiendo como no se sacó la carrera de detective, la colega no fallaba nunca en sus insinuaciones.

—Venga, ¿me lo cuentas o qué? —Puso sus brazos en jarras.

—Vale, ¡sí! Ha sido con él. No doy ni una derecha. —Joana me escuchaba mientras se encendía un cigarrillo—. No sé qué hacer.

—Vale, te ayudo, pero me lo cuentas todo, ¿sí?

—¿Todo, todo? —Esta se estaba quedando tonta me parece a mí.

—A ver, claro, si no, ¿cómo quieres que te ayude?

—La que has dicho de ayudarme has sido tú, no yo.

—Coño ¡ya! ¿Me lo dices o qué?

Claro que se lo iba a contar. Debía quitarme esta angustia de encima y ella era la persona indicada. Le llevé el café a mi padre y volví de nuevo a la cocina.

—Fran y yo nos hemos acostado juntos—le solté y casi se ahoga al inhalar el humo del cigarro.

—¿Cómo? ¿Cuándo? Y, ¿dónde?

—Joder, sí que preguntas. Hoy, en el despacho y en horario laboral.

—No me vaciles. Tú, que tan enamorada de tu marido estás, la santa, la que aunque siempre llora no deja a Jordi porque es su amor verdadero, va y se acuesta con otro. Esto es para mear y no echar gota. —me decía sin creérselo.

—¿Me estás juzgando? —le reproché.

—¿Yo? —inquirió, señalándose a sí misma—. No —negó con la cabeza—, pero no me lo creo.

—Pues créetelo, es verdad.

—Y, ¿cómo fue?

—Impresionante, el mejor polvo de mi vida —respondí ilusionada y sintiendo algo diferente en los ojos.

—Normal, hija, si tú no lo has hecho nada más que con tu marido—me vaciló—. Y bueno, ¿a qué se debe esa angustia entonces?

—¿A qué va a ser, Joana? He discutido con él, le he dicho de todo y que no volvería a pasar más. Él se ha enfadado y me ha dicho que no le llame más Fran, que él se llama Nicolás Broums, y que por él todo está olvidado.

—Vale. Bueno, pues si él ya parece que no lo recuerda, ¿por qué tú sí?

—No lo sé, de verdad que no lo sé—murmuré mirando hacia mis manos.

—Julia —me dijo seria—, ¿has pensado alguna vez en que Jordi no fuera él?

—No te entiendo, Joana, en español, por favor.

—Que —hizo una pequeña pausa—. Y sí... ¿no fuera él?

—¡Joder, en serio! Sigo sin entenderte —le dije.

—Que si Jordi no fuera tu media naranja. El amor de tu vida. Tu mitad. Tu medio limón... ¿Sigo?

—No, gracias, ya te entendí. Pero te equivocas.

—¿De verdad lo crees? Yo creo que, si de verdad él fuera tu media naranja, no estarías jugando con naranjas ajenas —y me lo soltó tan panchamente.

—Solo le di a mi cuerpo lo que mi libido me pedía. Lo que Jordi no me quiere dar.

—Háztelo ver, Julia. Piénsalo fríamente. Si de verdad quisieras a Jordi, lo querrías con o sin sexo, y no estarías revolcándote con otro. Ahora me tengo que ir. Mañana te veo a la misma hora. Recuerda que te quiero y sobretodo quiero lo mejor para ti.

Me dio un beso, se despidió de mi padre y se fue.

¿Y si de verdad tenía razón? ¿Y si Jordi no era mi alma gemela?

Empecé a pensar todo detenidamente. Pero quizás no había sido más que un desliz sin importancia, algo que debía de ocurrir para valorar más si cabía a Jordi. Me duché y nos acostamos temprano. Mi padre estaba cansado también.

Capítulo 12

De nuevo el despertador jodiéndome la mañana. Últimamente me costaba mucho levantarme. Tenía ganas de dormir hasta que me dolieran los huesos, pero debería esperar a que llegara el sábado.

Me vestí y me maquillé. La ducha la dejaría para la noche. Total, me había duchado antes de acostarme y tampoco es que hubiera sudado. La verdad es que era uno de esos días en que ya desde bien temprano te levantas con el pie izquierdo.

Me senté y por primera vez desde que estaba en mi puesto de trabajo me tomé un café en casa. Me puse a pensar en la conversación que tuve el día anterior con Joana. Sus palabras se habían quedado marcadas en mi cabeza.

Reflexioné todo. El daño que me hacía Jordi con sus palabras, con sus rechazos y sobretodo lo poco detallista que era últimamente conmigo.

La última vez que hicimos el amor estuvo genial, pero, todo hay que decirlo, llevábamos casi dos meses sin tocarnos, solo dándonos un pequeño y fugaz beso, rozándonos los labios cuando nos veíamos y nada más.

Yo moría por él. Se lo hacía ver todos los días, en detalles, abrazos, besos, en todo lo que fuera necesario, pero no veía que eso sirviera para nada. Esa llama que una vez estuvo tanto tiempo encendida, poco a poco se iba apagando.

Quizás por ello dejé que Fran, o, mejor dicho, Nicolás, me besara aquella primera vez. Y por supuesto dejé que me hiciera suya, tan brusco y a la vez tan delicado, sin saber que mi propio cuerpo podía cumplir con dos esplendidos orgasmos, aunque con Jordi había conseguido llegar a tres.

Quizás estaba dándole la vuelta a la tortilla demasiadas veces, y lo mejor era dejarlo tal y como estaba, pero las últimas palabras de Joana se habían quedado muy dentro de mi «*y si... ¿no fuera él?*». A decir verdad, en esos momentos mi cabeza y mi corazón tenían una lucha interior muy conflictiva.

Me miré de nuevo en el espejo, en busca de mí misma, pero ya no me encontraba ante aquel reflejo del cristal. Me veía diferente, irreconocible, cansada del pasado y con miedo de un diferente futuro. Tenía la cabeza hecha polvo y prefería dejar de pensar.

Llevé el vaso del café a la pila y justo en ese momento llamaron al timbre. Era Joana con su sonrisa y cuerpo tan espectacular. A veces le tenía envidia. Era una mujer fuerte que había perdido el amor de su vida en un accidente fatídico de avión.

Sé que, aunque está casada con el millonatis, no lo ama como a Oscar. Él sí era el

amor de su vida. Y sé que detrás de esa fachada aún lo echa de menos.

Cuando me quise dar cuenta estaba frente la puerta del despacho. En cuanto la abriera lo primero que vería sería a Nicolás, ese adonis que me estaba enloqueciendo. Tenía miedo a su rechazo. Sé que el día anterior no me mordí la lengua y le dije lo que pensaba, pero ¡joder! Él tampoco se había quedado corto.

Entré haciéndome la fuerte, con mi mentón levantado, sin miedo a nada, al menos a simple vista. Saludé a Nicolás, pero él no me dijo nada. Abrí la puerta que daba acceso a mi despacho.

—Julia. —Escuché a mis espaldas, y esa dura voz me hizo estremecer.

—Sí, Nicolás.

—Quería pedirte perdón por lo de ayer. Sé que no debí decir lo que dije, pero tú tampoco te cortaste.

Me acerqué a él, le miré a los ojos y en ellos hallé arrepentimiento. Puse mi mano derecha sobre su duro pecho y sin cortar la mirada le empecé a hablar.

—Yo también lo siento. Siento descargar mi ira contigo, pero lo que pasó no tenía que a ver ocurrido. Somos amigos y nada más. Estamos comprometidos con nuestras respectivas parejas y así debería ser siempre.

—Peroyo...Yo... —Se acercó más a mí y me agarró por los brazos—. Yo te quiero. No desde ahora, desde que te conocí en el instituto.

Mi corazón se paró en seco, no sabía qué hacer y menos todavía qué decir. Él se acercaba más a mis labios, los quería besar y yo no hacía nada por alejarme de él. Nuestros labios estaban rozándose y yo estaba siendo presa de sus ojos, que me miraban deseosos de mí. Justo en ese momento sonó el móvil, quizás era lo mejor, salvada por aquel sonido diabólico que le tenía puesto de tono de llamada a Jordi.

—Perdona, me llaman —le dije y él simplemente se fue de nuevo a su sitio.

Me dejé caer en el asiento y descolgué la llamada. Apenas eran las ocho y media de la mañana y ya estaba otra vez luchando con mi yo interior que juraría que quería acabar con la poca paciencia que me quedaba.

—Buen día, preciosa.

—Hola, cariño. ¿No cogiste el avión? —le pregunté lo más serena posible.

—Sí, ya estoy en casa. No recordé las seis horas de diferencia que nos llevamos y calculé mal la hora de llegada.

—Estupendo. —Y una mierda, me dijo mi yo interior.

—Te llamaba para que supieras que ya estoy en casa. Esta noche te veo. Lo estoy deseando. Estos días lejos me he dado cuenta de lo mucho que te quiero. —Perfecto

lo que me faltaba para joderme más todavía.

—Yo también. Te veo esta noche. Que descanses.

—Gracias, nena. —Y colgó.

¡Joder! ¡Joder! ¿Qué iba hacer? Jordi nunca me había dicho estas cosas. Tenía la cabeza hecha un lío. Deseaba a Fran, directamente me importaba una mierda cómo se llamaba ahora, tenía ganas de besar sus labios, de que en el momento en que estábamos juntos me hiciera olvidar lo que había a mí alrededor.

Mi cuerpo deseaba que me hiciera de nuevo el amor. Que me enseñara a disfrutar del sexo y me abrazara después de dos fabulosos orgasmos. ¿Puede existir un tercero aún mejor que los dos anteriores? Quería sentir sus manos tocándome, haciéndome suya.

Me sentía mojada solo de pensarlo. Mi intimidad estaba húmeda solo de recordar aquel encuentro que tuvimos, y mi cuerpo descargaba aquella pequeña electricidad que hacía estremecerme.

Me levanté como pude. Mis piernas flojeaban de la excitación que tenía encima. Abrí la puerta y le pedí a Fran que entrara un momento, con la excusa que tenía que hablar con él. Cuando hubo entrado, cerré la puerta con llave. No quería tener ningún susto.

Cerré los ojos y aspiré, dejándome llevar y prometiéndome a mí misma que esta sería la última vez que follaría con él. Que sería mío, aunque solo pudiera ser en cuerpo.

Me abalancé a él. Le besé, él me correspondió bruscamente. Me agarró de los muslos y me levantó. Yo me sujeté con mis piernas a su cintura. Empecé a notar cómo su miembro se endurecía, y eso me hizo gemir.

Se sentó en el sofá que justo había enfrente del escritorio. Empezó a desabrocharme la camisa y la tiró, después ágilmente me quitó el sujetador y también lo tiró lejos.

Cogió mis duros y grandes pechos. Los saboreó, mordió e hizo con ellos lo que quiso. Yo solo me dispuse a disfrutar de ese momento, a grabarlo en mi mente, para no olvidarme nunca de él.

Mi cuerpo empezó a rozarse con el suyo, haciendo que mi ropa interior y mis pantalones se mojaran. Estaba a punto de llegar al clímax, y ni siquiera me había tocado, aún estaba entretenido con mis pechos. Yo curvaba mi espalda para que él llegara mejor a todos los rincones.

—Hazme tuya una vez más —le supliqué.

Se levantó y me dejó en el suelo. Empezó a quitarme los zapatos, los pantalones,

las medias y por último mis braguitas. Después se deshizo rápidamente de su ropa y me volvió a subir encima de él. Se volvió a sentar y seguimos por donde lo habíamos dejado.

Sentirlo así, debajo de mí, sin nada que molestase para sentir nuestra piel, era difícil de explicar, una conexión que me hacía estremecer. Era como si nuestros cuerpos se conocieran de toda la vida, era simplemente perfecto.

Buscó en su cartera, que estaba al lado de él, un preservativo, pero no encontró ninguno, yo me mordí el labio, estaba deseando que me embistiera, o mejor dicho cabalgarle, ya que estaba encima de él.

—¡Mierda! No tengo ninguno.

Le miré a los ojos.

—No te preocupes, tomo la píldora y no creo que tengas ninguna enfermedad que me puedas contagiar.

—¿Estás segura?

—Sí, por favor, no me hagas esperar más.

Levanté un poco mis caderas y él se introdujo en mí. Estábamos piel contra piel, sin ninguna goma interponiéndose entre nosotros. Mis movimientos acompasados estaban haciéndome disfrutar por segunda vez del sexo, sin miedo, sin vergüenza, tal y como yo era, como lo sentía, en la claridad del día, a plena luz, mirándole a los ojos y sabiendo que él también sentía lo mismo.

Por primera vez me alegré que los cristales del ventanal fueran tintados, al menos los vecinos del rascacielos de al lado no nos verían en plena faena.

Fran devoraba mi cuello como si no hubiera mañana, como si con este último encuentro se acabara la vida. Y en verdad tenía parte de razón porque ya no volveríamos a ser solo uno.

Llegamos los dos a la vez al clímax, sudados, hinchados de placer. Me tumbó en el sofá y él se echó detrás mí. Me abrazó y aquel silencio era nuestra despedida. Él lo sabía, aunque aún no se lo había dicho. Me quedé mirando el escritorio, a ninguna parte específica. Pensando en todo lo que había pasado, pero de golpe me levanté.

—¡Mierda! ¡Mierda!

—¿Qué ocurre? —me preguntó, asustado.

—Que ayer me deje en casa el pendrive en el que tengo todos los montajes para la portada de la semana que viene. Lo tengo que terminar hoy y presentarlo —le dije mientras que me vestía a toda prisa.

—¿Y qué vas hacer? —

—¿Tú qué crees? Pues acercarme a mi casa a por él. Si viene alguien preguntando por mí, le dices que no tardo en venir, que fui a casa a recoger el pen. —le pedí mientras que me colocaba la chaqueta y cogía el bolso.

Fui lo más rápido que me dejó el tráfico hasta casa. Seguro que lo dejé en la mesa cuando cambié de bolso. Que puta manía que tenía con que el bolso de las narices debía de conjuntar con los dichosos zapatos.

Qué alegría me dio encontrar un aparcamiento tres portales por debajo del mío. Aparqué y corriendo subí las escaleras. Abrí la puerta y entre en el comedor. Allí estaba el dichoso pen, encima de la mesa. La madre que lo parió, pensé.

Paré unos segundos, empecé a escuchar ruidos, o mejor dicho, gemidos. Me acerqué lentamente sin hacer ruido hasta la puerta de mi dormitorio, la abrí y nunca en mi vida hubiera imaginado que yo misma vería esa escena.

Encima de Jordi estaba una tía, cabalgándole, disfrutando de mi marido. Él le agarraba los muslos y la atraía hacia él. Gemía mientras le decía obscenidades.

—¡ERES UN HIJO DE LA GRAN PUTA! —logré decir.

Y salí corriendo, cogiendo el bolso y el pen. Solo escuché cómo Jordi me llamaba y me pedía que esperara. Pero yo no podía. Bajé las escaleras corriendo, no sé ni cómo, ya que mi cuerpo estaba hecho un flan. Me subí a mi coche y lo arranqué. Por mis ojos se derramaban lágrimas de dolor. Yo sintiéndome culpable por engañarlo y él a saber desde cuándo me era infiel.

Me limpié la cara, haciendo que mi maquillaje se corriera por todo mi rostro. Pise más el acelerador sin saber adónde ir. En un segundo mi mundo se paró, el semáforo sé cambió a rojo, no me daba tiempo de frenar, y desde el lado derecho veía cómo un camión seguía hacia su rumbo sin ni siquiera darse cuenta que me iba a llevar por delante. Cerré los ojos y recé todo lo que pude. Con la velocidad que llevaba seguro que no lo contaría. Me iba a matar en el mismo impacto.

Capítulo 13

Pisé más fuerte el acelerador; que fuera lo que Dios quisiera, pero debía intentarlo. Escuché cómo tocaban el claxon y me decían burradas. Abrí los ojos, había conseguido cruzar sin morir en el intento. Aparqué donde pude y me bajé del coche. Mis piernas me temblaban. Caí de rodillas, dando gracias a un Dios que nunca creí que existiera.

Cuando me recompuse, me monté en el coche. Me miré en el retrovisor y me limpié el maquillaje corrido por mi cara. Me volví a maquillar y estaba lista de nuevo, perfecta. Al menos por fuera, porque por dentro estaba hecha trizas.

Aunque debía dar las gracias, por no haber tenido un accidente en el que habría acabado muerta o aún algo peor si cabe: en coma, inválida o sin algún miembro de mi cuerpo, porque con la velocidad que llevaba, no me salvaba nadie.

Barajé las ideas de dónde ir en esos momentos, pero no me quedaba otra que volver a la oficina; lo último que me faltaba era que me echaran de mi trabajo y ya sí que sería mejor que me suicidara.

Apagué el móvil. Jordi no dejaba de llamarme, no tenía ningún escrúpulo, ¿qué me iba a decir, qué no era lo que me imaginaba? Coño, ni que fuera ciega, si lo vi con mis propios ojos.

Entré en mi despacho sin decir nada. Cerré la puerta y me derrumbé en mi escritorio. De nuevo las lágrimas emanaron dejándome el maquillaje hecho una mierda.

«¿En qué momento mi vida se había ido al traste?», me decía una y otra vez.

Busqué algo meses atrás que no hubiera visto, algo que me diera una pista para ver desde cuándo Jordi me estaba engañando. Pero no lo encontré. Vale que yo lo engañara a él, aunque fue sin querer, ¡vale, sí!, el polvo de hacía un rato sí había sido queriendo, premeditado, incitando a Fran a que me poseyera. Pero él se la había llevado a mi cama, donde antaño habíamos compartido flujos nuestros, donde dormíamos.

Y me volvía a derrumbar más todavía, queriendo en ese momento que la tierra me tragará, cerrando y abriendo los ojos esperando que todo fuera una cruel pesadilla. Pero eso no ocurría. Todo era verdad y una de las más peores.

No escuché abrirse la puerta. Cuando me di cuenta tenía a Fran abrazándome, dándome consuelo, uno de esos abrazos en el mejor momento, en el más indicado, sin pedirlo, dándolo quizás por compasión, porque seguro que escuchó mi llanto a través de la puerta.

—¿Qué te ha pasado? —me dijo con una voz aterciopelada.

—Jordi me engaña—le conté entre hipos.

—Pero ¿no estaba en Japón?

—Sí, pero adelantaron el vuelo y llegó esta mañana. Habíamos quedado en casa de mi padre para cenar, pero cuando fui a por el pen, escuché ruidos y lo vi con otra en mi propia cama.

—Será hijo de puta—masculló entre dientes.

—Pensarás que soy una hipócrita, cuando no hace ni dos horas estaba follando contigo en el sofá —murmuré con vergüenza de mirarle a los ojos.

—No soy nadie para decirte nada, cuando tú podrías pensar lo mismo que yo—me dijo levantándome el mentón para que lo mirase.

Le miré a los ojos, en ellos podía ver sinceridad, con un abismo de sufrimiento. En esos momentos me alegraba de que estuviera a mi lado, animándome. Se lo agradecería el resto de mi vida.

—Mira, pecosita, mejor enterarte ahora que más tarde. Ahora límpiame tu preciosa cara y haz tu trabajo. Si quieres, luego nos tomamos un café o comemos juntos y te ayudo en lo que pueda —me decía mientras limpiaba mis lágrimas que iban directas a desembocar en mis labios.

—Gracias por todo, Fran —le dije.

Se acercó a mí y me dio un casto beso. Se levantó y volvió a su escritorio. Lo agradecí. Aunque estaba cómoda entre sus brazos, quería recomponerme y volver al trabajo, al menos me olvidaría de todo durante unas horas.

Las horas pasaron volando. Conseguí terminar la portada y dejársela a la secretaria de mi jefe, para que él le diera el visto bueno. Al final me decidí por una portada algo nunca visto en la revista, ya que siempre eran modelos u alguna otra cosa. Mi portada trataría sobre una pareja desnuda, que se daban mutuamente la espalda. Con cara de sufrimiento y mostrándose un engaño, de infidelidad o de lo que fuese.

Si el visto era bueno, tendría una entrevista y debería explicarle el porqué de esa portada, y él ya me diría si sí o si no. Pero eso sería ya a la semana que viene.

Recogí mis cosas, iban a dar las tres y por una vez en la vida estaba deseando llegar a casa y darme una caliente y larga ducha. Y sobre todo contarle a Joana todo lo que me había sucedido. Aunque tendría que escuchar todo lo que me diría de Jordi y encima le tendría que dar la razón.

Me despedí de Fran y le prometí que dejaría de llorar y pensaría en mí misma, y que al día siguiente me tomaría con él el café, después de salir del trabajo, pues en

ese momento no tenía ganas. Él lo entendió y no dijo nada más. La verdad era que en el fondo de ese estupendo cuerpo aún estaba el delgado y granoso Wally. Había cambiado de cuerpo, pero en su interior aún era el mismo.

No tardé mucho en llegar a casa de mi padre. Cuando llegué ya estaban comiendo. Por un lado, lo agradecía, lo que menos quería era comer. Apenas podía respirar, menos aún meterme algo en mi estómago.

Me disculpé diciéndoles que había tenido un día duro de trabajo. Mi padre sí se lo creyó, pero Joana me conocía bastante bien y sabía que había algo oscuro detrás de mis palabras. Me siguió hasta la habitación y allí empezó a atacarme.

—¿No me digas que otra vez reñiste con Fran?

—No, todo está bien con él—le dije mientras buscaba qué ponerme después de ducharme.

—¿Entonces a qué se deben esos ojos enrojecidos? Y no me vengas a que es por el ordenador.

—Es por Jordi.

—¡Joder! ¿Llegó hace nada y ya la está liando?

—Liándose sí.

—No te entiendo, Julia. —Y otra vez de nuevo empecé a llorar—. ¿Qué pasa?

—Volví a casa esta mañana porque se me olvidó el pen donde tenía guardados algunos montajes para la revista, y allí, allí... —No podía seguir, de verdad, dolía y mucho.

—¿Allí, qué? ¡Coño, habla!

—Allí estaba follándose a otra, o mejor dicho otra se lo estaba follando a él.

—Ese es un hijo de puta, será desgraciado. Mira que te lo dije. Mil veces, Julia, ese pálpito que yo tenía y tú ni caso. —Empezó a moverse por toda la habitación poniéndome más nerviosa de lo que ya estaba.

—¡Ya! Joana, ahora no empieces, por favor. —Me derrumbé en la cama.

—Vale, mi niña, perdona, pero me hierva la sangre. Si lo cojo yo, lo mató en ese momento. ¿Qué piensas hacer? —me dijo, abrazándome.

—No sé.

—¿Que no sabes? Julia, ese hombre no te quiere. Alguien que te quiere no te trata como si fueras un trapo viejo. Y menos todavía te engaña con otra en tu propia cama. Pídele el divorcio. Empieza una nueva vida tu sola. No te hagas tirar por los suelos. Tú vales mucho más que él.

—¿Tú crees? Yo también le he sido infiel, ¿acaso yo soy mejor? —le rete mirándola a los ojos.

—Mira, Julia tú le habrás sido infiel, sí, pero fue el calentón de ese momento, sin pensarlo. Él a saber cuánto lleva con esa guarra. Porque con alguien que has conocido el mismo día no te lo llevas a tu propia cama, al menos yo no lo haría. Además él acababa de llegar de Japón y le vino al pelo que no estuvieras en casa para llevarse a su amante.

Pensé fríamente lo que me dijo Joana, mientras me daba una ducha. Esa tía la había conocido ya antes, y seguro que no era la primera vez que se la tiraba. No sabía si lo mejor sería separarme o no, pero lo que sí que tenía claro era que, si seguía con él, no podría volver a confiar, y vivir sin confianza no trae nada bueno.

Me vestí y encendí el móvil por si había tenido alguna llamada que no fuera de Jordi. Pero nada, tenía treinta llamadas, varios mensajes de texto y también WhatsApp de Jordi. Y me cagué en la madre que lo parió cien veces. Qué culpa tenía la mujer de tener un hijo tan sinvergüenza. Después de leer los mensajes, el que más gracia me hacía era:

«Te puedo explicar lo que has visto, no es lo que tú crees, o quizás sí. Yo no quería, fue ella la que me incitó a hacerlo. Perdóname. Yo te quiero. De verdad que solo ha sido una vez. Te prometo que no volveré a serte infiel».

Será cínico, que le obligaron dice, pues se le veía poco feliz cuando lo encontré. El desgraciado... Después de leer todos los mensajes, tuve claro que lo mejor sería divorciarme. ¿Para qué esperar a que me engañara de nuevo, si el mismo se estaba poniendo en ridículo con los mensajes que me mandaba?

Decidí mandarle un mensaje de texto, ya que del WhatsApp lo bloqueé directamente. No sabía muy bien qué decirle, pero lo que sí sabía era que debía dejarle muy claro que no se iba a volver a reír de mí.

«Jordi, sé muy bien lo que he visto, así que no me hagas creer lo contrario. No pienso darte ninguna oportunidad. Ya te la di y después de tantos años me has engañado de esta manera. Mañana tendrás noticias de mi abogada. Y por favor, deja de molestarme, ¿o prefieres que te denuncie? Adiós».

Supongo que le quedó muy claro el mensaje porque ya no volvió a llamar ni a escribir. Me tumbé en la cama y, después de echar unas lágrimas más, caí rendida. Morfeo me agarró de los brazos y me llevó con él.

Capítulo 14

Me levanté medio ida. Miré el teléfono y eran las nueve de la noche. Otra vez tenía llamadas de Jordi y mensajes de texto. No sé si es que yo no me explicaba bien o él era tan inútil que no me entendía. Borré los mensajes sin leerlos y salí hacia el comedor.

—Hola papá, ¿Joana se fue? —dije soltando un bostezo.

—Sí, cariño, se fue al ver que estabas dormida. Me dijo que mañana volvía a la misma hora. Le insistí en que estaba mejor, pero no quiso hacerme caso.

—Papá, es mejor que esperes al lunes para volver al trabajo. Total, mañana ya es viernes —le dije dándole un beso en la frente—. Voy hacer algo de cenar.

—Joana dejó preparada un poco de verdura en la nevera.

Cenamos la verdura que hizo Joana, que por cierto le salió buenísima. La acompañé con una ensalada y un zumo de naranja y una vez recogí no tardé en acostarme, dejando a mi padre viendo la televisión.

Iba corriendo alguien me seguía. Giré a mano derecha con tan mala suerte de ser un callejón sin salida. Me aferré a la pared del fondo y allí, delante de mí, se encontraba mi agresor, que no dejaba de gritarme.

Era Jordi que me pedía una explicación del porqué le había engañado. ¿Cómo se había enterado? Intentaba escapar de él, pero me sujetó por ambas manos y no me dejaba correr.

—Yo te haré ver quién es un hombre de verdad —me decía una y otra vez. Yo le decía que me dejara, que la engañada había sido yo, pero él seguía. Me dio una bofetada y caí al suelo.

Se agachó y empezó a quitarme la ropa, todo lo que llevaba encima, dispuesto a hacer conmigo lo que él quisiera, dispuesto a joderme más la vida si eso era posible.

Me desperté sudando, tocándome por todos sitios; el sueño había sido muy real. Apagué el despertador y me levanté sin hacer mucho ruido para no despertar a mi padre.

Eché agua en un vaso y la calenté para hacerme una manzanilla; que mal lo pasaba cuando tenía sueños que parecían tan reales, sentía todo lo que me pasaba en ellos. Directamente ya desde bien temprano no tendría buen día.

Busqué la ropa para ponerme y me di cuenta de que debería regresar a casa a coger mis cosas. No sé cómo lo haría, no me apetecía pisar ese piso y menos ver el dormitorio o encontrarme a Jordi. Hablaría con Joana y vería si ella se podría

acercar, pero ya se lo comentaría cuando volviera del trabajo.

De camino hacia la revista pensé en llamar a Lucía, una vieja amiga del instituto que se sacó la carrera de Derecho, a ver si con suerte me podía ayudar. Hacía casi un año que no la veía, pero seguro que podría sacar un hueco para mí.

Saludé a Fran que estaba hablando por teléfono, creó que con su mujer por lo poco que pude escuchar, y entré en mi despacho. En la agenda busqué el teléfono de Lucía y la llamé.

—¡Hola, corazón! —me saludó, cogiéndome la llamada a la primera.

—Hola, guapísima. Te llamaba para saber si tendrías tiempo de pasarte hoy a ser posible por mi oficina, quería comentarte algo jurídico a ver si me podrías ayudar.

—¡Claro! En diez minutos estoy ahí, estoy al lado. Además, hoy tengo el día libre y no voy a trabajar.

—Gracias. Te veo ahora. Besos. —Y le colgué.

Mientras llegaba Lucía, me puse a pensar en lo que sería lo adecuado contarle. Le diría todo lo que vi, pero guardaría mi propia infidelidad hacia él.

—Perdona que te moleste Julia, pero en la puerta está Lucía —me dijo Fran—. Me ha dicho que tenía una cita contigo, pero en la agenda no pone nada.

—Dile que pase. La llamé esta mañana mientras hablabas por teléfono. Trae unos cafés si no te importa. —Le sonreí.

—Ahora mismo, jefa —me dijo, guiñando un ojo.

—Hola, ya estoy aquí —saludó Lucía.

—Hola, preciosa. —Le señalé para que se sentara.

—¿Y Hannah ya no trabaja para ti?

—No, se jubiló esta semana.

—Pero bueno, las vistas son mejores ¿no? —Y se echó a reír—. Vaya bomboncito de secretario.

—Pues si te digo quién es lo vas a flipar —dije entre risas.

—No me suena su cara, no creo que le conozca. —me contestó poniendo los dedos en la barbilla.

—Es Wally.

—¡No jodas! ¿El esquelético y granoso Wally?

—¡¡¡Sí!!!

—Joder, qué bien le han sentado los años.

—Ya te digo.

Lucía y Fran sé estuvieron saludando, cuando este último nos trajo el café. Se contaron un poco por encima su vida y quedamos en vernos un día los cuatro, contando con Joana, en tomar un café en algún bar.

—Bueno, Julia, dime para qué me has llamado.

—Verás yo... Me quiero separar de Jordi.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? Ha tenido que ser muy fuerte.

—Lo encontré ayer en mi propia cama acostándose con otra —le conté de sopetón, sin anestesia.

—Vaya, lo siento mucho. Pero ¿estás segura que es lo que quieres? —me dijo agarrándome de las manos.

—Claro. ¿Tengo alguna opción más? —le pregunté dudosa.

—Hombre, lo suyo sería que lo hablaras con él, porque conociéndote dudo que le hayas pedido alguna explicación.

—¿Para qué, Lucia? No quiero escuchar que ha sido un error, que es la primera vez. No sé, puede poner muchas excusas.

—Te digo también que hay varios factores para que en un matrimonio exista la infidelidad.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? —le pregunté con sarcasmo.

—Según algunos estudios, se dice que hay tres tipos de infidelidad.

—¿Tres? —me costaba créelo y todo.

—El primer caso es: infidelidad accidental, que es causada por un acto involuntario, un error.

—Bueno, esa no creo que sea, porque estaba en mi casa. Y sin salir no creo que por pensamiento la tía apareciera en la cama y se subiera encima de él por arte de magia —le dije, irónica.

—El siguiente es infidelidad romántica. Esta persona decide tener una aventura con alguien groseramente más joven o más viejo, dependiente o dominante, alguien con problemas más grandes que los propios y esto puede ser tan locamente estimulante que es como una droga que puede sacar a esta persona de su depresión permitiéndole sentir cosas nuevamente.

—Este no sé si podría ser el caso, ya que por mi parte yo lo doy todo.

—Bueno, quizás él no lo ve así. Y el último caso es infidelidad consensuada, existen matrimonios terribles en los cuales los cónyuges, en vez de divorciarse para

sanear sus vidas, optan por aceptar la infidelidad, ya sea de ambos o de un solo cónyuge, recurriendo a lo que podríamos llamar «ayudantes maritales».

—¿De verdad eso existe? —Estaba que no creía nada, el mundo estaba loco—. Lucía déjate de tanto rollo y dime qué debo hacer.

—Pues si no quieres hablar con él y aclarar el tipo de infidelidad, más vale que tengas algo que demuestre que de verdad Jordi te es infiel.

—Tengo mensajes de textos. Los que me mandó después de salir corriendo de casa.—Se los enseñé.

—Bueno, podrían servirnos. Lo que tienes que tener claro es que el abogado que él se busque te puede poner el día del juicio contra la espada y la pared.

—Sí, eso lo supongo.

—También podría llegar a un acuerdo con él. Pero lo primero que debe tener es un abogado que le resguarde, ya que como tú tiene el mismo derecho.

—Me lo imagino.

—Pues entonces, si quieres, dame su número y yo me pongo en contacto con él. Lo haremos a las buenas, si se pone muy tonto, mandaremos un recurso al juzgado y que el juez elija.

—Vale. Muchas gracias, Lucía. Me tendrás que decir tus honorarios.

—Bueno, eso es lo de menos, ya haremos un trato. —Me sonrió—. Eso sí, esto va para largo, así que ponte cómoda.

—¿Crees que debería recoger personalmente yo mis cosas, o mandar a alguien?

—Si crees que él no es peligroso para ti, lo mejor sería que fueras tú. Si quieres, dile a Joana que te acompañe. Será más fácil.

—Gracias de nuevo. Toma el número de teléfono de Jordi—le dije, entregándole un papel.

Cerca de las doce se fue Lucía. Me puse a leer correos y ver que elegiría para la siguiente columna. Las siguientes horas pasaron volando. Eran justamente las tres cuando abría la puerta de mi despacho.

Creí que el corazón se me paraba al ver quién estaba al otro lado de la puerta conversando tan animadamente con Fran. Me agarré a la puerta. Sentí cómo las piernas me flojeaban, y por mis labios empezaron a salir atropelladamente las palabras.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso has venido a reírte de mí?

Capítulo 15

—¿Creo que me estas confundiendo? —me dijo la descarada.

—¿Que te confundo? —Y me eche a reír como una histérica.

Fran, que estaba delante, se puso blanco. No sabía qué estaba pasando. Nos miraba como si estuviera en un torneo de tenis y quisiera seguir la pelota.

—Julia, ¿de qué hablas? —me dijo nervioso.

—¿Que de qué hablo? Que esta que está aquí, enfrente de mí, es la zorra que se estaba tirando a mi marido —le solté, señalándola.

Vi a Fran cómo apretaba la mandíbula, su cara se tornaba color rojizo y sus ojos se abrían de par en par. La miraba con odio, quizás con asco. Yo no entendía la razón.

—No le hagas caso, amor—dijo la tipa, camelándose.

—¿Amor?

—Sí. Soy su mujer —dijo hinchando el pecho de orgullo—. Y tú estás loca —añadió, apuntando hacia mí.

—¿Que yo estoy loca? Y tú eres una zorra sin escrúpulos.

Me lancé sobre ella, a su yugular. Encima me llamaba loca, la muy descarada. Después de ver cómo se follaba a mi marido, me llamaba loca, ¡a mí!, cuando ella era una puta cínica.

La agarré de donde pude. Ella se defendía, pero yo seguía en mis treces; esta tía me iba a pagar los insultos que me estaba diciendo. La agarré por el pelo destrozándole la cola de caballo que tenía hecha, quitándole más de un mechón de su pelo rubio de bote, porque se notaba que era oxigenada.

Le arañé la cara, aunque yo también me llevé algún arañazo de esa gata tan ágil. Fran intentó meterse más de una vez entre medio de las dos, llevando algún golpe que otro, pero seguía una y otra vez separándonos sin conseguirlo.

Tenía mis ropas rotas, y ella también. En ese momento, más de un hombre hubiera disfrutado de una pelea entre féminas, pero ese no era el caso de Fran. Pero de pronto paramos en seco. Un estruendo nos aplomó.

—¿QUEREIS PARAR YA DE UNA PUTA VEZ? —gritó Fran.

Y nosotras paramos, intentando colocarnos nuestras prendas destrozadas, mirándonos a los ojos, con rabia, con dolor.

—Melodía. Dime que lo que mi jefa dice no es verdad —la desafío.

—No es verdad.

—¿Que no es verdad? Y tampoco es verdad que tienes unas mariposas tatuadas en tu hombro izquierdo, ¿verdad? —se quedó atónita mirándome—. Sí, bonita, te la vi cuando abrí la puerta de mi habitación y cabalgabas a mi marido —le dije dejándome caer en la silla que se encontraba detrás de mí.

Me tapé la cara, mis ojos se inundaron de lágrimas y estaban amenazando con desbordarse de un momento a otro. El corazón me dolía, tanto que hacía más daño de lo normal. Me estaba empezando a sentir agobiada, dolida, y lo único que me podía quitar el dolor era arrancarme el corazón de cuajo.

Apenas pasaron unos segundos, aunque a mí me parecieron minutos, o quizás hasta horas, cuando de pronto solo escuché el sonido de una bofetada. Me destapé los ojos y miré hacia arriba. Melodía, o como se llamara, tenía la mano pegada a la cara. Fran la miraba con odio.

—La anterior vez me dijiste que era mentira, que no me habías engañado, que me querías. Pero esta vez no te ha salvado. Ella —dijo señalándome— te ha visto y esta vez sí que búscate un buen abogado porque de esta no te salvas, te pido el divorcio —le dijo escupiéndome todas las palabras.

—Pero, Nicolás, ¿la vas a creer?

—Claro que sí, porque la conozco de siempre y ella no sabía ni que eras mi mujer. Ahora ve, haz tus maletas y vete de mi casa.

—¡También es mía! —se alteró Melodía.

—No, perdona que te corrija. Es solo mía, ya que está a mi nombre y la compré antes de casarme contigo. Vete, ¿a qué esperas?

Ella se fue corriendo sin mirar atrás. Con la ropa hecha trapos y una señal en la cara. Fran estaba destrozado. Se dejó caer en la silla sin decir nada, mirando a la nada. Apenas lo escuchaba respirar.

Y ahí estábamos los dos, engañados por unas parejas respectivamente infieles, que, en un destino, en Japón, seguramente, se habían conocido, y aun estando con nosotros querían seguir siendo amantes.

Y a mí me dio la risa. Me reía porque aun así nosotros nos atormentábamos porque también les habíamos sido infieles, ignorantes a lo que a tantos kilómetros estaba pasando.

Fran me miraba, apenado sin entender de qué me reía y de porqué el destino era tan sádico con él, ya que una vez ya le habían sido infiel y por segunda vez elegían a Jordi y no a él.

Me levanté, le agarré con delicadeza de la mano y me lo llevé a mi despacho. Cerré la puerta con llave. Apenas teníamos una hora para que las limpiadoras pasaran a limpiar la oficina, y en ese tiempo yo quería que me hiciera el amor. No quería que simplemente se desahogara conmigo, quería que me diera cariño y yo dárselo a él, ya que era lo que en ese momento nos hacía falta.

Empecé a desabrocharle la camisa. Él me miraba sin decirme nada. Su pelo estaba despeinado. Por su rostro se veía más que un arañazo, pero aun así estaba igual de sexi que siempre. Le besé los labios, en la esquina inferior izquierda tenía una pequeña herida que besé, saboreé y curé con mi saliva.

Mis manos siguieron desvistiéndolo hasta que se quedó completamente desnudo. Lo llevé hasta el sofá y sensualmente me empecé a desnudar, yo sola. Él me miraba asombrado, sin decir nada. Se llevó su mano derecha a su entrepierna y empezó a masajearse. Y a mí solo de verle me estaba poniendo completamente cachonda.

—Hoy quiero que me hagas el amor como si fuera tu primera vez—le dije entre susurros, sin dejar de moverme.

—Sí —me dijo entre gemidos.

Su miembro estaba completamente duro, yo estaba demasiado húmeda. Me agarró de la mano y me atrajo hacia él. Se levantó y me tumbó en el sofá. Yo me deje llevar. Me abrió de piernas y se introdujo dentro de mí.

Cada embestida era mejor que la anterior. Sus ojos no dejaban de mirarme y yo tampoco quería perder su mirada. Sus embestidas eran rápidas, pero cuando sentía que iba a llegar, se paraba de nuevo y volvía hacerlo despacio, como si quisiera guardar ese momento en cualquier rincón de su cerebro.

Sus besos eran suaves, cálidos, pero de vez en cuando salvajes, y yo le agarraba su rostro para que no desviara su mirada, que sus ojos siguieran diciéndome que me deseaban, que en ese momento lo más importante éramos nosotros.

Me agarró el muslo derecho que estaba amenazando con caer del sofá, y lo aferró más a él, haciendo que de nuevo sus embestidas fueran más rápidas, más fuertes, haciéndolo sentir más dentro de mí.

Y entonces llegó, nuestro cuarto orgasmo. Y juraría que el mejor. El agarró mi rostro, mirándome a los ojos y depositando un casto y cálido beso en mis secos y gruesos labios. Apenas estuvimos diez minutos en la misma posición, pero los diez minutos mejores que había tenido en estas nefastas veinticuatro horas.

Nos empezamos a vestir sin decir nada. En esos momentos era lo mejor. ¿Qué íbamos a decir? Que había sido fabuloso, que era lo mejor que nos podía pasar... Quizás lo mejor era callarse, ya que en esos momentos todo lo que saldría de nuestros labios sería perfecto y, en verdad, no estaríamos pensando con la cabeza,

sino por el calentón del momento.

Bajamos juntos en el ascensor, pero Fran le dio al botón de la planta principal. A mí me extrañó, ya que él siempre se traía el coche. Quizás quería que siguiera un rato más con él hasta llegar al sótano, pero el ascensor estaba a punto de parar y mi corazón se iba a escapar de mi pecho.

—¿No has traído tú coche?

—No. Mi mujer traía hoy el coche, ya que me recogía para ir a casa juntos.

—¿Quieres que te acerque yo? —le dije, aunque más bien parecía que le estaba suplicando.

—Si no te importa. —Sonrío.

No tardamos mucho en llegar a su casa. Vivía en una de las nuevas urbanizaciones. Parecía todo tan tranquilo, y sobre todo tan bonito que me quedé pensando cómo sería formar una familia allí.

—Gracias por traerme, Julia.

—Siento todo lo que ha pasado, Fran —le dije algo seria.

—¿Que mi mujer sea una zorra o que hayamos hecho el amor? —Sonrío.

—La primera. De lo segundo no me arrepentiré nunca—le dije, sonrojándome.

—¿Te gustaría comer mañana juntos? —dijo atropelladamente.

—¿Es una cita? —dudé.

—No, tómalo como una comida entre viejos amigos. Mañana te veo. —Y le di un cálido beso en los labios.

Capítulo 16

Cuando llegué a casa, le conté todo lo que había pasado a Joana. Directamente no se creía que todo eso hubiera sucedido. Ponía caras de espanto, decía barbaridades de lo que le hubiera dicho a Melodía y sobretodo me abrazaba.

Me dijo que al día siguiente por la mañana me traería uno de sus vestidos, ya que aún no había ido a recoger ropa a mi apartamento y que si me encontraba con fuerzas el domingo me acompañaría a por mis cosas, por si Jordi se ponía tonto.

Después de que se fuera me di una ducha y le conté lo que había pasado a mi padre. Le vi el rostro enfurecido, pero intenté calmarle diciendo que era lo mejor, que al menos no había estado engañada toda la vida y que seguro algún día nos reiríamos de todo esto. Parece que se calmó y me prometió que no se metería en mis asuntos.

Después de cenar y recoger la loza vi la tele con mi padre. Estaban echando una de nuestras películas favoritas y era todo un honor poder compartirla juntos como antaño, aunque ya nos sabíamos los diálogos de memoria. Pero aun así y viéndola por décima vez, aun la seguíamos disfrutando.

La noche pasó rápido. Me desperté sobre las once de la mañana. Me puse a recoger la casa mientras mi padre iba a su partida de mus. Me sentía feliz por él, porque todo había quedado en un simple susto y ya estaba lo suficiente recuperado. Me dijo que me trajera el cuarto de soltera que tenía en mi apartamento y me instalara en mi viejo dormitorio. En esos momentos acepté, lo que menos me apetecía era buscarme un apartamento y vivir sola.

Joana me trajo el vestido sobre las doce. Se tomó un café y enseguida se fue. Tenía comida familiar en casa de los suegros y aún estaba por prepararse. Y ya estaba empezando a ponerse nerviosa. Odiaba simplemente los sábados porque tenía que visitar a la repipi de su suegra.

Cuando se fue preparé un poco de comida para mi padre, por si no se quedaba a comer en el casino, y me duché. Cuando me estaba secando el pelo recibí un WhatsApp, corriendo fui a verlo por si era Fran. Efectivamente era él. Me daba miedo leerlo por si cancelaba la no cita.

«Hola preciosa. Te recojo a las 14h. No me hagas esperar. Estoy impaciente por verte»

«Primero tendré que decirte dónde es», le contesté.

«Aún recuerdo dónde vive tu padre. Total, solo te he acompañado una vez a casa después del instituto», me eche a reír.

«Ok. Te veo en un rato»

Miré el reloj para ver cuánto tiempo tenía para acicalarme. Apenas quedaba una hora. Me alisé el vestido ceñido que Joana me había dejado. Me quedaba como un guante, dejando un perfecto escote, que no escondía para nada mis voluptuosos pechos. Era de un color negro azabache y me encantaba.

Como no era una cita, decidí acompañarlo con mis botines negros y mi chupa de cuero, la misma que llevaba la noche en la que Fran me regaló su primer beso. Me alisé mi melena pelirroja. Y justo estaba terminando de retocar mi piel de porcelana, cuando me llegó un WhatsApp.

«Abajo te espera tu taxi», me decía Fran. Y yo sonreí como una tonta.

Me sentía como una quinceañera en su primera cita, pero con la diferencia que esto supuestamente no lo era. Solo iba a ser una comida entre amigos y ya está. ¿A quién quería engañar?, Fran me gustaba, sabía que había química entre nosotros, no solo sexo, pero bastantes problemas teníamos como para complicar más las cosas y empezar una relación sin aún estar separados legalmente cada uno.

Cuando bajé lo vi apoyado en su Renault Megan, de color marfil. Simplemente me encantaba. Era un estilo deportivo. Y su carrocería era una pasada. Me dio un beso en la cara y me abrió la puerta para que entrara.

—Estás preciosa—afirmo en un hilo de voz.

—Tú también. Los vaqueros con esa camisa azul eléctrico te quedan geniales.

Me lo hubiera tirado en esos momentos, sin importarme que estuviéramos en la calle. Intenté no pensar en ello, ya que me había prometido que, ese día, no tendría ninguna relación sexual con él, que solo saldríamos como unos viejos amigos y nada más.

—¿Dónde quieres ir a comer, preciosa mía? —Ojalá fuera suya, pensé para mis adentros. —Vamos a tu italiano favorito. —Me sonrió.

—Sí, me parece estupendo.

Las horas pasaban sin darnos cuenta, la comida fue fabulosa, y cómo no, volvimos a reñir para ver quién pagaba. Al final fue él, haciendo prometerle que las copas que tomáramos las pagaría yo.

Sobre las seis fuimos al pub de la otra vez, y estuvimos bailando y hablando. Me contó que su mujer se había ido cuando él llegó, dejándole una nota en la que le decía que ya mandaría a alguien por sus pertenencias.

Yo le comenté que tenía que recoger algunas cosas del apartamento y él se ofreció para llevarme y esperar abajo en el portal el tiempo que hiciera falta. Y yo no podía negarle en esos momentos nada. Me tenía encandilada con su mirada.

Después de un par de bailes, que me estaban haciendo perder la compostura, y tomar un par de copas más, decidimos que era hora de ir a mi apartamento y recoger lo necesario. Aparcamos en mi portal, y las piernas me empezaron a temblar por el simple hecho de que desde fuera se veía la luz del comedor encendida y no tenía ganas de hablar con Jordi.

—Si en treinta minutos, como mucho cuarenta, no has bajado, subiré a por ti —me dijo serio Fran.

—Vale. Pero no creo que necesite mucho tiempo —le dije con una sonrisa.

Abrí sin hacer mucho ruido con la puerta, y ya era un milagro, pues me temblaban hasta las pestañas. Cerré la puerta y me encontré a Jordi en el comedor, sentado en el sofá, con cara desaliñada y una botella de ron en la mano.

—Has vuelto—decía levantándose.

—No te confundas, Jordi. Vengo a por ropa.

—Perdóname, no te vuelvas a ir—se acercaba más a mí—, todo fue un error. Yo no quería.

—Claro que no querías. Ella te puso una pistola en la sien y te obligó a follártela.

No sé en qué momento me confíe. Mientras me dirigía a la que había sido mi habitación, me agarró del brazo y me volteó hacia él, propinándome una bofetada que me hizo caer al suelo. Me toqué el labio y lo tenía sangrando.

—Mírala. De dónde vienes que pareces una fulana. —Me golpeó con su pierna izquierda en el estómago.

—Déjame Jordi, o llamaré a la policía. —dije llorando.

Para qué le dije eso. Me cogió del pelo y me arrastró hasta el centro del comedor. Se subió encima de mí y me empezó a subir el vestido, mientras que con la otra mano me rompía las medias. Mi vista se me nublaba por culpa de las lágrimas.

Intenté gritar, pero por mi boca salía un hilo de voz que él tapó con su mano izquierda, mientras que con la otra intentaba quitarme el tanga. No le reconocía, ese no era mi marido. Estaba inyectado en furia. Sus ojos emanaban dolor, el cual se había hecho él solito.

—Estate quieta o te haré más daño. Solo quiero que sepas que el único que te puede follar soy yo, y nadie más. Para eso soy tu marido.

No sé de dónde saqué las fuerzas para darle un rodillazo en sus partes. Pero lo

hice y me deshice de él. Intenté levantarme, pero mis piernas no me ayudaban y de nuevo él me agarró, pero esta vez por mi tobillo.

—Ven, que vas a saber lo que es un hombre cuando no le dan lo suyo—me decía de nuevo, atrayéndome hacia él.

Y yo lloraba más, pero de mi garganta solo salió un aullido de socorro y en menos de cinco segundos estaba Fran tirando la puerta y quitándome a Jordi de encima.

—Como la vuelvas a tocar, te mato.

—¿Tú y cuántos más? —le vacilaba Jordi.

Solo conseguí ver cómo Fran le propinaba un puñetazo en toda la cara a Jordi. Después, mi cabeza se fue a los lados y mis ojos se cerraron, y mi cuerpo cayó al suelo inerte.

Capítulo 17

Dos días después...

Fui abriendo poco a poco los ojos. La claridad amenazaba con cegarme. No sabía dónde estaba. Miré a mi lado derecho y en el brazo tenía puesto un gotero. Me asusté. Intenté levantarme, pero sin lograrlo, ya que sentí una fuerte presión en mis costillas izquierdas.

Miré hacia el lado izquierdo y allí estaba Fran, con barba de dos días y desaliñado, pero aun así perfecto. Ojeé la habitación dándome cuenta que me encontraba en un hospital. Intenté pensar cuál era el motivo de estar ingresada, pero lo único que recordé fue ir a mi apartamento y ver a Jordi borracho en el comedor. Me tapé la boca en signo de dolor. Recordaba lo que me quería hacer y mis ojos empezaron a llorar.

—¿Cómo estás, pecosita? —Ni siquiera me di cuenta que Fran se había despertado.

—¿Qué día es hoy? Y... ¿qué hago aquí? —le dije alterada.

—¿Cómo sabes que no es domingo?

—Tu barba y tu pelo, y que soy periodista —le dije.

—Vale, es lunes.

—¿lunes? —le dije gritando—. ¡Mi padre! ¡El trabajo! —Casi me desmayo al querer levantarme.

—Tranquila. Tu padre empezó a trabajar. Se fue hace un rato. Y el jefe me dijo que, o te quedas estos días descansado y yo me voy a la oficina, o si estás bien, trabajas desde aquí, y yo te acompaño por si me necesitas.

—Trae el ordenador. ¡Ya! —Los dos comenzamos a reír.

Me quedé seria de golpe. Miré hacia mis manos. Empecé a jugar con mis huesudos dedos. No sabía si preguntarle por Jordi, pero estaba nerviosa, pensando en lo que había pasado. Yo aún sentía algo por él.

—¿Dónde está? —pregunté tímidamente.

—Está en el calabozo. Por lo que se ve tu vecina, al oír tus gritos, alertó a la policía y apenas tardaron diez minutos en llegar. Me encontraron abrazándote —me

dijo cogiéndome las manos.

—¿Y qué va a pasar ahora con él?

—Pues harán un juicio rápido. Yo tendré que declarar y tu igual. Esperarán a que te den el alta. —me dijo mirándome cariñosamente a los ojos.

—No he despertado desde el sábado.

—Pues sí despertaste, pero te pusiste muy agresiva y te sedaron.

—Lo siento.

—¿Por? —No entendía nada, me miró con cara de circunstancias.

—Por meterte en todo esto.

—Da gracias de que estuve allí, si no ahora mismo a saber dónde estarías —me dijo mientras por mi ojo derecho derramaba una lágrima.

Los días pasaban lentamente, y yo ya me estaba agobiando de estar entre esas cuatro paredes, encerrada. Fran estaba día y noche conmigo. Solo se movía para ir a casa y darse una ducha, cuando estaba Joana o mi padre conmigo. Al menos aproveché para que la portada y uno de los emails que elegí para salir en mi columna estuvieran listos a tiempo.

Tuve que hablar con Lucía y contarle todo lo que había pasado. Una mañana se acercó a verme y me dijo que con todo lo que había sucedido tenía el juicio de mi divorcio ganado, que aparte de que Jordi pasaría un tiempo en la sombra, también perdería todos los derechos sobre los bienes que teníamos juntos.

Yo le recalqué que solo quería mi coche y nada más, y ella me dijo que lo mejor era que, si no quería el apartamento, que lo vendiera, pagara el resto de hipoteca que quedaba, y si yo lo veía bien, le diera su parte o me lo quedara todo para mí. Lo poco que teníamos ahorrado sí debía ser entre los dos, ya que esa parte era diferente. Le dije que me lo pensaría y ya se lo haría saber.

Estuve una semana ingresada, retenida en ese hospital, donde solo existían virus, ¡por Dios!, que yo soy una escrupulosa en todos los sentidos. Bueno, en casi todos. Fran me ofreció su casa por unos días hasta que terminara la poca recuperación que me quedaba.

—Fran, de verdad, quizás sea un estorbo para ti. —le dije.

—Para mí será un gusto tenerte, cuidarte, mimarte.

—Quizás es un paso muy rápido—le dije nerviosa.

—¿Rápido para qué? —me pregunto sorprendido.

—No sé. Tú y yo. Juntos. No sé.

—No dudes, Julia, ante todos somos amigos, nada más, ¿vale? —me dijo intentando convencerme.

—Vale —me rendí ante su mirada.

No sabía muy bien hasta dónde iba a llegar esta relación, pero lo que sí tenía claro es que no quería nada serio en ese momento. Después de una ruptura como la que había tenido, lo que menos necesitaba era empezar otra.

Lo único bueno era que al menos él me podría llevar al trabajo todos los días, y era lo mejor ya que no podría estos días manejar un volante, sobre todo, porque las costillas aun sufrían los dolores. Al menos la cara ya estaba mejor. Los moratones ya solo eran sombras claras, y el labio partido, poco a poco ya se estaba cerrando.

Papá me dijo que me llamaría todos los días y que cuando pudiese se pasaría a verme, ya que el trabajo lo tenía bastante absorbido y por una parte era buena señal; más dinero y menos pensaría en la latina. Joana me dijo que se pasaría una tarde que otra y, de paso, le presentaría a Fran su nueva adquisición, o sea, su marido. Más de una vez me tenía que reír con ella, porque tenía cada cosa que por mucho que no quisieras reírte te reías sí o sí.

Aparcamos en el garaje privado del chalet de Fran. Me sentía nerviosa. No sabía qué tal iba a ser todo. Yo tenía muchas manías y no quería volverlo loco el primer día.

Me ayudó a subir unas escaleras que daban salida, o entrada, según como se viera, a la cocina. ¡Qué cocina! Era igual de grande que mi apartamento. Era preciosa, de madera de pino, con una isla enorme en el medio, cubierta por la parte de abajo de ollas. El suelo era de ladrillos vistos. Una de las paredes era completamente de puertas de cristal, que daban salida a un precioso jardín con sus mesas y sillas, y una preciosa barbacoa de ladrillos.

—¡Oh! Algún día comeremos ahí fuera, ¿verdad? —le dije señalándole el jardín.

—Cuando tú quieras.

Pasamos un arco, el cual nos conducía hacia el salón, ¡y qué salón! Era divino. Blanco en las paredes, con cortinas moradas y sofás a juego. Moqueta gris y una mesa perfecta de cristal. Un estante de madera, repleto de novelas, de todos los géneros literarios; contemporánea, erótica, histórica, policiaca, etc. Directamente me enamoré de ella y sería mi templo sagrado.

Debajo de las escaleras, que nos llevaban a la segunda planta, existía un pequeño aseo, bastante sencillo. Subí como pude las escaleras. Ojeé por encima y observé cuatro puertas de madera. Me dijo que había tres habitaciones y un cuarto de baño, pero primero quería enseñarme el altillo.

—¿Qué hay arriba? —le dije.

—Tú déjame que te ayude y ahora te lo enseñó. —Me sonrió.

Cuando llegué al último escalón quedé petrificada. Arriba tenía formada su sala de juegos particular. Era perfecto. Decorada al mejor estilo de las Vegas. Empecé a reír. Tenía un pinball y un ordenador con todos los enseres necesarios para jugar desde él. Había también una máquina tragaperras, un futbolín y algunas máquinas más.

Me encantó la sala de juegos, me habría quedado allí encerrada de por vida. Bajamos a la segunda planta y me enseñó en una de sus habitaciones su despacho, todo perfectamente ordenado. Una de las puertas conducía a un cuarto de baño, un poco cursi para mi gusto. Otra habitación era el cuarto de invitados, la cual solo tenía una cama, una mesilla y un pequeño mueble.

Por último, me enseñó su habitación. Era preciosa. En tonos grises, blancos y negros. La pared era de un gris perlado, los muebles negros, con cajones blancos, y una colcha y cortinas de un gris más oscuro.

—¿Dónde voy a dormir? —le dije dudosa—. Me siento cansada y me gustaría tumbarme.

—Aquí. —Señalo la habitación.

—¿Y tú? —pregunté dudosa.

—También. —Sonrío. Empecé a palidecer—. ¿No quieres? —Me miraba extrañado.

—Hombre, pensé que cada uno dormiría en una habitación, no que ya directamente compartiríamos cama —me mosqueé.

—Bueno, si quieres me instalaré en la habitación de invitados —me dijo serio.

Y como era de esperar, me miró con esos ojos de perro degollado, y yo volví a caer y accedí a dormir con él. Ese hombre me iba a volver loca, más de lo que ya de por sí estaba.

Decidí tumbarme un rato mientras Fran preparaba algo de comer. Mi cuerpo no estaba completamente recuperado y me sentía muy cansada.

—Todo estaba buenísimo, Fran. No sabía que fueras tan buen cocinero —le alabé.

—Te sorprendería todo lo que sé hacer. —Sonrío.

—Fran, y si tu esposa llega, ¿qué va a pasar? —le dije seria.

—Será ex esposa.

—¿Cómo? Tan rápido —creía que aún seguía casado, la verdad.

—Sí, preciosa. Los famosos lo que menos quieren es salir en las portadas y ser la comidilla de nadie, por lo que todo ha sido rápido. Nuestros abogados hicieron un

acuerdo y listo.

—Pero ¿y los periodistas no dirán nada?

—No. Nadie puede publicar nada. Solo que ha sido una separación de mutuo acuerdo y listo.

—Pues me alegro por ti. —Me agarró la mano.

No pudimos seguir con la conversación tan animada que teníamos. Justo en ese momento en el que Fran me agarró la mano me llegó un mensaje. Me miró a los ojos diciéndome por ellos que no me levantara para ver quién me escribía, pero debía verlo por si era mi padre o Joana. Pero la sorpresa fue todavía más. Aunque el miedo recorrió mi cuerpo.

«Julia. Me acaban de confirmar que mañana a las diez de la mañana será el juicio. Te espero en la puerta del juzgado. Que venga Fran contigo. Tenéis que declarar los dos.

Lucía »

Capítulo 18

Me pasé toda la noche en vela, pensando en el juicio. Cuando sonó a las siete de la mañana el despertador, nos pusimos en pie. Fran estuvo toda la noche cuidándome, acostados juntos. Me abrazaba. Me besaba. Pero en ningún momento intentó nada más. Quizás los días de recuperación no iban a ser tan malos. Al menos sus fuertes brazos me ayudarían a no sentir una soledad inhumana.

—Fran —le pregunté mientras bajábamos las escaleras para ir a desayunar.

—Dime preciosa.

—¿Has traído mi ropa del apartamento?

—Sí, claro. Joana me trajo dos maletas con ropa, una bolsa de zapatos y el neceser con tus cosas de la cara. —Sonríó—. Y luego un bolso de mano con tu ropa interior. Vamos lo más necesario.

—¿Y dónde están? —le pregunté dudosa.

—Pues la ropa y los zapatos tienen un hueco en mi armario. Después la ropa interior, está en la mesilla del lado donde duermes. Y el neceser en el mueble del baño.

—¿Sabías directamente que me iba a venir contigo?

—Supongo que sí—dijo con indiferencia.

No sabía si tener miedo o no. ¡Joder! Ese hombre era más meticuloso que yo. No sé si era bueno o no. Pero lo que se dice dar miedo, daba. Me senté en la mesa mientras Fran preparaba todo. En este momento me sentía una inútil.

Después de un desayuno de reyes, con su zumo, café, croissant y alguna tostada, me acompañó a darme una ducha. Eran ya las ocho y sobre las nueve deberíamos estar listos para salir.

—Gracias por todo Fran —le dije mientras entraba en el baño. —Cuando termine te aviso.

—¿Quieres que te prepare la ropa?

—No. Preferiría que te ducharas conmigo. Así ahorraríamos tiempo, ¿te apetece? —le sugerí sonrojándome.

Quizás la más perversa de los dos era yo. En aquellos días en el hospital y el poco tiempo con él, había sido todo un caballero, y voy yo y le tiento. Le miré a los ojos esperando con todas mis ganas de que me dijera que sí.

—Vale. Una ducha rápida y nos preparamos —me dijo sonriendo.

Me ayudó a desnudarme. Me miré al espejo y aún podía ver moratones que todavía no habían abandonado mi blanquecina piel. Se me saltaron unas lágrimas y me toqué mi dolorida cara. Nunca en mi vida había tenido estas marcas tan feas en mi piel.

—Aun así, estás preciosa—declaro Fran, abrazándome por la espalda.

Me ayudó a meterme en la bañera con cuidado de que no me cayera y cerró las puertas acristaladas para que no saliera el agua. Abrió el grifo de agua caliente y me empezó a mojar el pelo y el cuerpo.

—Creo que esto puedo hacerlo yo —le dije intentando quitarle la alcachofa de la ducha.

—Déjate mimar Julia. Por favor —me dijo con cara de lástima.

—Vale —le susurre en un hilo de voz.

Sacó una esponja nueva, y le puso gel del cuerpo. Comenzó a enjabonarme la espalda, las piernas, mis nalgas. Volvió a enjuagar la esponja y echarle de nuevo gel. Desde mi espalda pasó la mano hacia delante. Enjabonó mis pechos, mi cuello y bajó por mi abdomen hasta llegar a mi parte íntima.

—Ábrete para llegar mejor—hablo sensualmente.

—¿Cómo? —decía nerviosa.

—Preciosa, lo digo para poder limpiarte. —Y le hice caso.

Yo hacía ya un buen rato que me sentía excitada, con unas ganas horrorosas de que me hiciera suya. Me prometió que no me tocaría, aunque supongo que sería en la cama, porque dentro de la ducha sí tocaba, y qué bien lo hacía.

Me limpiaba mi intimidad con la esponja, arriba y abajo y viceversa. Sin querer empecé a gemir e intentar que mis nalgas se juntaran más a su parte íntima. Comenzó a besarme el cuello, mientras que con su mano izquierda comenzaba a jugar con mis pechos, y su brazo derecho seguía limpiando mi zona íntima, que iba a quedar como los chorros del oro de limpia.

No sé en qué momento llegué al clímax, pero llegue sin quererlo. Su lengua jugaba con mi cuello, y sus manos con mi cuerpo, y mis brazos se apoyaban a la pared para no caer.

—Lo siento. Te prometí estar quieto. Pero escuché tu gemido, una cosa llevó a la otra y me excitó.

—Hazme tuya—conseguí decir torpemente.

Me cogió en brazos y me empotró contra los azulejos de la ducha. Su miembro entró en mí humedad y empezó a moverse como si no hubiera mañana. Uno, dos y

tres sacudidas y nos fuimos los dos en un solo grito, que murió entre nuestros labios.

Después, terminamos de ducharnos y comenzamos a vestirnos. Me puse un conjunto blanco de ropa interior y elegí un traje de chaqueta, de pantalón, gris a juego con una blusa negra y mis zapatos negros. Me hice un moño y me eché un poco de gomina para que no se escapara ningún pelo rebelde.

Mi maquillaje sería sofisticado. No quería llamar mucho la atención y tampoco sería el sitio más adecuado. Fran se puso un traje marrón chocolate, que le quedaba como un guante, una camisa blanca y la corbata a juego con el traje. Simplemente parecía un dios. De cualquier manera, esta hermoso.

El camino hacia el juzgado fue silencioso. Fran puso de fondo la música, para que la tensión que sentíamos nos tranquilizara. Lo agradecí porque mi interior estaba luchando por salir y lo que menos necesitaba era a mi yo histérica fuera.

A las nueve y cuarenta estábamos ya entrando por la puerta principal. Vimos de lejos a Lucía que hablaba con uno de sus compañeros de trabajo amistosamente. Nos saludó y fuimos hacia ella.

—Hola, chicos —nos dijo dándonos un par de besos a cada uno—. No te preocupes, Julia, todo saldrá bien —me animaba frotándose el brazo—. Os presento a John. El será nuestro procurador. —Sonrío.

—¿Procurador? —dije sin saber, ya que era mi primer juicio y esperaba que el último.

—Sí. Es puro trámite, más bien porque al haber maltrato de por medio, el juez pedirá unos honorarios como indemnización —me intentó explicar lo más claramente Lucía.

—Pero ¿y el divorcio? —le decía algo nerviosa.

—El juez solo aceptó la denuncia por violencia de género. Después tendremos que hacer la separación.

—¿Otro juicio? —formule alarmada.

—Sí, pero no te preocupes, el otro intentaré que sea un simple papeleo, para no hacerte pasar por esto. Fran, tú serás llamado como testigo, te llamarán después si hiciese falta. Deberás esperar en la puerta.

—De acuerdo—dijo Fran.

Nos dirigimos a la sala uno, que estaba solo a un par de pasos de nosotros, todo en la misma planta. Por lo que leí por encima en un pequeño papel que se encontraba en la puerta, había varios juicios de faltas. Nosotros éramos los segundos en entrar, y aún no había visto a Jordi por ningún sitio.

—Lucía y cuando llega Jordi.

—Pues lo trae la policía. Su abogado de oficio es aquel—me señalo lo más discretamente, a un hombre ya entrado en canas, que se situaba a unos metros de nosotras, fuera de la sala de espera.

—Vale.

Estaba nerviosa. El juicio anterior al nuestro ya había empezado y yo aún no veía a Jordi por ningún sitio. Fran se acercó a mí. Me sonrió y me dio un beso en la frente. Me susurró en el oído que me calmara, que todo iba a salir bien, que él estaba ahí conmigo, pero aun así los nervios los tenía a flor de piel.

—Ya viene —anuncio Lucía, que volvía del aseo. Y mi corazón se paró unos segundos.

Lo vi llegar, vestido de paisano. Quizás había visto muchas películas americanas y pensaba que vendría con un mono naranja o uno de rayas, como en cualquier penitenciaria de las películas. Lo que si llevaba era las manos hacia delante, esposadas. Le acompañaban dos policías. Ellos si venían vestidos con sus uniformes. Se situaban a cada lado de Jordi.

Me miraba con odio, con rencor, como si yo tuviera la culpa de que se encontrara allí metido, sin darse cuenta, o, mejor dicho, sin creerse, que él era el único culpable de todo aquello. Él fue el que me engañó con otra en mi cama, y encima, para rematar el asunto, me golpeó y quiso profanar mi cuerpo. Y aun así se quería hacer el inocente, después de que la que quedó marcada fui yo.

A los cinco minutos salieron las primeras personas del primer juicio, algunos contentos y otros no tantos. Yo ya me estaba poniendo nerviosa y ya no había vuelta atrás. Por mucho que quisiera cerrar y abrir los ojos, todo seguía tan real como segundos anteriores.

Lucía y el abogado de Jordi, junto a los procuradores de cada uno, entraron los primeros. Yo me quedé junto a la puerta como me ordenó Lucía. Y Fran se sentó en un banco que estaba a unos cinco pasos delante de mí. El siguiente nombrado fue Jordi. Al pasar cerca de mí, mi cuerpo respondió con miedo. Mis retinas aún recordaban lo que sucedió hacía casi dos semanas y mis ojos empezaron a humedecerse. Jordi me miraba a los ojos fijamente, y cuando paso por mi lado, esquivando a uno de los agentes, en un susurro que ni sé cómo pude escuchar me dijo:

«Me las vas a pagar cuando salga de aquí, princesita.»

Y entonces fue cuando supe que no me lo quitaría en la vida de encima, que tarde o temprano volvería a saber de él, y toda mi vida se volvería un infierno. Porque Jordi sería lo que fuera, pero cuando decía algo, hasta que no lo hacía, no

descansaba.

Capítulo 19

Me quedé en estado de shock después de lo que me dijo Jordi. Fran se acercó a mí unos segundos y me calmó. Se sentó de nuevo a petición mía. La siguiente en entrar a declarar sería yo, y andaba más angustiada por lo que estaba pasando dentro que por las posibles preguntas que en unos minutos me harían.

Me paseaba de un lado a otro, en el poco pasillo que tenía, y Fran solo me observaba sin atreverse a comentar nada. Escuché cómo la puerta número uno en la que debía declarar se abría, dándole paso a la administrativa que cogería mi carnet de identidad, para demostrar que era yo la denunciante y no otra persona.

—Julia Bel—me nombró.

—Sí, soy yo —le dije alzando el carnet.

—Se lo devolveré cuando salga de la sala —me menciono.

—Vale.

—Ya puede entrar —me dio paso señalando la puerta.

La sala no era muy grande. Nada más entrar, de frente, se encontraban varios bancos de madera, con una mesa en la que se sentó la chica que me había cogido la documentación. Me guio un alguacil por un pasillo, el cual dejaba los bancos a mano derecha y la pared a mano izquierda, hasta hallarme enfrente del estrado.

Justo donde estaba un micrófono.

Enfrente de mí se encontraba el juez, entrado ya en canas, y con cara de simpatía. A su lado izquierdo estaba Lucía con John y en el derecho el abogado y procurador de Jordi. Detrás justo de mí, en el lado izquierdo, estaba Jordi junto a los policías que lo custodiaban.

Sentía cómo el corazón se me paraba, un sudor frío empezó a deslizarse por mi espalda, y la garganta y labios comenzaban a secarse. El juez movía varios papeles que tenía en una carpeta. Dio un mazazo en un trozo de madera que tenía a mano derecha, para hacer callar a los abogados y procuradores que estaban murmurando. Me miró con sus ojos azules y sentí paz, tranquilidad. También lo observé y me imaginé que en su juventud tuvo que ser un joven demasiado atractivo, ya que con su edad, rozaría los cincuenta y cinco años, aún seguía teniendo buen porte.

Todo iba a comenzar, preguntas que no sabía si podría contestar, si mi voz iba a poder salir de mi garganta, que cada vez se encontraba más seca. Mi nerviosismo

estaba a flor de piel y mis piernas comenzaban a fallar. Intenté parecer serena, pero aquella tensión que había en la sala estaba empezando a afectarme a mí también.

—Señora Julia Bel—comenzó a decir el juez—. Nos encontramos en esta sala, por una denuncia hacia Jordi Hall. Se le harán varias preguntas que solo podrá contestar con un «sí» o un «no», ¿lo ha entendido?

—Sí —le dije.

—Bueno, le recuerdo que si comenta algo fuera de lugar, será desacato y podré ponerle una demanda ¿entendió?

—Sí.

—Con la venia—dijo Lucía.

—Comience —prosiguió el juez.

—Es verdad que el día en el que la policía fue alertada por un vecino de su edificio, se encontraba usted en él —preguntaba Lucía mirándome a los ojos.

—Sí.

—También es verdad que usted se hallaba en su apartamento en busca de ropa y enseres que le hacían falta. Hacía unos días que dejó su vivienda ya que se encuentra en separación con el denunciante.

—Sí —seguí diciendo, pero los nervios no me abandonaban.

—Usted fue golpeada y casi ultrajada por el señor que se encuentra a su lado izquierdo.

—Sí.

—Y que si no llegan a ir en su rescate, todo hubiera ido a peor.

—Sí.

—Es verdad que por los daños causados ha estado ingresada, como en este informe dice, una semana en cuidados intensivos por fuertes golpes en costados, rostro y psicológicamente—dijo elevando unos papeles.

—Sí.

—Pues ya no tengo más preguntas. Prosiga—le dio la venia al abogado de Jordi.

—Señora Bel, ya que aún sigue casada con Hall. Dígame. Es verdad que usted anteriormente a los hechos, nunca lo había visto en ese estado de embriaguez.

—Sí.

—Y que usted lo dejó, ya que se encontraba con otro hombre, siéndole infiel varias semanas. —Me quedé de piedra, si el que me engañó fue él. Iba a contestar, pero no me dio tiempo.

—Protesto—dijo Lucía—. Aparte de que es incierto de que mi defendida le haya sido infiel, no estamos en este juicio por eso—sentenció.

—Prosiga con las respuestas adecuadas, o usted, como su defendido, serán sancionados.

—No es cierto que le incito y sedujo, igual que le rogué que no la abandonara. Y que usted se puso histérica y empezó a golpearle—decía el letrado.

—¡Eso es mentira! —grite.

—Le recuerdo que solo puede contestar con un «sí» o un «no»—recordó el juez.

—No —sentencie.

—No es verdad que el «señor» que le ayudó es su amante.

—Protesto—dijo levantándose Lucía.

—Por favor, dedíquese hacer preguntas que tengan que ver con el motivo por el que estamos aquí. A nadie nos importa con quién se acueste la señora Bel. Eso, en otro juicio—decía ya mosqueándose el juez.

—No hay más preguntas.

El alguacil me indicó que me sentara en el banco que tenía a mi derecha. Estuve observando cómo los letrados le daban informes y todo lo que habían apuntado durante el juicio, mientras que él los guardaba en una carpeta de cartón marrón. Después terminaron de recoger todo lo que cada uno tenía en su lado de la mesa y los cinco se levantaron.

—La resolución del juicio se les será entregada a sus respectivos letrados. Por ahora, hasta dentro de cuarenta y ocho horas, todo seguirá tal como va. El señor Hall volverá a penitenciarla y usted, señora Bel, puede seguir con su vida. Sin nada más que decir se levanta la sesión —terminó de decir el juez y se fue por una puerta que se hallaba a sus espaldas.

Salí fuera de la sala y junto a Fran esperé a que saliera Lucía. Fran no me preguntó nada, supongo que al ver la cara de póker que tenía, prefirió callarse hasta que yo le dijera algo. Observé cómo se llevaban de nuevo a Jordi, pero él antes me dedicó una mirada llena de odio, la cual antes nunca había observado en él.

—Julia, no te preocupes, todo salió genial —me anunciaba Lucía, que no me había dado cuenta que ya estaba a mi lado.

—Y yo, ¿por qué no declare? —pregunto Fran.

—Como no estabas cuando fue golpeada no hizo falta, ya que al no ver nada no servía de nada tu declaración.

—Lucía, ¿por qué estás tan segura?—le dije en un hilo de voz.

—Tu querido esposo alargó más de la cuenta, hizo desacato al juez, ha sido multado y aparte lo que derive el juez. Al ser un juicio rápido, mañana, como muy tarde por la tarde, tendremos el veredicto. —Sonrió Lucía.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Pues ahora te puedes ir a casa a descansar. O al trabajo, como mejor quieras —Me sugirió Fran.

Nos despedimos de Lucía y de John. Nos dirigimos hasta el coche en silencio, sin decir nada. Nos montamos en él. Miré el reloj y eran casi la una del mediodía. El juicio se había alargado más de la cuenta y yo hubiera jurado que solo había pasado una hora.

—¿Dónde vamos? —dijo Fran arrancando el vehículo.

—A casa. Me siento muy cansada.

No dije nada durante el trayecto. Me sentía físicamente cansada, y mentalmente también, para qué nos vamos a engañar. Miraba a Fran de reojo, pero lo sentía muy lejos, pensativo, ausente de todo.

Me ayudó a subir las escaleras. Estaba cansada y la cabeza me iba a reventar. Una vez en la habitación, se bajó Fran a la cocina, a preparar algo para comer. Yo me tumbé en la cama y me puse en forma fetal. Mis ojos empezaron a humedecerse y las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas.

Me sentía sola, incomprendida, sin saber qué iba a ser de mi vida. Fran era tan bueno conmigo que me parecía todo un sueño, con miedo a despertar y no tenerlo cerca de mí. Pero esto solo había empezado, aún faltaba el juicio de la separación y no me sentía fuerte. Yo que siempre había dado a entender que era fuerte en todo, me estaba deshaciendo completamente.

Aún quería a Jordi, no podía remediarlo, por mucho que me hubiera hecho, había más cosas buenas junto a él que malas. Pero lo que sí sabía es que lo que algún día me unió a él ya no estaba. Sentía un dolor tan fuerte en mi corazón roto que solo me entraban ganas de poder quitármelo con mis propias manos.

Morfeo me había llevado con él sin darme cuenta. Me arrastró junto a él, a un mundo en el que el dolor desaparece una vez que duermes, donde todo puede ser como tú quieras y en él que tú eres la persona que puede decir qué hacer. Estaba tan metida en mi sueño que lo único que consiguió despertarme fue la melodía de Vivaldi que le tenía puesta de tono a Joana.

—Dime —aun medio dormida chasqueando la lengua.

—Julia tengo que decirte algo muy importante.

—Dímelo.

—¿No te ha llamado Lucía? —me preguntó.

—Tengo un mensaje como que me ha llamado, pero no tendría cobertura o algo. ¿Qué pasa? —le confirme levantándome y alterándome.

—Jordi se ha suicidado. O al menos eso creen —decía nerviosa Joana.

—¿Qué? — empecé a hiperventilar.

—Lo han encontrado con las venas cortadas en su celda. Encima de la cama—terminó de decir.

—No puede ser.

Colgué el teléfono sin creer lo que me estaba diciendo Joana. No podía ser que Jordi se suicidara y menos amenazándome antes del juicio. Él no era una persona que se rindiera y menos sin saber si iba a salir o a quedarse más tiempo en la sombra.

Me senté en el suelo dándole la espalda a la pared y me agarré las piernas. Comencé a llorar sin consolación ninguna. Yo no quería esto y mucho menos que Jordi se sintiera tan miserable que se suicidara.

Capítulo 20

Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. El día anterior estaba casada, en un juicio que había sido celebrado porque mi marido me maltrató e intentó abusar de mí. Y ahora... Ahora estaba vestida de negro, en el primer banco de la iglesia viendo cómo mis conocidos me daban el pésame por la muerte de Jordi.

Mis ojos estaban tapados por unas gafas negras, que no dejaban ver nada. Mis ojos; hinchados y rojos de haber pasado la noche llorando, acurrucada en mi cama sin dejar que Fran se acercara a mí. No hubo velatorio, lo preferí así, no tenía cuerpo para pasarme la noche velando al que se había suicidado para darme una lección, ¿o acaso lo asesinaron?

Los guardas de celdas y la policía directamente me dijeron que él había sido el encargado de coger un cuchillo de la cocina a la hora de comer, sin que nadie se diera cuenta, y una vez entró de nuevo en la celda se hizo cortes profundos en las muñecas, consiguiendo encontrar la vena que le hizo desangrarse.

Al estar solo en la celda no se percataron de lo ocurrido hasta que abrieron las rejas para dejarlos salir al patio, y uno de los reclusos que pasó por su lado se dio cuenta de que su cuerpo yacía sin vida encima de la cama.

A mi lado se encontraba mi padre y mi suegra, Ana. No había llegado a enterarse de nada de lo sucedido: que su hijo estaba encarcelado por mi culpa y que él solo se había quitado la vida. Era lo mejor, su débil corazón no hubiera podido tragar con todos los hechos y se hubiera roto en mil pedazos. Solo sabía decirme: «Tan joven y ya Dios quiso dejarte viuda y a mi sin mi único hijo», mientras se limpiaba las lágrimas que se derramaban por su arrugado rostro.

El cura comenzó a hablar, diciendo cosas bonitas de Jordi, algunas que eran verdad y otras que eran simples patrañas. Mis ojos no dejaban de mirar al féretro, con miedo de que se abriera y Jordi saliese, con miedo o quizás alegría, no estaba muy segura, a que me dijera que todo había sido una desagradable broma. Pero eso no llegó a ocurrir.

Cuando el cura terminó, junto a mi padre y mi suegra, nos subimos al altar para que la gente que quisiera nos diera el pésame, aunque la mayoría ya lo había hecho minutos atrás. Primero pasaron los familiares de Jordi y los míos, tíos y primos. Después los amigos que teníamos en común, que hacía siglos que no veíamos, y después llegó el jefe y compañeros de trabajo de Jordi, de los cuales solo el jefe sabía lo que realmente había pasado.

—Lo siento mucho, no te mereces esto. Espero que pronto rehagas tu vida —me dijo entre susurros mientras me besaba las mejillas.

Por último, pasó Joana junto a Fran, mi jefe y compañeros de trabajo. Nadie me dijo nada. Solo me desearon que fuera fuerte y que todo pasara pronto. Me miraban con pena, hasta podía ver que algunos desviaban la mirada con tal de no ver mis ojos, que ya eran libres de la oscuridad que me daban las gafas, para no tener que ver lo rojos e hinchados que estaban de tanto llorar.

El último adiós a Jordi, se lo dimos en el cementerio. Aquel lugar era inmenso, lleno de calles y columnas con lápidas. Cuántas personas de todas las edades descansaban en aquel lugar... Hasta en el suelo había lápidas pequeñas, de bebés que sufrieron algún problema y se hallaban allí, descansando para la eternidad.

Aquel lugar estaba absorbiendo la poca energía que me queda para afrontar ese día que se me estaba haciendo eterno. Lo metieron en la última calle que se encontraba en el cementerio, en la primera columna nada más comenzar la calle, y en el segundo hueco que estaba vacío.

Mis últimas lágrimas las derrame allí, en aquel siniestro lugar, justo frente a la fría piedra que tapaba el cuerpo sin vida de Jordi. Lo maldije muchas veces en silencio, por terminar de joderme la vida y por hacerme creer que yo era la mala de esta trágica historia.

Pero levanté mi rostro y me limpié las lágrimas que no querían separarse de mí, y me prometí a mí misma que ya no lloraría más por él, que él fue el débil, el que no aguantó esa soledad entre las rejas, y que hizo lo que hizo para castigarme, para demostrarme que, aun estando muerto, él era mejor que yo.

Me dirigí a la puerta principal del cementerio, y cuando estuve ya fuera, saqué de mi minúsculo bolso una cajetilla de tabaco, me encendí un Marlboro y le di dos caladas que me devolvieron la vida y sobre todo a la realidad. Joana seguía mis pasos e hizo lo mismo. De nuestras bocas salía solamente humo.

—¿Te llevo a casa? —me dijo apagando el cigarrillo con su pie derecho.

—Creo que no. Me apetece ir sola—dije mientras le daba la última calada al cigarro y lo apagaba tal cual como lo hizo segundos antes Joana.

—¿Y Fran?

—Que se vaya a su casa, yo voy a mi apartamento, tengo cosas que empaquetar y documentos que rellenar—le dije.

Me despedí de Fran. Le dije que lo mejor sería estar unos días sin vernos hasta que arreglara mi vida, al menos durante los cuatro días que tenía de permiso en la oficina. Él aceptó sin decir nada. En su interior él lo entendía, muchos años junto a Jordi como para olvidarlo todo en el día de su entierro y comenzar una relación. Él

me conocía y prefería darme mis días de duelo sin molestarme, era lo mejor.

Me despedí de Ana y de mi padre. Le prometí a ella que la iría a visitar cuando estuviera más calmada, ya que la pobre mujer no tenía la culpa de que su hijo fuera un desgraciado manipulador, o más bien que lo hubiera sido. A mi padre le dije lo mismo, que cuando terminara de arreglar documentos ya me pasaría a verle.

Cogí un taxi y me dirigí a mi apartamento. Era lo mejor para todos y sobre todo para mí. Debía recoger todas sus cosas y darlas a algunos sitios de Beneficencia para personas necesitadas. Abrí la puerta y cuando entré en el salón sentí cómo mi corazón se encogía. Estaba todo tal cual, botellas de alcohol por encima de la mesa, el tubo de cristal roto por el suelo. El olor a cerrado mezclado con él whisky estaba inundando mis fosas nasales y produciéndome arcadas.

Subí las persianas de todas las ventanas del apartamento para que se ventilara. Cogí las escaleras que estaban en el lavadero y me fui directa a la habitación, la puse al lado del armario y subí hasta el último peldaño, para coger unas cajas de cartón que tenía plegadas. Las bajé y las puse en la cama. Las coloqué bien con cuidado para que no se saliera nada y empecé a guardar la ropa de Jordi y todos sus enseres.

En total unas siete cajas utilicé para guardarlo todo. Con un rotulador grueso de color negro escribí en cada caja el nombre de lo que contenía. Llamé a una empresa que se llama “Reto”, que es de personas que se están desintoxicando de la droga y las cosas que les donan las venden a bajo precio y ayudan a otras personas sin recursos para que puedan tener una vida mejor. Ellos mismos se encargarían de venir a por las cajas y llevárselas. Me dijeron que a última hora se pasarían a por ellas.

Empecé a hacer limpieza en la casa. Sábanas, suelo, muebles... Quería desinfectar todo el lugar, que no quedara resto de olor a whisky ni olor a cerrado. Inundé literalmente el aseo y el baño de lejía y amoníaco, eché tanto que si me descuido me mato yo sola, por juntar dos químicos que no deberían ser usados a la vez ya que por los vapores que sueltan puedes intoxicarte.

Después de ver que todo estaba reluciente, puse una lavadora con sábanas y ropa que tenía en el cesto de ropa sucia, y la que fui encontrando de Jordi directamente la metí en un saco de plástico para tirarla a la basura.

Me senté en el sofá, cansada, lo único bueno era que en las horas que llevaba entretenida con todo lo que hice no pensé en nada. Pero ahora, ya parada, se me estaba cayendo la casa encima. Decidí hacer un pedido por internet a uno de los restaurantes chinos que estaba cerca de mi apartamento y comer algo. Directamente lo pagué con la tarjeta bancaria para solo recoger el pedido.

Apenas tardaron veinte minutos y ya tenía la comida preparada encima de la

mesa. Cogí un DVD y lo metí en el reproductor. Le di al play y me puse a comer el pollo al limón con patatas y pan chino que había pedido. De postre un helado de chocolate directamente para coger con cuchara.

Había elegido “Durmiendo con su enemigo” de Julia Roberts. Me encanta como trabaja esta actriz, cualquiera de sus películas es bonita. Pero esta quizás era más especial para mí porque era también la preferida de mi padre, y cuando la ponen en la televisión si no estamos juntos nos llamamos para verla, aunque sea separados.

El personaje que interpreta Julia se llama Laura, supuestamente se casa con el amor de su vida, Martín, pero este, una vez casados, cambia de forma de ser, tiene manías de orden que a cualquier humano nos daría igual. Pero él si ve un bote mal puesto en el armario de la cocina, o toallas mal colocadas en el baño castiga a su mujer dándole palizas y abusando de ella en la cama.

La verdad que es una película tan cotidiana que a cualquier mujer le puede pasar, me pone los pelos de punta. Al final ella puede escapar, se va a un pequeño pueblo en el cual está su madre en una clínica ingresada. Hace varias cosas para que nadie la conozca, pero aun así él logra encontrarla, pero consigue al final de todo deshacerse de él, ya que antes que la mate a ella consigue terminar con la vida del desgraciado de su marido.

Os podría contar más de la peli ya que me la sé de memoria, pero la cosa es que la veáis vosotros. Quizás me siento identificada con ella. Aunque a mí Jordi solo me golpeó una vez, me sentía humillada y psicológicamente golpeada. Me trataba como si fuera inferior a él, como si mi vida sin estar a su lado no valiera para nada. Aunque yo lo dejé cuando vi que otra ocupaba mi lugar en la cama, no fui tan fuerte como Laura en “Durmiendo con su enemigo”, pero al fin si me libré de él.

Cuando terminé de comer, recogí la mesa y me tumbé en el sofá para terminar de ver la película. Pero Morfeo me agarró entre sus brazos y balanceó cuidadosamente mi cuerpo, hasta que mis ojos se cerraron y quede presa de ese sueño que me estaba atormentando por dentro.

Capítulo 21

Sentía mucho frío, corría en dirección a la luz por un largo pasillo oscuro. A mis espaldas, a los laterales, dejaba puertas blancas por ambos lados. No sabía qué me esperaba en el final, pero solo quería ver claridad; la oscuridad, sin saber qué había por mi camino me estaba atormentando.

Cuando conseguí llegar, después de casi una hora corriendo y sin ningún tipo de frío en mi cuerpo, salí de ese inmenso pasillo. Fuera encontré un bosque con diferentes tonos de verdes, en suelos y árboles. Flores de todos los colores adornaban ese precioso paisaje que se encontraba justo enfrente.

Miré hacia atrás y el pasillo había desaparecido. Detrás solo se encontraba el mismo paisaje hermoso, lo miraras por donde lo miraras. Parpadeé un par de veces. A lo lejos veía una silueta que me hacía señales, levantando su brazo.

Me acerqué desconfiada hacia la silueta. Poco a poco iba distinguiendo que era un hombre, delgado, pero no muy alto, o eso parecía a simple vista. Iba cautelosa a su encuentro, despacio, sin prisas. Estaba vestido de blanco y tras él se veía un resplandor blanquecido.

Cuando llegué lo más cerca posible, sentí helarse de nuevo mi cuerpo. Mis piernas empezaron a temblar, no sabía cuánto tiempo iba a conseguir mantenerme en pie. No podía creer quién estaba delante de mí o quizás no podía creer que eso fuera posible.

—¿Jordi? —dije en un hilo de voz.

—Sí, soy yo. —Sonrío dejando ver sus perfectos dientes.

—Pero ¿cómo? —No entendía nada.

—Me dejaron allí arriba —decía señalando con la mano— que me despidiera de ti en tu sueño. —Me agarró la mano—. No temas, no puedo hacerte daño.

—¿Por qué?

—Pues porque en tus sueños mandas tú...

No le dejé terminar.

—No. ¿Qué? ¿Por qué lo has hecho?

—¿Suicidarme? —preguntó incrédulo.

—Sí, claro.

—Creía que mi vida sin ti no tenía sentido. Sé que me equivoqué, que no he sabido apreciarte. Pero uno no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde. Me avisó mi

abogado que estaría un largo tiempo en la sombra. La cárcel no está hecha para mí. En el poco tiempo en el que estuve ya tenía enemigos, así que imagínate si hubiera estado más tiempo—confeso mirándome a los ojos. Parecía sincero.

—Y lo mejor fue castigarme con tu muerte, ¿verdad? —dije enfadada soltándole la mano.

—No, preciosa. Tú tienes el derecho de ser feliz. Yo sabía que una vez estuviera libre volvería a buscarte y no quiero pensar en lo que hubiera pasado.

—Qué fácil es suicidarte y olvidarlo todo —le confesé.

—El suicidio es de débiles, y yo lo he sido. Solo espero que algún día me perdones.

—Si quieres tu perdón, te lo doy, si así será más feliz tu eternidad —le dije a punto de llorar.

—Cuando quieras perdonarme hazlo, no te voy a obligar ahora. Solo te pido que lo digas en voz alta. Yo, esté donde esté, te escucharé. —Me dio un casto besó y se esfumó.

Me quedé anonadada y lo busqué por todos lados, pero ya no encontraba ningún rastro. Vi cómo las flores, hierbas y árboles se marchitaban y sus vivos colores se convertían en un marrón sin vida. El cielo empezó a oscurecer y mi cabeza comenzó a dar vueltas hasta que caí inconsciente al suelo.

Me desperté del sueño al escuchar el telefonillo sonar. Miré la hora y supuse que serían lo de “Reto”. Les abrí y subieron dos chicos. Se les veía muy delgados y el rostro demasiado estropeado, no les echaba más de treinta años. Supuse que antaño habían sido drogadictos.

—Muchas gracias, señora —agradeció el moreno.

—De nada. —Les sonreí.

—No sabe lo que aporta a muchas personas con estas cosas que usted ya no necesita —reconoció el chico rubio.

—Me alegro.

—Nosotros estamos ya rehabilitados. Y mírenos. —dijo señalándose a los dos—. Ahora somos mejores personas.

—Me alegro muchísimo, de verdad.

—Vamos a empezar a bajar cosas, que tendrá mucho que hacer—comento el chico moreno.

—Os puedo hacer dos preguntas.

—Sí, claro, cómo no —contesto el rubio.

—¿Qué edad tenéis? Y sobre todo ¿cómo os llamáis?

—Pues tenemos veintinueve años, y él es Alex y yo, Carlos —dijo el moreno.

—Pues encantada de conoceros, yo soy Julia.

Me parecieron unos chicos encantadores, y sobre todo me fascinaron esos ánimos que tenían de recuperación, de ser mejor personas. Aunque en un momento de su vida su camino se hubiera torcido, poco a poco estaban recuperándose de todo. Se fueron con una promesa de mi parte, que intentaría que mis conocidos les donaran cosas que no usaran para ayudar a los demás, y me lo agradecieron, deseándome lo mejor.

Fui a la cocina y me serví un poco de vino rosado en una copa. Encendí un cigarrillo y me puse a contemplar la calle desde la ventana del comedor. Ya era de noche, pero me encantaba ver la ciudad durante la oscuridad, con la poca luz que percibía de su alumbrado, no parecían los mismos edificios ni locales que durante el día.

Después de darle vueltas a la cabeza decidí que lo mejor era vender el apartamento. Si veía que durante unos meses no lo conseguía, lo alquilaría. Dejaría todos los muebles menos los del cuarto de invitados que sería lo que me llevaría a casa de mi padre, y algunas figuras y recuerdos. Lo demás lo dejaría todo tal cual estaba, incluyendo sábanas, enseres de cocina y hasta las toallas. En casa de mi padre, con tener una cama donde dormir y guardar mis ropas, me valía.

Era lo mejor, dejaría mi pasado atrás y compartiría más tiempo con mi padre. Total, él también se sentía solo y así no tendría que buscar a nadie para que le arreglara la casa ni le hiciera la comida, se lo haría yo. Decidí llamarlo por teléfono y contarle a ver qué tal le parecía.

—Hola, papá.

—Hola, mi niña. ¿Cuándo vas a venir a verme?

—Pues te llamaba para decirte que quiero vender el apartamento. Y había pensado que, si te apetece, me podría ir a vivir contigo—le dije nerviosa.

—¡Claro que sí! Si quieres, mañana que es sábado te mando a algún mozo de almacén que te ayude y meta en el furgón tus cosas—me dijo con la voz alegre.

—Bueno, papá, mejor el domingo. —Me eché a reír—, para que mañana me dé tiempo a empaquetar.

—Vale, mi niña, cuando tú quieras. Ya sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias por todo, papá.

Colgué el teléfono y pensé en cómo podía hacerlo. Quizás hacer una lista y ver qué dejar en el apartamento. Después tendría que meterme en el ordenador y poner

el anuncié para la venta. Lo mejor sería ponerlo en mis redes sociales y hablar con alguna inmobiliaria, aunque luego tuviera que pagar algo por la venta. Y quizás también poner algún cartel en la calle.

Me sentía muy decidida. Hice la lista y encendí el ordenador. Abrí una hoja de Word y comencé a escribir. El formato de letra sería “Times New Roman” y con un tamaño considerado, quizás con un catorce, por ahora estaría bien. Resaltaría en negrita lo más importante y después de leer todo lo que tenía que poner modificaría lo necesario.

«*Se vende: **Apartamento en zona centro**, con buenas vistas, cerca de la estación de metro y paradas de autobús. Muy luminoso. Y en buenas condiciones.*

Consta de:

60m², dos dormitorios, cocina, baño, aseo, lavadero y A/acondicionado.

El apartamento está amueblado por completo, menos la habitación individual que está vacía.

Con los enseres de cocina, cuarto de baño y aseo completos.

Todo por **100.000€**

Interesados llamar al **600700500** (Julia)»

Después de releer la hoja tres veces y cambiar algunas cosas, creo que quedó perfecto. Lo publiqué en mis redes sociales, Twitter, Instagram, google+ y por último en Facebook. Cuando lo abrí quise morir, llevaba desde que dejé el hospital sin abrirlo, tenía varias notificaciones, mensajes y peticiones de amistad. Pero al ver mi muro se me heló el corazón de nuevo. Estaba repleto de amistades que me daban el pésame por Jordi, otros que no se habían enterado y que lamentaban no haber estado conmigo en ese cruel día que el destino me quitaba el amor de mi marido, y así también en los mensajes. Ojeé las peticiones de amistad y no acepté ninguna, directamente las dejé tal cual.

Después de colgar el post por el grupo de Madrid y de algunos que tenía en mi muro, cerré Facebook. Mandé tres emails a inmobiliarias cerca de mi zona y después imprimí veinte copias del anuncio para al día siguiente ponerlas por algunos locales cerca de mi apartamento y dejaría otras tantas para ponerlas por la zona donde vive mi padre.

Después de terminar estaba ya cansada, eran cerca de las diez de la noche, y entre una cosa y otra se me había pasado el día corriendo. Cogí el móvil y decidí llamar a Fran. A pesar de haberle dicho esa misma mañana que necesitaba tiempo ya lo

estaba echando de menos. En el tercer toque lo descolgó.

—Hola, pecosita, ¿qué tal estas?

—Hola, Wally, me apetece verte, necesito hablar contigo, ¿podemos vernos? —le dije.

—Sí, ¡claro! En media hora estoy allí —me dijo y colgó.

Joder, qué rápido es para lo que quiere. Me eché a reír. Me preparé un sándwich vegetal y me tomé otra copa de vino mientras esperaba a que llegara.

Capítulo 22

Tres semanas después...

Me encontraba sentada en mi oficina. Ya quedaba menos para salir, un par de horas y listo. Ojeaba unos papeles que me entregó Fran, pero mi mente no me ayudaba. Ella andaba aún resolviendo asuntos del pasado.

La semana anterior terminé de arreglar documentos en los que tuve que firmar como que yo era la única autorizada en los préstamos e hipotecas. Jordi me había dejado varias deudas que tendría que abonar yo misma. Al menos, la hipoteca se quedó pagada, ya que cuando la firmamos pedimos un seguro para que, si nos pasaba alguna desgracia, fuese como fuese, a uno de los dos, la deuda quedaría finiquitada, así que al menos era un alivio.

Con lo que sacara por vender el apartamento intentaría liquidar las deudas, y lo que más me jodía, era que de algunas yo no había disfrutado. Ni siquiera sabía que existían, ni para qué habían sido usadas. Y mis piernas me flojearon más al saber que existía una cuenta a su nombre, en la que tenía de depósito cinco mil euros. En ese momento no era mucho dinero, pero al comprobar el balance de la cuenta vi que ahí era donde se hacían los ingresos de los préstamos que ahora debería pagar yo.

Me aconsejaron que me buscara un abogado y reclamará para no tener que pagar esas deudas, ya que mi nombre no aparecía, pero yo lo veía muy negro todo, pues era su mujer y podían alegar que el suicidio había sido en consecuencia para no pagar los préstamos.

Ahora entiendo ese cambio de humor, ese desprecio que tenía ante mí y ante su propia vida. No podía hacerle frente a lo que estaba sucediendo y por eso eligió el camino más corto: «la muerte». Solo una palabra lo describía, era un cobarde.

Intenté terminar el trabajo que tenía atrasado, pero me era imposible. Llevaba unos días enferma, devolviendo cada vez que comía algo. Todo me sentaba fatal. Lo achacaba a los nervios o quizás a algún virus de estos que estaban en el aire, como solía decir la gente, pero ya me estaba empezando a preocupar. Entre que era delgada y que había perdido dos kilos en una semana, me estaba empezando asustar, así que decidí que me viera un especialista y él mismo me diagnosticara.

A última hora tendría que pasarme por el apartamento, y digo tendría porque ya llevaba dos semanas viviendo con mi padre y la verdad es que estaba encantada, recordando viejos tiempos y viendo películas que nos gustan a los dos. El día

anterior me llamó una mujer que estaba interesada en comprar el apartamento y le dije que se lo enseñaría a última hora, sobre las ocho, ya que tenía varias cosas que hacer, y a ella no le importó, al contrario, me dijo que le venía mejor.

Con Fran, la cosa no iba muy bien, lo estaba alejando de mí. No es que no me gustase estar con él, al contrario, él me hacía sentir lo que no pudo nunca hacer Jordi, pero es que en esos momentos mi vida era un caos y no quería que él fuera una víctima colateral; él no se merecía eso, pues también había sufrido lo suyo con su mujer. Así que nuestra relación era solo de trabajo. Al menos se conformó cuando le dije que solo necesitaba tiempo para arreglar mi vida.

Recogí el escritorio, guardé algunos papeles en mi maletín y me preparé para salir. Le dije a Fran que le llamaría después de que me diera el médico su diagnóstico para que se quedara más tranquilo. Hasta él notó lo desmejorada que estaba. Bajé hasta el garaje y arranqué el coche. La consulta estaba apenas en veinte minutos en coche, por lo que no tardaría mucho.

Aparcar en Madrid era un asco. Como no hubiera aparcamiento subterráneo o privado era imposible aparcar. Dejé el coche a dos manzanas. Hacía buen día, así que apetecía pasear. Que el sol se deslizara por mi rostro era sensacional, ya mismo estaríamos en verano, y aunque no era mi estación preferida al menos cogería unas vacaciones y me iría a relajarme a la playa.

Estaba nerviosa esperando en la puerta de la consulta. Félix aparte de mi médico familiar, es un gran amigo de la universidad. Lo conocí en una de las muchas fiestas que dieron los estudiantes de medicina. Aunque Joana y yo estábamos en periodismo, nunca nos perdíamos ninguna fiesta, era lo mejor para desconectar de todo, pasar una noche loca. Desde el día que le conocimos no nos separamos de él.

La enfermera salió para llamarme, estaba nerviosa, para que lo iba a negar. No sabía que me pasaba, aunque seguro que todo era producto del estrés que había tenido días atrás y que poco a poco estaba volviéndose a calmar.

Félix seguía igual que siempre, alto, regordete y con esa sonrisa que me encantaba. Sus ojos color chocolate encajaban perfectamente sobre su rostro color café. ¡Lo que le gustaban a este hombre los rayos uva! Pero aun así estaba perfecto, me encantaba tal y como era.

—Hola, amor —me dijo levantándose de su silla—.¿Qué haces por este barrio? ¿Vienes por placer para verme o enfermedad? —Qué gracioso es, lo que le gusta un cachondeo.

—Enfermedad, señor médico—le seguía el juego, aunque yo no tenía ese arte andaluz que tenía él.

—Claro, ¡cómo no! Si no me hubieras citado en el bar, como hiciste para

contarme lo de Jordi—me dijo volviéndose a sentar—. ¿Cómo sigues?

—Bueno, pues eso es. Que desde hace una semana tengo una vomitera cada vez que como... Me siento cansada y algo deprimida—le dije acercando la silla al escritorio.

—No te preocupes, eso será debido al estrés—. Ven que te ausculte —me dijo señalándome la camilla.

Me levanté la blusa. No vio nada raro, ni en pecho, oídos, garganta... ni siquiera en los ojos. Me pidió que desabrochara mi sujetador. No sabía para qué era, pero él era mi médico y lo que sí sabía es que no se le iba a empalmar al sobármelas, más bien porque su inclinación sexual apuntaba al cien por cien a los hombres y no a las mujeres.

—Julia, cariño, ¿desde cuándo no te baja el periodo? —me dijo algo serio.

—No sé, yo, no me acuerdo, ¿qué pasa? —me estaba asustando.

—Te voy a mandar hacer un test de gestación, para descartar un posible embarazo.

—¿Embarazo? Eso es imposible yo... —me quede pensando unos segundos—. ¡Joder!

La enfermera de Félix me proporcionó un pequeño bote de plástico y me acompañó al servicio. Después de orinar, le di el bote y esperé en la puerta de enfermería a que me diera el resultado y volvería a la consulta. Preferí no mirar qué ponía, total, la jerga de médicos tampoco la entendía, así que era tontería mirar por mirar.

—Bueno, Julia, no sé si darte la enhorabuena o qué, pero el resultado es que estas embarazada. Por el análisis, estás de cuatro semanas, lo que vienen siendo dos desde la concepción. Y no te asustes si tus pezones se oscurecen, es lo más normal, o si se hinchan, ya están cambiando el color por eso te hice el test —me dijo.

—Pero yo hace dos semanas no tuve ninguna relación sexual—le dije seria.

—Cariño te explico por si no sabes que el espermatozoide tarda unas setenta y dos horas en llegar al óvulo y fecundarlo. O sea que fue hace unas dos semanas y media, más o menos; decimos un tiempo estimado de embarazo. Como mejor se ve es con una ecografía, pero ya sabes que eso no puedo hacértelo aquí. Te puedo mandar a la consulta de una buena amiga, si quieres.

Después de treinta minutos hablando con Félix averigüé qué día fue el que dejé que mi óvulo tuviera la oportunidad de ser fecundado. Fue en casa de Fran, la primera vez que lo hicimos en la bañera, y la última ya que no habíamos vuelto a tener relaciones desde ese día. En lo que no caí es que, el tiempo en el que había

estado medicada en el hospital, las pastillas anticonceptivas habían dejado de hacer su efecto.

Andaba medio ida de regreso al coche. No podía creermelo lo que estaba pasando, ¿cómo iba afrontar esto?, ¿cómo le iba a explicar a mi ex suegra que el bebé no era de Jordi?, ¿y ¿a mi padre? Me estaba volviendo loca... Miré el reloj y me fui directa a mi apartamento. Saqué el móvil y le mandé un WhatsApp a Fran diciéndole que le veía allí para contarle el diagnóstico que me había dado Félix.

Me estaba tomando un vaso de leche cuando sonó el timbre de la puerta. Abrí y allí se encontraba Fran, tan guapo como siempre. Le dejé pasar y lo dirigí hacia el salón. Le rogué que se sentara en el sofá, le puse una copa de whisky y me senté a su lado.

—¿Me vas a decir ya qué te dijo el médico o qué?

—Sí, me dijo que...

—¿Qué? —pregunto casi gritando.

—Que estoy... —No sabía cómo decírselo.

—Joder, Julia, dilo ya. —En pocas ocasiones me llamaba por mi nombre.

—Embarazada—le solté, y casi se atraganta.

—¿Embarazada?, eso es ¿posible? —me preguntó incrédulo.

—Hombre, pues suele pasar cuando un hombre tiene relaciones sexuales con una mujer, y el anticonceptivo que ella usa no sirve de nada si toma antibióticos —le solté irónicamente.

—¿Voy a ser padre? —Se le dibujó una sonrisa en la cara. Para el poco alcohol que tomó y lo rápido que le subió a la cabeza. No sabía qué decirle.

De pronto sonó el timbre. No recordaba que había avisado a la señora que venía a ver el piso por si se quería acercar antes de la hora pactada. Me levanté del sofá para abrir, y no sé por qué Fran siguió mis pasos. Abrí la puerta y casi me desmayo al ver quién era.

—¿Annette? —logré decir.

—¿Mamá? —dijo Fran.

Creo que a Fran casi le da un infarto al ver a su madre tras la puerta. De todos los habitantes de Madrid, a la que menos esperaba era a ella, y más suponiendo que se encontraba en tierras mañas y no madrileñas.

Capítulo 23

—¡Fran! Y tú eres... Julia—decía tranquilamente.

—Mamá, déjate de tonterías. ¿Qué haces aquí? Y encima sola—dijo poniéndose Fran la mano en la frente.

—¿Tú también vas a ver el piso? No se lo habrás vendido, ¿verdad? —hablaba mirándome a los ojos.

Yo estaba flipando. Con todo lo que tenía encima y resulta que la mujer que quería comprar el piso era la madre de Fran. Me sentía nerviosa. No sabía bien ni qué hacer.

—Si soy Julia—conseguí decir—. Juraría que me dijiste que te llamabas Luisa.

—Bueno, sí, me llamo Luisa. Pero mi nombre real es... Aunque, a todo esto, ¿cómo sabes mi verdadero nombre? —me dijo poniendo las manos en jarra.

—Será mejor que entres—le invito a entrar Fran.

Le expliqué quién era yo y de que la conocía. Decidimos contarle todo lo que había sucedido en este tiempo en el que Fran trabajaba conmigo. Según le contaba su rostro cambiaba. No sabía muy bien cómo asimilar todo. Aun así, seguía con la idea de querer ver el apartamento y comprarlo. Lo único que no le dijimos fue lo del embarazo, por ahora era lo mejor.

—En fin, después de aclararlo todo, Julia, ¿me enseñas el apartamento? —Sonrío.

—Si es lo que quieres, sí —le devolví la sonrisa.

Le encantó el apartamento y le dije que todo lo que había en él entraba en la compra. Me lo agradeció ya que se había vuelto de Zaragoza solo con parte de su ropa y no tenía con qué amueblar el apartamento.

—Bueno me tengo que ir ya. Mañana entonces nos vemos a las cinco en el banco, ¿verdad? —dijo sonriendo.

—Sí, vale. En el que está a la vuelta —le indiqué y me despedí de ella.

Esperaba que Fran se fuera también con su madre, pero al parecer prefería hablar del tema en el que nos habíamos quedado antes de la intromisión. Me quedé en silencio, esperando que fuera él quien empezara a hablar.

—No vas a decir nada, ¿o qué?

Levanté la mirada y afronté la realidad.

—No sé qué quieres que te diga.

—¡Joder, Julia! La verdad es que no te entiendo. Sé que has pasado por un mal momento, pero ¿crees que yo no? Mi mujer me ha engañado y encima, para empeorarlo, con tu difunto marido. Ahora me entero de que voy a ser padre y no me vas a decir nada más.

—¿Es que no sé qué quieres que te diga? —le solté, dejándome caer en el sofá.

—Me estas tomando por tonto, ¿verdad?

—No es eso.

—¿Entonces? Dame una explicación.

—¿Qué quieres que te explique, qué es tu hijo? Pues claro. ¿De quién si no? —dije furiosa.

—Creo que te confundes. En ningún momento he preguntado si es mío. Ya que sé que lo es. Solo quiero saber si... —me miró a los ojos, los suyos parecía que se perdían en mi interior— si me vas a dejar ejercer de padre.

—Mira, Fran, en estos momentos estoy confundida. No sé lo que quiero, y menos si quiero esto —me del sofá.

—¿Cómo? —me dijo levantándose él también.

—Creo que es mejor que te vayas. Mañana nos vemos en el trabajo —baje la mirada.

Fran se fue dando un portazo, y yo sentí como si mi corazón se partiera en mil pedazos. Quizás había sido dura con él. O quizás no. La verdad era que me sentía tan confundida que no sabía qué hacer.

Me tumbé en la cama en posición fetal, y empecé a llorar desconsoladamente, tocándome mi vientre aunque aún no abultaba nada, y pensando en mi pasado, mirando al futuro. Lo único que tenía claro era que mi bebé no tenía culpa de nada, y yo no era quién para quitarle ni el derecho ni el amor de su padre.

Cogí el móvil que lo tenía en la mesilla y abrí el WhatsApp. Busqué en el chat el nombre de Fran y lo abrí. Dudé unos segundos si escribirle o no, pero no podía dejar lo que tenía que decirle para el día siguiente.

«Fran, perdóname. No andarás muy lejos, ¿te importa venir de nuevo al apartamento? Necesito aclarar todo esto.»

Habían pasado diez minutos y no recibía ninguna contestación. Supuse que no vendría, que estaría muy enfadado o a saber qué es lo que él sentía en esos momentos. Me levanté nerviosa y me puse a darle vueltas al salón, sin saber si coger el teléfono y hacerle una llamada, pero justo en ese momento sonó el timbre de la puerta.

Abrí y era Fran. Se le veía tan mal, tan triste y serio, que sentí caerme el alma a los pies. Mentalmente subí mi alma y lo volví a introducir en el apartamento. Me tiré a su cuello y comencé a besarlo, aun sabiendo que él me podía rechazar.

—Lo siento —dije entre gemidos.

Al escuchar mi perdón, lo miré a los ojos y brillaban con pasión. Lo arrastré como pude, agarrándolo de la chaqueta hasta el sofá. Le hice que se sentara y me puse encima de él.

Nuestras lenguas luchaban entre sí, y sus manos comenzaron a desabrocharme la blusa, que dejó caer a veinte centímetros de él. Sacó mis voluptuosos pechos y los masajeó. Dejó de besar mi boca para perderse entre ellos. Yo eché mi cabeza hacia atrás, dejando que él me saborease sin intromisión de mi rostro.

Me estaba poniendo a cien. Mi boca no dejaba de gemir y mi cuerpo se rozaba más contra el suyo aún vestido. Me levanté y comenzó a quitarme la ropa que ya nos estaba molestando a los dos. La dejó caer donde mejor pudo y empezó a besarme todo el cuerpo, parándose unos segundos en mi vientre y besándolo con delicadeza.

Dos de sus dedos se introdujeron en mi húmeda y caliente intimidad, haciéndome que lo deseara más. Con una de mis manos agarraba su cabello, ya que creía que de la excitación iba a desfallecer. No podía más, me iba a llevar al límite y yo lo quería dentro de mí.

—Fran, así no. Dentro de mí, metete dentro—sin saber y misma ni qué decía.

Se levantó y comenzó a desnudarse. Su miembro se veía grande, duro y preparado para dármelo todo, y yo, como buena persona que soy, no le iba a dejar esperándolo. Se sentó de nuevo y me puse encima de él. Al principio me dolió. Gemí, pero de placer. Sentirlo dentro de mí era como tocar el cielo con las manos, y la electricidad que sentía en mi intimidad, era como caer en picado para perderme en sus preciosos ojos.

—¿No le haremos daño al bebé verdad?

—¿Qué? Claro que no. Por favor, no hables. Sigue, que vas muy bien —para que se callara le besé.

Mis movimientos habían comenzado a ser más fuertes, pegándome más a él. Lo necesitaba lo más dentro de mí. Necesitaba su calor, su fuerza, le necesitaba a él, pese a sus preguntas tontas que ya le aclararía después. Apenas tardamos diez minutos en llegar al orgasmo, y como siempre, los dos a la vez. Lo dejé de besar, y me separé para mirarlo a los ojos. Él también me miró a mí, mientras por nuestros labios salían gemidos exhaustos por el placer.

Las semanas comenzaban a pasar. Todo volvía a la normalidad. Annette se había instalado en el que fue durante mucho tiempo mi hogar. Hizo algunas reformas, cambió algunas cortinas y las puso de su agrado, y pintó las paredes a su gusto. Después de comentarle que iba a ser abuela, decidió que la habitación de invitados la dejaría para su futuro nieto o nieta, para cuando se quedará con su abuela.

—¿Qué te parece la habitación del bebé? —comentaba entusiasmada Annette.

—Fabulosa —le dije. Era muy bonita, con colores neutros y un mobiliario que podría valer para niño o niña.

—Me alegro—me dijo dándome un beso en la mejilla mientras me tocaba mi pequeña barriga.

—Te recuerdo que hoy es la cena para que conozcas a mi padre—le recordé sonriendo.

—De acuerdo, ¿a qué hora me recogéis?

—Pues tenía pensado ir en una hora para allí.

—Pues me ducho y nos vamos.

Abrí la puerta del apartamento de mi padre y entramos los tres. Él se encontraba en el salón. Cuando sintió nuestra presencia se levantó. Le presenté a Annette y sentí algo especial en la habitación. Mi padre y ella se miraban con pasión, o eso me pareció a mí. ¿Un flechazo a primera vista? Preferí mejor no preguntar.

Preparé la mesa y serví la comida, que había dejado preparada por la mañana. Los veía a los dos muy animados y a Fran riéndose de la situación, por lo que entendí que él también pensaba lo mismo que yo. Nos sentamos Fran y yo enfrente de nuestros respectivos padres. La cena fue mejor de lo que creía y en el momento del postre Fran se levantó.

—Perdonar un momento—se disculpó Fran—, pero quería pedirle algo a Julia.

Echó la silla hacia atrás y se puso de rodillas. Yo creía que me iba a dar algo en esos momentos. De su bolsillo derecho sacó una caja de terciopelo roja. La abrió y me miró a los ojos.

—Julia, ¿quieres ser mi compañera hasta la eternidad? —se le notaba nervioso.

—¡Sí, quiero! —me sentía pletórica y me tire a sus brazos.

No sabía si en ese momento había hecho lo correcto. Lo que sí sabía era que en mi interior ya nos unía de por vida una personita que en unos meses le veríamos su carita. Nuestros padres aplaudían y reían, y por primera vez en mucho tiempo me sentía dichosa. Lo único que tenía claro en ese momento era que el enlace se

celebraría después de dar a luz, ya que querría tener a las personas más importantes de mi vida a mi lado, en ese gran día.

Epílogo

Y sí... ¿no fuera él?, eso es lo que me preguntó hace seis meses Joana. Y yo, incrédula de mí, pensé que eso no podía ser. Jordi había sido mi media naranja, mi primer amor, y hubiera podido ser más cosas si el destino no hubiera jugado contra nosotros.

Tú leíste este trágico pasado, donde dos personas que se aman... bueno a quién vamos a engañar. La historia era de una persona que amaba. O sea, yo. Él solo hacía creer que me quería, pero poca fuerza tuvo para luchar y prefirió quitarse la vida. Aun así, después de seis meses, «le perdono», es mejor así. Él ya no está en este mundo y yo tengo que luchar por seguir en él.

Aunque mi vida ha dado un giro inesperado, no me arrepiento de nada. En mi vientre crece una pequeña flor, que se llamará Lois, mi pequeña y dulce Lois. Será fruto de un engaño, o quizás no, ya que no estaba en esos momentos con Jordi, pero lo que sí sé es que se engendró con pasión, con amor.

Todo poco a poco vuelve a la normalidad, y la verdad es que ya era hora. Joana también está embarazada. Quizás fue un sueño hecho realidad, el de dos amigas que viven una vida juntas, y ahora el embarazo y la crianza de sus hijos también.

La felicidad de mi padre es la mía también. Al fin después de la muerte de mi madre, ha vuelto a ser feliz, y nada más y nada menos que con mi futura suegra. Al menos la relación la acepto, sin poner pegas, y como el refrán dice «Todo queda en familia». Por ahora cada uno vive en su apartamento, no quieren ir deprisa. Y nosotros aceptamos su decisión.

Yo me mudé junto a Fran. Su chalet es de gran tamaño y tiene las comodidades para que Lois crezca a sus anchas. Fran ya está pensando en prepararle en el jardín trasero unos columpios y una casa en el árbol, aunque eso último siempre fue un sueño mío.

Mientras, yo decoro la habitación de mi pequeña. Le pintaré las paredes rosa palo, con cuadros infantiles. El mobiliario en sí será blanco, y las colchas y cortinas, azul cielo. Será como fue mi cuarto antaño, igual que mi madre me lo preparó, tal como tengo en las fotos de mi libro de bebé.

Y aun así, te hago una pregunta:

—Y si... ¿no fuera él? ¿Tú qué harías?

FIN

Agradecimientos

Mi primer agradecimiento será a mi marido, Celso, por aguantar mis locuras y confiar en mí.

Gracias a mis padres, sin ellos esta vida no sería lo mismo. A mi hermano y mi cuñada.

A mis niñas que son lo mejor que tengo. Y mis sobrinos que los quiero con locura.

A mis mosqueteras; Gemma R. Tania C y Elena M. «*Una para todas y todas para una*»

Gracias a Juani H. por ser una gran escritora, pero ante todo ser una gran amiga.

A mis niñas; Ester sin H, Gema Pablo, Ana M Serrano, Eva Gil, Eva María, Almudena, mi May Dior, Leila, Lorena Santos, Araceli, Ariel, Elena Gv, Ochoa y Yolanda, y también a Javier. (Espero no dejarme a nadie).

A mis ya lectoras fijas y a las que quedan por llegar, que solo por ellas seguiría escribiendo porque vuestra opinión, sea por Facebook, Amazon o en privado, es muy importante para mí, y me animáis a seguir.



Y sobre todo **GRACIAS** a **TI**. Por darme una oportunidad.

Ya a la venta en Amazon

“Sueños Rotos”

Sinopsis

Elena es una joven soñadora, la cual, quiere ser en unos años arquitecta, pero todos sus sueños se vendrán abajo al poco de empezar sus estudios en la universidad.

Al principio todo será maravilloso al conocer a Josué y Oscar. Dos jóvenes con los que tropezará en la universidad. Pero su vida dará un giro brusco al conocer una verdad escondida de su familia, de la cual no tienen ni idea su hermano, menor, Héctor y ella.

Sus sueños e inocencia se verán envueltos en una cuerda floja la cual amenaza con romperse en cualquier instante.

Pero sea como sea, Elena debe saltar todos los obstáculos en los que se verá envuelta en el camino hacia sus sueños y su propia felicidad, aunque en ese camino se dará cuenta que nada en esta vida es fácil.

BIOGRAFÍA

-

Manoli Madroño, diminutivo de María Manuela Madroño. Nacida el 9 de noviembre de 1983, en Badajoz capital.

Lectora apasionada desde pequeña y como hobby principal, plasmar sus pensamientos y cosas cotidianas en sus diarios, los cuales tiene desde la edad de nueve años. El dibujo también ha sido su compañero desde bien pequeña, al igual que su padre le gusta dibujar y relajar así su cuerpo. La fotografía también le apasiona igual que la música.

Madre de dos hijas Lucía y Atenea, con las cuales comparte la afición por la música y pueden pasar horas bailando. Aficionada junto a su marido Celso a pasar horas viendo series de televisión las cuales la mayoría suelen ser de seres sobrenaturales, o series cómicas españolas.

En 2008 comenzó a escribir en su blogger, lo tomó como un hábito decidiendo escribir todos los días, pero en el 2010 tuvo un percance familiar y dejó todo de lado. Pero en el 2015 gracias a varias personas a las que se lo agradece de corazón y le animaron a escribir de nuevo, decidió volver a revisar los escritos que ya tenía y empezar con uno nuevo. Y se lanzó a publicar.

Soñadora y con buen humor, sabe que la vida se vive solo una vez, y que un sueño puede hacerse siempre que se pueda realidad. Y ella cumplir el sueño más deseado que es publicar sus libros.